BIANCA™

HARLEQUIN™



KIM LAWRENCE

VENGANZA O PERDÓN

Portadilla

BIANCA™

KIM LAWRENCE

VENGANZA O PERDÓN

HARLEQUIN™

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2024 Kim Jones
© 2025 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Venganza o perdón, n.º 3188 - octubre 2025
Título original: His Wedding Day Revenge
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.
® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370007751

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Si te ha gustado este libro…

Prólogo

Federico esbozó una pequeña sonrisa de satisfacción profesional mientras examinaba las instantáneas sin editar que su equipo y él habían captado hasta el momento.

Normalmente, él no hacía bodas, pero aquel era un evento fuera de lo común. Decir que era la boda de la década no resultaba nada original, pero tampoco era una exageración considerando la lista de invitados y la repercusión mediática que la noticia estaba teniendo en los medios de comunicación.

Algunos cínicos habían sugeridos que el momento elegido para la boda tenía más que ver con motivos prácticos que con el romance, dado que muchos de los invitados de más renombre no habían tenido que viajar desde muy lejos. Muchos de ellos estaban en el Reino Unido desde la ceremonia de galardones de la noche anterior, que el novio había organizado para premiar la innovación en la sostenibilidad medioambiental. Además, el novio llevaba más de dos meses en Londres para facilitar la transición de su última adquisición en el campo de la alta tecnología, con base en el Reino Unido.

Sin embargo, fuera lo que fuera lo que dijeran los cínicos, el evento había captado la imaginación de la gente y era la comidilla de todo el mundo.

A excepción de la feliz pareja.

Se sabía que Draco Andreas era un hombre de pocas palabras y que siempre iba al grano. Sin embargo, también se decía que una

mirada de desaprobación del italiano valía varios volúmenes de mil palabras.

En cuanto a la novia, bueno… Normalmente la gente especulaba sobre el vestido, pero, en aquel caso, las especulaciones se centraban en la novia en sí. En la red, solo había un par de fotografías desenfocadas de la futura señora Andreas, en las que se podía distinguir que era pelirroja, o al menos lo había sido cuando se tomaron aquellas imágenes, y muy menuda.

Aquel misterio había acrecentado el interés por la mujer que había cazado al hombre cuyo apellido había copado los titulares los últimos ocho años. En internet, abundaban alocadas teorías.

Federico compartía esa curiosidad, pero ya no iba a tener que esperar mucho tiempo según el horario que se le había facilitado. Consultó su reloj. Dos minutos.

Y no le cabía la menor duda de que serían eso, dos minutos. Todo el evento se había desarrollado con precisión militar. No se había dejado nada al azar. Incluso el tiempo había logrado desafiar las predicciones meteorológicas, algo que él agradecía. A pesar de ser un genio, no había nada de malo en tener la meteorología de su lado.

Lo único que tenía que conseguir era que la novia saliera guapa. Dio por sentado que no sería difícil, dado que Draco Andreas jamás había llevado del brazo una mujer que no lo fuera. No obstante, hasta el momento sus relaciones habían durado muy poco.

Había individuos celosos que sugerían que la riqueza era un excelente afrodisíaco, pero, si las historias que habían aparecido en los tabloides eran ciertas, Draco nunca había tenido problemas para conseguir una cita, incluso antes de verse catapultado de un relativo anonimato.

Dado el perfil que tenía en aquellos momentos, resultaba difícil creer que, tan solo ocho años antes, Draco había heredado un apellido muy importante, un físico espectacular, pero no dinero. La mayoría de la gente había esperado que él tomara el camino de la mayoría de los miembros de familias de abolengo italianas y de muchas otras partes del mundo, empobrecidas a pesar de tener muchas tierras, y que terminara vendiéndolo todo. Sin embargo,

Andreas había demostrado ser un hombre que no tomaba el camino fácil.

Había decidido construir su propio camino y lo había hecho a lo grande.

El primer proyecto de su empresa de tecnología emergente había sido una aplicación de móvil que había revolucionado las finanzas personales para millones de personas en todo el mundo. Se podía decir que Draco había sido fundamental para cambiar el panorama financiero mundial, creando una nueva tecnología, apoyando la innovación y creando una nueva generación de emprendedores.

Gran parte de esa aparente energía que Draco poseía había ido a parar a la finca que su familia tenía en la Toscana, que, en aquellos momentos, albergaba un pensamiento creativo muy innovador para crear una tecnología más verde, creando puestos de trabajo y atrayendo a los jóvenes a las zonas rurales más despobladas.

En ese momento, uno de los miembros de seguridad respondió a algo que le transmitieron a través del pinganillo y, entonces, asintió a Federico tal y como este había estado esperando. Federico se preparó e hizo un gesto con el pulgar hacia arriba a su equipo. Esperó hasta que el crujido de los neumáticos sobre la grava se hizo más cercano.

Era la primera vez que veía a la novia. Al verla salir del coche, Federico contuvo la respiración a pesar de estar acostumbrado a que las actrices y las celebridades más famosas posaran para él. Los días de anonimato de aquella mujer estaban a punto de terminar.

La mirada crítica, profesional, de Federico, apreció los delicados rasgos, los enormes ojos verdes y el hecho de que la piel de la novia tuviera la misma pálida y cristalina claridad del vestido de seda color perla que llevaba puesto. Había salido del coche con elegancia y, entonces, se detuvo allí, durante un instante, esbelta y erguida bajo el sol, que destacaba los reflejos cobrizos de su cabello. Federico capturó el momento. Estaba disfrutando mucho, por lo que siguió disparando. La novia levantó ligeramente la nariz mientras la única dama de honor le colocaba la larga cola del vestido, realizado en raso y con una delicada hilera de perlas a lo largo de todo el borde.

–¡Ay, Janie! ¡Estás tan guapa! Esto parece un sueño.

Jane parpadeó como si alguien la hubiera despertado. Hasta aquel momento, el día entero le había parecido una ensoñación en la que ella flotaba oníricamente. Flotaba con el vestido que Draco había elegido para ella cuando Jane fue incapaz de decantarse por ninguno de los diseños que le ofrecía el diseñador. Draco había elegido también las flores, un ramo de orquídeas que ella agarraba con fuerza. Era un ramo muy hermoso, sí, pero, desde su punto de vista, desgraciadamente carecían de aroma.

Se miró la mano y vio el brillo del anillo bajo el sol. Cuando se lo colocó en el dedo, Draco le había dicho que hacía juego con sus ojos. Por esa razón, Jane se había contenido y no le había dicho que hubiera preferido algo menos ostentoso que la enorme esmeralda cuadrada rodeada de diamantes.

Aquel anillo no la representaba. Ella solo era una estudiante que tenía tres trabajos a tiempo parcial para conseguir llegar a fin de mes y que, por primera vez en su vida, disfrutaba de la excitación del amor. Draco sería su primer y último amante. Ningún hombre podría comparársele después. Draco, por su parte, si creía que el anillo la representaba y Jane, por su parte, se estaba esforzando mucho por ser la persona que él creía que era.

No era solo aquel día lo que le parecía un sueño. Sentía que llevaba soñando dos meses, desde la primera vez que vio a Draco y los dedos de ambos se rozaron cuando ella se arrodilló para recoger la taza de café, ya vacía, que ella le había tirado de la mano. Cuando se puso de pie, por primera vez en su vida, se sintió presa de un profundo y desesperado deseo.

–Eres perfecta –le dijo él en aquel momento.

Sin pararse a pensar, Jane no pudo contenerse y le dijo:

–Y tú eres muy guapo.

Después, se pasó la noche en la habitación de hotel de Draco. De hecho, no salieron de ella ni en los dos días ni en las dos noches siguientes.

Ver que Draco la deseaba, que la amaba, él, al que consideraba el hombre más guapo sobre la faz de la tierra, era un sueño para ella.

Un sueño del que no quería despertarse.

–¿Estás nerviosa?

¿Lo estaba? La voz de Carrie resonó como si proviniera de un lugar muy lejano. Jane inclinó la cabeza ligeramente. No quería pensar. Solo quería disfrutar del momento. Draco la amaba y ella lo amaba a él. Eso era lo único importante. Se lo repetía una y otra vez como si fuera un mantra, ahogando la otra voz que decía cosas que ella no quería escuchar.

–No, no estoy nerviosa –negó mientras se llevaba la mano a la boca–. Deseo esto más que nada en el mundo –añadió con un cierto tono de desafío–. Lo único es que no me reconocí cuando me miré en el espejo. Pero el amor es lo que cuenta, ¿verdad?

Carrie no dijo nada. Se limitó a apretar la fría mano de su amiga. Jane respiró profundamente y se levantó ligeramente la falda para comenzar a subir los bajos escalones de piedra. Sin saber por qué, se preguntó cuántas novias habrían subido aquellos escalones, cuántas habrían sido felices y cuantas habrían vivido para arrepentirse.

A medio camino, se detuvo y se giró para mirar a su amiga.

–La verdad importa, ¿verdad, Carrie?

Aquella inesperada pregunta hizo que la dama de honor parpadeara y se echara a reír.

–No me irás a decir que tienes un secreto culpable, Janie, porque no voy a creerte –le dijo. Jane le dedicó una mirada compungida y la sonrisa de Carrie se desvaneció–. Son los nervios de última hora –añadió para tranquilizarla–. Respira profundamente.

Jane asintió y siguió subiendo la escalera hasta llegar a la puerta del templo. Dio varios pasos por el pasillo central y, entonces, vio cómo Draco se daba la vuelta. Alto, exclusivo, su hermoso amante italiano se giró para mirarla. observó sus ojos y sintió cómo el posesivo pulso del deseo que irradiaba de él recorría rápidamente el espacio que los separaba.

Ella quería andar, echar a correr hacia sus brazos más que nada en el mundo, pero la vergüenza se apoderó de ella, enfriando el fuego que ardía en su interior y matando por completo la alegría que sentía.

Cuando las miradas de ambos se cruzaron, Jane perdió el control sobre su propia negación al mismo tiempo que el ramo de flores. Este se deslizó de sus dedos y cayó al suelo.

El silencio en sí mismo era una mentira. Había guardado el secreto durante dos días. Había tenido dos días para sincerarse con él y no lo había hecho porque, en el fondo de su corazón, sabía cuál sería la respuesta. Draco quería un hijo, un heredero para la fortuna familiar de la que hablaba con tanta pasión. A ella le había parecido bien porque llevaba toda su vida queriendo una familia, una familia a la que pertenecer.

Sin embargo, después de su última visita al médico, Jane sabía que las posibilidades que tenía de darle un hijo eran pocas o prácticamente inexistentes. No habría bebé con el cabello oscuro de Draco. Jane no podía darle lo que más deseaba y, un día, él lo sabría también y la odiaría por ello. La pena que sentía en el pecho se había convertido en un dolor físico y le dolía más que el que había experimentado durante tanto tiempo. Un dolor que, por fin, tenía nombre. Endometriosis.

No podía hacerle algo así. Lo amaba demasiado.

Dejo escapar un pequeño sollozo y se levantó las pesadas faldas. Entonces, con las lágrimas cayéndole por las mejillas, se dio la vuelta y echó a correr.

El silencio que resonó a sus espaldas fue ensordecedor. Todos los ojos estaban pendientes del hombre que estaba frente al altar, un hombre cuyo rostro parecía estar tallado en fría piedra. El único fuego estaba en las llamas de furia helada que ardían en sus ojos.

Capítulo 1

La estrecha carretera rural serpenteaba interminablemente a través de la campiña inglesa, bordeada por espesos setos bajo las copas de viejos árboles. En otro momento, Draco habría disfrutado de aquel rincón de la Inglaterra rural que nunca había visitado antes.

Martilleaba suavemente los dedos sobre el volante de su elegante coche negro. Aquel era el único indicador de la frustración que sentía bajo la superficie. El cielo estaba encapotado y amenazaba lluvia, lo que encajaba perfectamente con su estado de ánimo.

Podría haber prescindido perfectamente de todo aquello. La visita a una obra no era su idea de un viaje de placer. Resultaba que el jefe de obra había recortado gastos que no debería haber recortado y había enfurecido a la población local, que lo habían puesto en conocimiento de los medios de comunicación.

De repente, un monstruoso tractor apareció delante de él. Avanzaba a una velocidad que chocaba abiertamente con el ajustado horario de Draco, lo que agudizó aún más su enfado. El conductor del tractor se comportaba como si él fuera invisible.

No era así como el presidente de Andreas Company debería pasar la mañana. Esbozó una medio sonrisa. Al menos no había perdido la capacidad de reírse de sí mismo. Sin embargo, ¿quién se lo diría cuando la perdiera? La triste verdad era que, en aquellos momentos, absolutamente nadie. No siempre había sido así, pero, en realidad,

no siempre había sido multimillonario. La gente no les dice a los multimillonarios lo que tienen que hacer.

A través de los dientes, dejó escapar un silbido de triunfo cuando por fin, después del cuarto intento, consiguió adelantar al tractor y apretar el acelerador.

Aquella controversia podría haberse evitado y, por ende, el origen de su frustración. La irritación inicial que Draco había sentido por la situación se había transformado en un profundo resentimiento. Aquella era precisamente la razón por la que tenía un equipo, un equipo en teoría muy capacitado, que no necesitaría su intervención directa en un proyecto de tan poca importancia. Sin embargo, aquello había ido más allá del proyecto en sí mismo o de la inversión económica. Suponía un daño a su reputación que él había ido a reparar.

La estrecha carretera se abrió de repente, revelando la amplia extensión boscosa que había agitado el avispero. En la distancia, se veían unas cuantas casas desperdigadas y la torre de una iglesia. Vio al jefe de proyecto al mismo tiempo que el tipo lo vio a él.

–Patán perezoso –musitó. Entonces, aminoró la marcha y respiró profundamente para tranquilizarse. Lo único que necesitaba era una encantadora ofensiva y no dudaba de su capacidad para calmar los ánimos y ganarse de nuevo a la población local.

En realidad, no se centraba todo en relaciones públicas y limitación de daños. Draco creía en aquel proyecto y poseía datos y cifras que respaldaban su opinión. En Italia, había dos pueblos de vacaciones ecológicas muy lujosos y similares a aquel, que reportaban enormes beneficios a las comunidades rurales en las que se habían creado.

Miró a la gente mientras pasaba lentamente a su lado. Se dirigió a aparcar el coche en un lugar seguro sobre la hierba y se fijó en la inevitable presencia de las cámaras y de los medios de comunicación. Entonces, examinó la multitud que lo rodeaba para buscar a alguien que pudiera estar al mando. No tardó en darse cuenta de que había un hombre con un collar de perro que se estaba dirigiendo a un canal de televisión. Draco decidió que no parecía demasiado rabioso.

Entonces, ocurrió.

En su visión periférica, vio el destello de un vivo color rojizo entre los suaves verdes y marrones del campo. Draco apretó instintivamente el pedal del freno y detuvo el coche en seco.

El mundo pareció detenerse. Las protestas pasaron a un segundo plano. El aire pareció abandonar por completo el interior del coche, dejando un vacío. Draco se sobresaltó al reconocer a quién pertenecía aquel cabello y su cuerpo tembló como si acabara de recibir una descarga eléctrica.

¡Jane Smith!

No la había buscado. No había tenido interés alguno por saber la razón por la que ella lo había humillado. Su motivación para hacer lo que hizo seguía siendo un misterio para él. Metafóricamente, había guardado todos los pensamientos que pudiera tener sobre ella, junto con el anillo de compromiso que Jane le había enviado a través de un mensajero, en un profundo baúl y había tirado la llave. Llevaba así cuatro años.

Había tomado la decisión consciente de no permitir que ella ocupara espacio en su cabeza. Había seguido con su vida y se había felicitado por el hecho de haber logrado dejar atrás el pasado.

Por supuesto, había habido momentos de debilidad, aunque prefería no contar las escasas ocasiones en la que había visto a una pelirroja y se le había hecho un nudo en el estómago, una mezcla de ira y de deseo que no quería reconocer.

En esas ocasiones, la pelirroja había resultado ser una desconocida, pero no en aquella ocasión.

Ella tenía el rostro en la dirección opuesta a la de él, pero no importaba. Bastaba con el modo en el que se movía, con la elegancia de una bailarina, o el gesto con el que se apartaba el cabello. El recuerdo de su risa consiguió escapar de aquel baúl mental en el que había encerrado todo lo referente a Jane. Esta resonó con fuerza en su cabeza, como si fuera una antigua melodía que no podía sacarse de la cabeza. Una melodía que evocaba recuerdos, buenos recuerdos que habían sido cancelados por aquella humillante escena final. Durante un instante, aquel recuerdo fue tan

fuerte que casi consiguió saborear la humillación de nuevo entre los labios.

Sus ojos se oscurecieron hasta evocar la negrura de la medianoche. Su falta de control sobre las respuestas físicas de su cuerpo se añadió a la humillación que sentía. El hecho de que su control, algo que siempre había dado por sentado, le fallara tan dramáticamente alimentó la ira que crecía dentro de él.

Desgraciadamente, no fue lo único que creía. Las imágenes prohibidas, guardadas celosamente durante tanto tiempo, comenzaron a adueñarse de él.

El sol parecía acariciar el cabello de Jane y lo deslumbraba. Sentía un hormigueo en la piel al recordar sus caricias, delicadas como el sedoso cabello que le acariciaba el torso cuando ella se sentaba a horcajadas encima de él. Y la boca…

Apretó la mandíbula y trató de apartar aquel insidioso batiburrillo de imágenes y sensaciones para centrarse de nuevo en el presente.

Un presente en el que los fieros rizos de Jane Smith bailaban al viento en contraste con los tonos más apagados del resto de los manifestantes. Draco tardó varios instantes en asimilar detalles más mundanos. Tenía el cabello más corto, a media espalda en vez de por la cintura, y había también… ¿un bebé?

Aquella imagen provocó un ronco sonido en su garganta. ¿Un bebé? Sintió que sus músculos se tensaban por el rechazo a lo que estaba contemplando.

¿Y por qué no iba Jane a tener un bebé? Había seguido con su vida, igual que él. Simplemente era un giro que Draco no había anticipado.

¿Anticipado? Se burló de sí mismo. Como si hubiera anticipado algo de todo aquello. ¿Por qué iba a haberlo imaginado? Jane Smith formaba parte del pasado y Draco era un hombre que vivía en el presente.

Podría haber rechazado aquella vuelta al pasado, pero una parte de él había decidido llevarlo por aquel camino, recordando instantes que habían quedado congelados en el tiempo, imágenes del pasado, del día en el que se conocieron. Antes de aquel día, se habría

burlado de la idea de que tocarse los dedos con otra persona podría resultar vagamente erótico.

Mientras contemplaba la esbelta figura, los vaqueros y las botas desaparecieron. Jane apareció envuelta en una nube de seda y raso. Sin darse cuenta, soltó el freno y el coche se deslizó silenciosamente, encajando perfectamente en el espacio que él había elegido. Entonces, Draco decidió dar la bienvenida a la oportunidad de demostrar que Jane Smith no significaba nada para él.

En realidad, ¿por qué sentía la necesidad de demostrarse lo que ya sabía?

Jane estaba en el exterior de la protesta. Sabía que Mattie, al que llevaba a sus espaldas en una acolchada mochila, se había quedado dormido. Su cabecita descansaba, protegida por un gorro de lana con su pompón y todo, contra su cuello.

No estaría dormido mucho tiempo. Necesitaría volver a comer y… Jane ahogó un bostezo. A ella misma le vendría muy bien una siesta. Mattie había estado despierto la mayor parte de la noche. En ocasiones, en realidad con bastante frecuencia, le parecía que el bebé sentía que ella no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Tal vez solo estaba enfadado. Ella lo estaba, pero Mattie… lo que el pequeño había perdido era incalculable. En un instante, había tenido unos padres que lo adoraban y, de repente, a causa de un estúpido accidente, se había tenido que conformar con ella. Miró a su alrededor. ¿Se daría alguien cuenta si se marchaba en aquel instante?

En realidad, no era que fueran pocos los que estaban en la protesta. Las cámaras, a las que ella evitaba siempre, habían atraído a una multitud más grande de lo esperado.

Ella se había presentado en el despacho del editor del periódico local exigiéndole que la recibiera. Su determinación se había visto acicateada por una justa indignación, con las fotografías de los buldóceres y las excavadoras, símbolo de la devastación, en su teléfono.

No había sabido lo que esperar. Un artículo, quizá una mención en la radio, pero, por supuesto, no que apareciera en las noticias nacionales. Además, ¿se habría acercado allí si hubiera conocido de antemano el nombre asociado al proyecto que había cortado maravillosos árboles mientras que el pueblo dormía?

Andreas. Resultaba patético que aquel apellido siguiera evocando en ella una reacción tan visceral. No parecía que aquel pequeño proyecto pudiera formar parte del radar de Draco. Unos pocos árboles y unos lugareños exaltados quedaban muy por debajo de su interés.

«Espero que sea así», pensó. Lo último que quería era atraer la atención de Draco. Ella había seguido con su vida.

La llorosa mujer que había salido corriendo de la iglesia, a la que un guarda de seguridad trató de detener antes de que saltara una valla, desgarrándose la falda del vestido de novia, para luego desaparecer corriendo por una calle lateral, le parecía en la actualidad una desconocida.

Ni siquiera quería pensar en la imagen que debía de haber dado. Por si esto fuera poco, una inesperada tormenta la había empapado en segundos, por lo que había sido un verdadero milagro que alguien se hubiera ofrecido a ayudarla. Solo Dios sabía cómo le habría ido el resto del día si el conductor de un monovolumen, que viajaba con su ruidosa familia, no se hubiera detenido para preguntarle si necesitaba ayuda. Carrie, que sin que Jane lo supiera la había estado siguiendo desde la iglesia, llegó en aquel momento, sin aliento y totalmente empapada, mientras que una llorosa Jane trataba de comunicarse con aquellos amables desconocidos.

La familia las llevó a las dos al piso de Carrie, donde Jane le contó a su amiga su historia, mientras las dos tomaban vino en tazas envueltas en toallas.

–¿Y no se lo has contado a Draco? –le había preguntado Carrie.

Jane negó con la cabeza, gesto que repitió en el presente para dispersar el recuerdo. ¿Por qué pensaba tanto en Draco últimamente? Tal vez por el hecho de haberse convertido en la madre de un bebé huérfano. El descubrimiento de que no iba a

poder ser madre había sido la razón de que hubiera salido huyendo de la iglesia.

Había pensado en escribirle una carta para explicárselo todo, pero ¿de qué serviría? Draco jamás le perdonaría por el modo en el que le había humillado. No, su única reacción habría sido de alivio antes de colgarse del brazo a la siguiente glamurosa belleza que hubiera aparecido en su vida. No habría sido por mucho tiempo. Su vida amorosa tenía una puerta giratoria.

Si él se había librado de ella, Jane también se había librado de él. La perspectiva que le habían dado aquellos cuatro años había hecho que resultara evidente que, aunque el hecho de no darle un heredero no hubiera sido un obstáculo insuperable, el matrimonio no habría funcionado. Había estado tan enamorada de él, tan desesperadamente enamorada del amor, que el futuro le había parecido un lugar encantador, visto a través de cristales de color de rosa.

Con el tiempo, se había dado cuenta de que prácticamente todas sus conversaciones habían implicado que ella tratara de decir lo que él quería escuchar. Jamás se le había pasado por la cabeza que él pudiera serle infiel y, si lo hubiera pensado, seguramente lo habría justificado diciendo que él se había aburrido de ella y se habría culpado de todo.

La situación entera de la relación entre ambos había sido un desastre en ciernes.

–Señorita Smith…

Jane parpadeó cuando un periodista de un conocido programa de naturaleza se presentó ante ella, acompañado de un cámara. «Dios», pensó, mientras esbozaba inmediatamente una sonrisa.

–Debe de estar encantada con el número de personas que han acudido hoy.

Ella respiró profundamente.

–Sí, pero no me sorprende que a la gente le importe. La gente está molesta y escandalizada por este descarado acto de vandalismo ecológico. Hace diez años, un informe demostró que en esta zona había cuatro refugios de murciélagos, que había búhos y pájaros carpinteros. Ahora, todos ellos, junto con otras muchas especies,

han perdido sus casas. Este es un hábitat protegido, los árboles que han cortado estaban protegidos, por lo que se ha infringido la ley. ¿Y todo por qué? ¡Por dinero rápido!

El periodista se volvió hacia la cámara.

–Ha hablado Jane Smith, que alertó a las autoridades de este incidente.

Jane dejó escapar un profundo suspiro de alivio cuando el reportero, sin dejar de hablar a la cámara, le sonrió y le dio las gracias antes de dirigirse hacia el vicario.

–¡Vaya, vaya! –exclamó la esposa del vicario–. Mi Henry está disfrutando de sus cinco minutos de fama.

–Pues se puede quedar con los míos… ha sido aterrador… Dios, ¿he hecho el ridículo? ¿Y cómo es posible que ese hombre supiera mi nombre?

–Eres famosa… tú comenzaste esto. En cuanto a lo de hacer el ridículo, en realidad me parece que eres brillante. ¿Vas a venir a la reunión del club de lectura o tienes otra entrevista en algún lado?

Jane soltó una carcajada y agarró su pancarta con fuerza renovada.

–Vaya, no me he leído…

–No te preocupes. No se lo ha leído nadie. Tráete una botella… No –susurró, tras mirar a Mattie–. Lo siento. Tú serás la adulta responsable de la sala, pero no te preocupes. Yo no voy a cocinar –añadió la mujer, mientras se alejaba riéndose.

Jane no había pertenecido nunca a una comunidad. Resultaba agradable y, al mismo tiempo, desesperadamente triste que la razón por la que lo era fuera una terrible tragedia.

Carrie debería estar allí. Jane no quería vivir una vida que debería ser la de su amiga, aunque fuera una vida muy agradable.

A pesar del tiempo que había transcurrido, seguía formándosele un nudo en la garganta cada vez que pensaba en Carrie. Ella había pasado a formar parte de la vida de Jane durante el último año que esta pasó en el sistema de acogida.

Había sido la atracción de los opuestos. Carrie era habladora y descarada mientras que Jane, a lo largo de los años, había

perfeccionado el arte del mimetismo. Sin embargo, el vínculo entre ambas había sido casi inmediato.

Años más tarde, mientras estudiaba Arte en la facultad, Carrie había conocido al encantador Robert. Los dos se habían casado y habían tenido un bebé, aunque no en ese orden. El fin de semana de vacaciones había supuesto una luna de miel retrasada para ellos. La pareja le había confiado a su precioso bebé de ocho semanas mientras se marchaban.

–No lo dejaría con nadie más que contigo –le había dicho Carrie–. Serán solo tres noches…

Aquellas tres noches se habían convertido en siempre cuando el tren en el que la pareja viajaba a Escocia sufrió un accidente. La tragedia copó todos los titulares durante varios días.

Las vidas de Jane y Mattie cambiaron para siempre. Jane, que había creído que nunca sería madre, lo era, más o menos. La adopción estaba a punto de ser ratificada y ella, una urbanita empedernida, estaba viviendo en aquel pueblecito, en la casita que Robert y Carrie habían heredado de una tía abuela de él.

Jane había estado totalmente decidida a adaptarse a la vida en el campo por el bien de Mattie, pero, al final, no le había resultado tan difícil como había anticipado. Había sentido una inmediata conexión con el campo y se había sumergido en todo lo que este podía ofrecerle. Por primera vez, había comprendido la necesidad de la gente de proteger el campo para las generaciones futuras, para la generación de Mattie. Aquel era el hogar del pequeño, su herencia. Ver la destrucción a su alrededor había provocado en ella una reacción casi visceral, muy personal.

De repente, la tristeza que la envolvía en ocasiones como si fuera una enorme ola negra se apoderó de ella y la obligó a bajar la pancarta. Se fue apartando poco a poco del grupo. Necesitaba un descanso. Estaba segura de que nadie la echaría de menos.

Entonces, ocurrió…

Durante la entrevista, había sido consciente de la llegada de un enorme coche negro que había atraído la atención de todos los presentes, aunque no la suya. Nunca le habían gustado los coches lujosos. Por lo tanto, miró sin curiosidad alguna, pero su actitud

cambió cuando reconoció al hombre que estaba tras el volante. Todo se heló a su alrededor y se quedó sin aliento.

Unos ojos oscuros la miraron fijamente. Los latidos del corazón se le aceleraron. Casi podía escuchar cómo la sangre le latía en los oídos, tan alto que estuvo a punto de ahogar el suave grito de sorpresa que se le escapó de los labios.

Era él. Draco Andreas.

Los recuerdos regresaron con fuerza. Había estado tan enamorada de él que no había sido consciente de la fama y la riqueza de Draco ni de que, en realidad, Londres no fuera su hogar. Cuatro años atrás, era solo Draco. El hombre que la hacía reír, el que se preocupaba tanto por ella, el hombre que, en aquellos momentos, era famoso por cambiar de pareja de la misma manera que una persona normal se cambia de calcetines.

En aquel momento, el bebé se despertó y empezó a llorar, alertado tal vez por la tensión. Jane agarró con fuerza la pancarta y vio cómo la alta y elegante figura salía del vehículo. El pánico se apoderó de ella. Aquel no era el momento adecuado para una confrontación.

En realidad, ese momento no existiría nunca.

Jane miró rápidamente a su alrededor y, aliviada de que las piernas la obedecieran, se deslizó entre las sombras de los árboles. Mientras se distanciaba de la protesta, notó aliviada que los sonidos de la misma se convertían en un murmullo indistinto. El terreno familiar del bosque la acogió en su seno, pero la paz y el alivio que normalmente le proporcionaban la eludían en aquella ocasión. Aquello le sorprendió. Decidió que solo necesitaba un momento para recuperar la tranquilidad.

Apoyó las manos contra un tronco cubierto de musgo y cerró los ojos. Desgraciadamente, sus pensamientos eran un caos. En lo único en lo que podía pensar era en el rostro de Draco, en la dorada piel que cubría unos rasgos perfectos, con pómulos esculpidos, frente amplia y una fuerte y firme mandíbula. Se decía que el diablo estaba siempre en los detalles y Draco siempre le había hecho pensar en un ángel caído, oscuro y devastador. Los detalles de sus simétricos rasgos eran fascinantes. Hipnóticos.

Sintió que se le hacía un nudo en el estómago al recordar aquellos ojos, oscuros como la medianoche, bajo las espesas cejas y enmarcados por negras y espesas pestañas. Los esculpidos pómulos y la afilada nariz contrastaban dramáticamente con los gruesos labios de la sensual boca.

La autoridad chocaba con la sensualidad, pero el conjunto resultaba profundamente masculino.

Apretó la mandíbula, negándose a dejarse llevar por la nostalgia, el deseo o el anhelo, una extraña combinación que no estaba dispuesta a analizar.

Para mantener la cordura, tenía que seguir asegurándose que, en aquellos momentos, su vida era totalmente diferente. Se centraba en el pequeño Matthew y en las responsabilidades que conllevaba su tutela. Era una vida más amable, más bondadosa, con clubes de libros y yoga en el salón de plenos del pueblo.

Respiró con determinación y se cuadró de hombros. Draco Andreas formaba parte de su pasado y no iba a permitir que él turbara la vida que se había construido para él y para el niño que dependía de ella. Avanzó hacia el interior del bosque pensando en cómo podría afrontar la inevitable confrontación con el hombre que, en el pasado, había sido el centro de su universo. Seguramente él se había olvidado de ella o la odiaba profundamente por lo ocurrido.

¿De verdad era algo inevitable?

¿Preferiría ella que la odiara a que la hubiera olvidado?

¿Cómo se enfrentaría a aquella situación? ¿Qué le diría al verlo?

Vaya, ¡qué casualidad encontrarte aquí!

Dios santo, ¡cuánto tiempo sin verte!…

Capítulo 2

Se escuchó un murmullo de anticipación cuando el imponente y dinámico Draco Andreas apareció, impecablemente vestido con un traje gris y una camisa blanca sin corbata.

Jane estaba sentada en la última fila, detrás de un hombre muy alto, con un sombrero incluso más alto que él. No podía verlo bien, pero sabía que su aspecto sería perfecto.

El hombre que estaba sentado delante de Jane se quitó el sombrero y ella se hundió un poco más en el asiento. Se escucharon un par de gritos airados, que no tardaron en desvanecerse por la imponente autoridad que proyectaba la alta y esbelta figura. Subió los escalones que conducían al pequeño escenario, estrechó la mano del vicario y dirigió su atención a una audiencia hostil, pero por fin en silencio.

Parecía estar perfectamente cómodo con la situación. Observaba a todos los presentes atentamente y, a pesar de estar medio oculta, Jane se hundió un poco más y bajó los parpados.

Y eso que había dicho que no se escondería…

El orgullo la había llevado hasta allí. Después de analizar mucho la situación, la determinación la había empujado, asegurándole que no podía permitir que aquel retazo de su pasado hiciera descarriar su vida.

Draco se marcharía de su vida tal y como había entrado en ella. Jane debía reaccionar del mismo modo. No podía permitirse ni huir

ni esconderse, que era lo que, para su vergüenza, su instinto le pedía que hiciera. Sin embargo, eso no significaba que tuviera que anunciar su presencia. Para ser una activista con pancarta y todo, no le gustaba demasiado el enfrentamiento.

¿Se acordaría de ella?

Jane había cambiado mucho en cuatro años. Cuando se miraba en el espejo… De hecho, ¿cuándo se miraba en el espejo?

Hacía malabares con su trabajo como recepcionista en la consulta del médico y el cuidado de su hijo, lo que no le dejaba mucho tiempo para preocuparse por las arrugas. Además, con tanto ajetreo había perdido casi cinco kilos, unos kilos que no necesitaba perder. Sabía que su rostro había perdido lozanía. Además, la última vez que se cortó el cabello había sido en el lavabo de su cuarto de baño…

También su guardarropa estaba a años luz de la ropa de diseño que Draco solía comprarle. En realidad, se avergonzaba de lo maleable que había sido y lo desesperada que había estado por agradarle. Le había permitido que la vistiera como si fuera un maniquí. Recordó cómo le había fascinado su cabello y le había hecho prometerle que jamás se lo cortaría. Le encantaba llenarse las manos con él.

Y ella había accedido sin pensárselo.

Decidió que no había habido nada simbólico en el hecho de que hubiera decidido cortarse el cabello casi veinte centímetros dos semanas después de la fallida boda. Simplemente, era mucho más cómodo así.

Incapaz de seguir resistiéndose a la tentación, inclinó la cabeza para mirar hacia un lado y vio que Draco seguía de pie. Parecía estar aparentemente relajado mientras utilizaba su carismática sonrisa. Aquella sonrisa ya no le afectaba como en el pasado, pero aún sentía el poder de su alcance.

Cuando recordó el instante en el que los dos se habían visto antes, decidió que, sin duda, él la había reconocido. En el momento en el que las miradas de ambos se cruzaron, vio la venganza dibujada en su rostro. Draco no era un hombre misericordioso. Claro que la había reconocido. Inmediatamente, volvió a colocarse detrás del hombre.

–Señoras y caballeros –dijo. Su cálida voz tenía un ligero acento, aterciopelado, que pareció hacer despertar los nervios dormidos. A Jane se le puso la piel de gallina–, en primer lugar, les debo una disculpa por haber talado esos árboles sin autorización –añadió. Dejó que los murmullos de desaprobación de los presentes cesaran antes de seguir hablando–. No voy a excusar lo que ha ocurrido, porque no hay excusa alguna. Comprendo su ira. Yo también la siento.

La persona que estaba al lado de Jane comenzó a aplaudir. Draco miró hacia el lugar y sonrió. Jane estaba totalmente segura de que era la única a la que aquella sonrisa le había provocado una vergonzante incomodidad entre las piernas.

Trató de controlarse y se aclaró la garganta. Se recordó que aquel comportamiento salvaje y despreocupado formaba parte ya solo del pasado.

Jane ni siquiera pudo escuchar la siguiente parte del discurso. Tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para no salir corriendo hacia la puerta cerrada y alcanzar la libertad que le ofrecía el exterior, lejos de la melodiosa voz de Draco. Aquella voz le estaba provocando pensamientos turbadores sobre sus labios, que seguían siendo hermosos y muy sensuales. Además, tenía una lengua que sabía moverse muy bien… «¡Basta ya, Jane!».

La parte del discurso que ella pasó por alto debió de ser muy buena, porque, en aquella ocasión, el aplauso fue más generalizado. Se escucharon incluso un par de gruñidos de aprobación de algunos de los manifestantes más críticos.

Draco se los había ganado. Como siempre. Los tenía a todos en la palma de su mano.

Recordó cómo aquella misma mano había cubierto sus senos, diciéndole que eran del tamaño perfecto. Jane tuvo que respirar profundamente y desabrocharse un poco la blusa, que contenía dolorosamente los erectos pezones. Dadas las circunstancias, parecía inútil fingir que los años habían aminorado la susceptibilidad que ella tenía ante su magnética masculinidad.

Desgraciadamente, no era la única que se sentía atraída por Draco. Miró a su alrededor con un cierto cinismo. Seguramente

había más de unas cuantas cabezas llenas de fantasías referentes al millonario italiano, lo que no importaba mientras fueran eso, solo fantasías. Lo peligroso era caer presa del embrujo de Draco.

Como era de esperar, se había ganado a todos los presentes, como ocurría siempre. En aquellos momentos, le resultaba increíble que, cuando se conocieron, ella no hubiera sabido quién era. Aquel hecho le había resultado a Draco muy divertido porque, incluso cuando ella supo los detalles, no pareció comprender del todo la extensión de su poder, de su riqueza y de su fama. Tan prendada había estado de él que ni por un momento se había parado a pensar que ella no encajaría en su vida. Había llegado a pensar que ella podría ser la elegante mujer que podría acompañarlo a todas partes para decir lo correcto a cada persona que conociera.

Eso solo podría haberse producido si ella no hubiera abierto la boca nunca, pero, en realidad, él nunca le había hablado de sus negocios o de su importante papel en el mundo empresarial. Sus conversaciones giraban siempre sobre la finca que tenía en la Toscana, el lugar que iba a ser su hogar. El lugar perfecto para Jane y para criar a los hijos que tendrían juntos.

Desgraciadamente, aquello había sido precisamente lo que ella había querido escuchar. Draco le había estado ofreciendo lo que siempre había deseado.

Como no quería reconocer el dolor que le producía aquel pensamiento, se dijo que ya tenía la familia que quería y que esa sería precisamente toda la familia que necesitaría. En cuanto a un hombre que la completara, no creía que fuera a ocurrir. Mattie se llevaba todo su tiempo y energías. Y, sobre el sexo, desde Draco, su libido parecía haber caído en un estado de total hibernación y, en realidad, no estaba dispuesta a despertarla.

Cerró su diálogo interior y volvió a conectarse con las palabras de Draco.

–Reconozco los errores que se han cometido en la ejecución del proyecto.

Jane se arriesgó a dedicarle otra mirada y vio cómo él extendía las manos en un gesto de *mea culpa*.

–Yo acepto la total responsabilidad de lo ocurrido y les aseguro que voy a tomar medidas inmediatamente para rectificar el daño que se ha cometido con el bosque. Se iniciará mañana mismo un plan para reforestar las zonas dañadas y asegurar así la conservación de este hermoso ecosistema para las generaciones venideras.

Draco explicó sus planes para dicha reforestación antes de empezar a hablar del bienestar para la comunidad, revelando una visión más importante que pareció hacerse eco entre los habitantes del pueblo.

Jane decidió que había que admitir que el proyecto resultaba muy interesante y que, además, las palabras de Drago, aunque astutas, sonaban sinceras. Trató de analizar las palabras objetivamente, pero fracasó miserablemente. Para ella, las sensaciones iban más allá.

–Comprendo la importancia de la comunidad –dijo Draco, recorriendo uno a uno los rostros de los que le rodeaban–. Por ello, como reconocimiento a su paciencia y comprensión, Andreas Company financiará la restauración del tejado de la iglesia, un símbolo de nuestro compromiso con el bienestar de este pueblo.

Jane decidió que aquel había sido un bonito gesto mientras un murmullo de apreciación silenciosa recorría toda la estancia. Draco Andreas, el maestro de la persuasión, estaba entretejiendo una narrativa que llegaba directamente al corazón de todos los presentes.

Jane recordó que, en su caso, Draco no había necesitado usar sus poderes de persuasión para meterla en la cama. Las mejillas se le ruborizaron al recordar la primera vez y la sorpresa que se dibujó en el rostro de él cuando comprendió que ella era virgen. Apartó inmediatamente aquel recuerdo y volvió a escuchar lo que Draco decía.

–Además, como gesto adicional de buena voluntad, voy a extender la invitación a un miembro de nuestra comunidad… –anunció Draco, mientras buscaba sutilmente entre los rostros de todos los presentes.

Jane se rebulló con incomodidad en el asiento y se sintió como si la mirada de Draco se hubiera detenido en ella. Decidió que era imposible, dado que el hombre que estaba sentado delante de ella la

tapaba por completo. Decidió tratar de canalizar su tranquilidad interior. Y fracasó miserablemente.

–Vamos a celebrar un curso de entrenamiento en energía alternativa en mi casa. Creo que los representantes locales deberían estar presentes a la hora de darle forma a la tecnología verde del futuro. Después de lo que le ha ocurrido a vuestra comunidad y ver lo robusta que ha sido vuestra respuesta, siento que vuestras opiniones tienen un valor incalculable.

Jane sintió que la mirada colectiva de todos los presentes seguía la mirada de Draco en dirección a ella. Levantó la barbilla y decidió que aquello no había sido un accidente.

Cuando todos empezaron a aplaudir, Jane se levantó y sonrió mientras se dirigía hacia la puerta, con la excusa de que tenía que volver junto a Mattie. En realidad, su jefa, la médico de familia, le había dicho que no había prisa alguna cuando se ofreció a cuidar del pequeño.

Jane llegó hasta la puerta antes de que una voz la llamara por su nombre y la obligara a detenerse. Era el vicario.

–Jane, querida. Me alegro de haberte alcanzado. Quería hablar contigo, pero no esperaba que el señor Andreas lo mencionara hoy. Espero que no te importe, pero, cuando me dijo lo del curso, pensé en ti. Sentí mucho que no estuvieras presente cuando lo hablamos en la reunión que tuvimos, pero el resultado fue unánime. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que serías la candidata perfecta.

Jane le interrumpió con una carcajada.

–¿Perfecta? Se me ocurren cuatro personas que están mucho más cualificadas que yo. En realidad, yo no tengo cualificación alguna.

–Pero tu entusiasmo y…

–No soy más que una aficionada y los dos lo sabemos.

Durante un instante, el vicario pareció derrotado, pero insistió.

–Fuiste tú quien empezó con las protestas. Deberías ser la que…

Jane se mordió los labios. Aquello le estaba empezando a parecer una conspiración.

–Evidentemente, me siento muy halagada de que hayas pensado en mí, pero… no me gustaría que fuera por caridad. Además, me temo que me resultaría muy difícil…

–Estás pensando en Mattie, pero, según tengo entendido, durante la conferencia habrá guardería. Además, un poco del sol italiano, unas vacaciones… Es justamente lo que necesitas.

Aquel comentario confirmó las sospechas de Jane. Era la pobre madre soltera que jamás se podría permitir unas vacaciones en Italia. La intención era buena, pero que lo hicieran por caridad le molestaba profundamente.

–Además, yo me quemo con el sol –añadió.

El vicario se rio como si ella hubiera dicho una broma.

–Lo digo en serio. Hay muchas personas más cualificadas que yo para esto… además, en la consulta andamos algo faltos de personal.

–Sí, ya lo hemos hablado con la doctora Grace y ella ha dicho que te debe vacaciones, así que no hay ningún problema. Ya tiene preparada una sustituta.

Jane respiró profundamente. Se estaba dando cuenta de que se estaba quedando sin salidas.

–Parece que lo has pensado todo…

–¿Significa eso que estás de acuerdo?

Jane suspiró. Por otro lado, si sacaba a Draco de la ecuación, la oferta resultaba muy tentadora. Desgraciadamente, él no era la clase de hombre que se desvanecía en una bocanada de humo. Su presencia no era algo que se pudiera ignorar.

Admitió que era una locura, pero… El curso sería muy interesante. Además, podría ver el hogar de Draco, su vida… Claro que sentía curiosidad. ¿Quién no? Seguía teniendo dudas, pero la tentación era muy grande…

Al final, asintió de mala gana. En realidad, no creía que Draco fuera a estar presente en el curso. A pesar de que era una estupenda publicidad para él, estaba segura de que delegaría la dirección del curso en otras personas.

–Evidentemente, con Mattie habría ciertas condiciones. Necesitaré más información.

–Por supuesto, por supuesto. Es comprensible. Le haré saber tu petición al señor Andreas.

–Bueno, estoy segura de que el señor Andreas tiene cosas mucho más importantes de las que preocuparse. Me las puedo arreglar con

uno de sus asistentes.

–Gracias, pero no –dijo Grace cuando Jane le ofreció un café–. Ya sabes que me encanta cuidar de los niños. Echo de menos cuando mis hijos eran pequeños y no me daban malas contestaciones. Y hablando de mis hijos, tengo que ir a comprobar que hayan hecho los deberes. Como ya sabes, con su padre hacen lo que quieren –añadió con un gesto de desaprobación–. ¿Sabes una cosa, Jane? Me alegro mucho de que hayas accedido a ir a la Toscana. Necesitas un descanso.

–No son unas vacaciones.

–Cierto, pero estoy segura de que encontrarás tiempo para disfrutar del sol y del mar y tal vez incluso para ligar con algún guapo italiano –bromeó Grace antes de marcharse, con el teléfono móvil en la oreja. Acababa de recibir una llamada.

Jane cerró la puerta y se reclinó contra la pared. Cerró los ojos y espiró con fuerza. El único sonido que se escuchaba era el del reloj que había en la pared, encima de la chimenea abierta. En aquel momento, habría agradecido el furioso llanto de un bebé para que la distrajera de los pensamientos que le rondaban por la cabeza.

Acababa de apartarse de la pared cuando alguien llamó a la puerta. Grace siempre se olvidaba de algo.

La sonrisa se le heló en los labios al tener que levantar mucho la mirada para poder llegar a observar el rostro del hombre que esperaba en la puerta. El oscuro cabello acariciaba la viga de apoyo del porche.

–Draco… Señor Andreas –se corrigió rápidamente.

Si su aura le había hecho sentirse incómoda en el pueblo, en su casa se sintió totalmente abrumada por la cercanía de su potente masculinidad.

–Bueno, dejémoslo de nuevo en Draco –replicó. Una sonrisa burlona frunció su boca. La estaba mirando fija, poderosamente, bajo el embrujo de su taciturna mirada. Las pestañas eran tan largas

que casi rozaban el afilado contorno de sus pómulos–. Todas las mujeres con las que me he acostado me llaman por mi nombre de pila, *cara.*

La burla que contenían aquellas palabras escoció profundamente a Jane y eso la ayudó a liberarse de la confusión que sentía. En ocasiones, la ira ayuda a despejar el pensamiento.

–Y te acuerdas de todos sus nombres. Me siento muy impresionada –le espetó ella con voz desagradable e irónica.

Draco dio mentalmente un paso atrás. Jane ya no estaba tratando de hacerse invisible, una táctica que siempre le había divertido. Antes, había sido como el equivalente adulto del niño que cierra los ojos y cree que ha desaparecido. Sin embargo, en aquel momento, estaba frente a frente con él, sin arredrarse.

¿De verdad creía que una mujer como ella, con el cabello del color del fuego, ojos de esmeraldas y un cuerpo…? Cortó inmediatamente aquel pensamiento antes de que pudiera hacer que aquella visita extremadamente incómoda fuera aún más dolorosa.

Sintió una nueva oleada de desprecio por sí mismo al recordar cómo, en los días posteriores a la humillante huida de Jane, él había permanecido despierto por las noches, anhelando su presencia. En aquel momento, mientras la observaba, admiraba la delicada y respingona nariz, los hermosos ojos verdes, los gruesos labios y la testaruda inclinación de la barbilla.

Recordó entonces la imagen del niño a su espalda. «Tú no vas a tener hijos con ella, sino otro hombre», le recordó una insidiosa voz en el interior de su cabeza.

Aquello significaba un final. La situación no se estaba desarrollando tal y como él había anticipado. La Jane que había conocido siempre había tenido un cálido sentido del humor y una hermosa risa. Pero jamás había visto en ella el sarcasmo. Era un cambio demasiado dramático.

La miró fijamente. Admitió que sentía curiosidad, pero no deseo. Estudió atentamente los suaves contornos de su rostro, los grandes ojos, que iban enmarcados por profundas ojeras y la cautela que relucía en su mirada. La boca seguía siendo generosa, pero la inclinación de la barbilla sugería una testarudez que no reconocía.

–¿Me estabas buscando? –le espetó ella con altivez.

Draco frunció el ceño y se irguió en toda su altura, de casi un metro noventa. La miró desde arriba con gesto gélido, tratando de controlar el desprecio que estaba sintiendo en aquellos momentos.

–No sabía que tenía que buscarte…

¿Acaso habría anticipado Jane que la buscaría y había esperado la reacción de Draco al verla? ¿Y si ella había orquestado aquella situación? Las sospechas se apoderaron de él, pero Jane iba a sentirse muy desilusionada. No. Él no la había buscado. No había tratado de encontrar a su novia a la fuga. Hacerlo lo habría convertido en su propio padre, un hombre tan obsesionado con una mujer que había terminado pagando por ello, obsesionado hasta el punto de la locura. Su padre abandonó a la madre de Draco, ofuscado por la que luego se convertiría en su segunda esposa.

Antonio Andreas había concedido a su segunda esposa todos los caprichos que ella quería, caprichos que, irremediablemente, implicaban grandes sumas de dinero. Cuando el dinero que servía para alimentar el lujo y el exceso que ella ansiaba se acabó, cuando no quedó ninguna obra de arte que vender, ella, tal y como era previsible, lo abandonó por otro hombre que sí podía darle lo que quería. Dejó atrás a su hijo, el medio hermano de Draco, dado que el niño hubiera impedido que ella llevara a cabo su estilo de vida.

Sin ella, la situación debería haber mejorado, pero no había sido así. Antonio, incapaz de aceptar la realidad, se había dedicado a acosarla e incluso, haciendo el ridículo delante de todo el mundo, a suplicarle que regresara. No parecía que le importara que ella lo humillara constantemente y, a pesar de todo lo que aquella mujer le había hecho, se negaba a escuchar nada malo en su contra. Cuando Draco, incapaz de contenerse más, levantó la voz, tuvo que experimentar el lado más desagradable de su padre e incluso el golpe de sus puños a pesar de que solo era un adolescente.

Sin duda, el desprecio que sentía por su padre había tenido una gran influencia en cómo reaccionó al verse abandonado junto al altar. Él mismo lo reconocía. No ir a buscar a Jane después de lo ocurrido había sido una cuestión de principios. No podía permitirse preguntar ni cómo ni por qué, y mucho menos salir a buscarla.

Y, sin embargo, allí la tenía. Si hubiera creído en el destino, habría admitido que lo suyo tenía que ser, pero Draco estaba convencido de que un hombre labra su propio destino. ¿Era aquello una oportunidad? Si lo era, ¿para qué? ¿Tal vez para la venganza que tanto ansiaba? ¿Para las respuestas que ni él mismo quería admitir que necesitaba?

Vio que Jane se sonrojaba. No fingió no comprender a lo que Draco se refería ni al doble significado de sus palabras. En realidad, Draco no se había estado refiriendo a aquel instante ni a aquel lugar.

–Por supuesto que no. Jamás lo hubiera esperado –dijo ella–. ¿Por qué estás aquí?

Draco sonrió de nuevo.

–¿No me vas a invitar a pasar? –le preguntó, aunque resultaba evidente que esa era la intención de Jane. Tal vez se estaba preguntando cómo explicaría su presencia al novio o al esposo, al padre del niño cuya existencia era aún incapaz de asimilar.

–Yo…

Antes de que Jane pudiera pensar en una excusa, Draco entró en la casa. Era un espacio muy pequeño y él no era un hombre menudo.

El instinto la llevó a cerrar los ojos para tratar de hacerse lo más pequeña posible. Sin embargo, era muy consciente de que eso no servía de nada cuando, tras un breve contacto del brazo de Draco contra su hombro, sintió unas profundas oleadas de deseo por todo el cuerpo. El cálido y masculino aroma de su cuerpo parecía flotar en el aire y dificultaba que pudiera pensar con claridad.

Amar a Draco siempre había sido una locura. Bueno, en realidad, desearlo. Aquella corrección hizo que le resultara más fácil respirar. Aspiró profundamente para tranquilizarse. Entonces, se dio la vuelta y lo siguió hasta su pequeño y acogedor salón. Entonces, vio la estancia a través de los ojos de Draco.

Con gran nerviosismo, se retorció las manos y miró a su alrededor, a cualquier sitio, menos a él. Vio el hogar que Carrie y Robert habían construido juntos con tanto amor y se imaginó cómo resultaría a los ojos de Draco. Él no vería los objetos que tenían valor sentimental,

ni los que habían aprovechado. Solo vería una sala pequeña y algo desaliñada.

La idea de que pudiera estar burlándose de lo que veía la hizo ponerse a la defensiva. Rápidamente, fue a recoger un juguete que se había caído del cesto en el que tenía todos los juegos de Mattie y se volvió a mirarlo con la barbilla levantaba, para darle al menos la impresión de que estaba muy segura de sí misma. En el pasado, siempre se había mostrado muy insegura ante él. No quería decir nada equivocado ni ponerse algo que no fuera apropiado y comportarse en la mesa como si no tuviera modales.

Decidió que aquella casa era más que suficiente y que, en ella, podría comer con las manos si así lo deseaba.

Comprendió que aquel pensamiento era el equivocado cuando recordó una ocasión en la que Draco le dio de comer con los dedos un delicioso pastel de crema. Ella le había limpiado los dedos con los labios y la lengua y…

Decidió poner fin a aquel pensamiento porque resultaba muy destructivo para ella en aquellos momentos. Se colocó las manos en las caderas como si quisiera comunicarle que aquella era su casa y que, fuera lo que fuera lo que él pensara, iba a defenderla con la vida si era preciso. Defendería todos y cada uno de los detalles de un hogar que se había creado con tanto amor.

Cuando las miradas de ambos se cruzaron, ella tuvo la satisfacción de ver que Draco tenía una expresión de asombro en el rostro.

–Me gusta lo que has hecho en esta casa.

Jane entornó la mirada. No le había parecido que la voz de Draco sonara sarcástica o burlona. Observó cómo la cabeza de él prácticamente tocaba las bajas vigas del techo, que Carrie había pintado de blanco para que diera más sensación de amplitud. Recordó cómo su amiga se había reído al comentar que menos mal que su marido no era muy alto.

El recuerdo le provocó un nudo en la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas. Parpadeó con fuerza, porque no quería que la situación con Draco fuera aún más incómoda si se ponía a llorar delante él.

Notó que Draco la observaba y respiró profundamente para tratar de ocultar la pena que sentía tras una fachada de desafiante beligerancia mientras esperaba. Había decidido que ella no sería quien rompiera el silencio.

Y tuvo que esperar durante un largo e incómodo tiempo.

–Has cambiado –dijo él por fin. No podía apartar la mirada del gesto obstinado del rostro de Jane y la luz militante que había en sus increíbles ojos.

Durante su relación, ella nunca se había mostrado así con él. De hecho, había habido ocasiones en las que su placidez, su aceptación, lo habían irritado. La única vez que había demostrado fiereza había sido en la cama, algo a lo que él no se había opuesto en absoluto. En la cama, Jane había sido fuego en estado puro. Parecía sentirse totalmente fascinada con su cuerpo y eso le provocaba una total falta de inhibición.

Nunca lo había desafiado. Nunca lo había manipulado en modo alguno. Todo en ella era totalmente opuesto a su avariciosa y astuta madrastra. Ella nunca le había pedido nada. De hecho, parecía incluso incómoda con los regalos que él le había dado. Demasiado agradecida. Sin embargo, Draco no había podido dejar de sentir su inquietud cuando él le llenaba el armario de ropa de diseño.

Y, precisamente por eso, resultaba aún más incomprensible lo que ella había hecho.

De repente, un recuerdo, provocado tal vez por el perfume que ella llevaba, el mismo de siempre, se apoderó de él. Jane se puso de rodillas sobre la cama, revuelta por el sexo que habían disfrutado sobre ella, y apretó los senos contra su espalda. Entonces, lo abrazó con fuerza y le susurró al oído que lo amaba, esperando que él le dijera que la correspondía.

Draco no había mentido. No creía en el amor. El amor era lo que había destruido a su padre. La idea de hacerle daño lo había golpeado con fuerza, a un nivel que nunca había experimentado antes.

Recordaba perfectamente las pecas que ella tenía sobre los hombros. El olor de su cabello cuando se lo apartó del cuello antes de hundir el rostro en su sedosa suavidad.

–Estamos bien juntos, *cara.* No puedo saciarme de ti…

Jane había esbozado una sonrisa y, entonces, él la tumbó sobre la cama y comenzó a hacerle de nuevo el amor, lenta y lánguidamente en aquella ocasión. Había tristeza en sus ojos, pero Draco fingió no verla e ignoró la culpabilidad que había experimentado en aquel momento y que, en el presente, le parecía irónica considerando el modo en que había terminado la relación entre ellos.

Jane escuchó la crítica en la voz de Draco y dio por sentado que él se refería a su reciente pérdida de peso. Se encogió de hombros. A ella tampoco le gustaba que se le notaran los huesos por todas partes, por lo que no era de extrañar que a él tampoco. Por suerte, su vida ya no implicaba ser la persona que Draco deseara. Ya no.

Aquel pensamiento le hizo sentir una profunda sensación de libertad, que le hizo sentirse mucho más fuerte. Era una mujer hecha a sí misma. Una madre. Ojalá hubiera sentido aquella manera de pensar hacía cuatro años. Se había negado a reconocer las carencias de su relación, lo poco igualitaria o saludable que era. El tiempo y la distancia habían ayudado.

–En realidad, mi peso es perfectamente saludable –replicó con la boca muy tensa.

Draco parpadeó.

–No me refería a eso –contestó él–. Solo quería decir que estás… diferente.

–Bueno, lo sorprendente sería que no hubiera cambiado. Han pasado cuatro años. Tú, por el contrario, pareces exactamente el mismo –añadió, sin hacer que sonara como un cumplido.

–Yo no tengo familia.

Ella asintió, pensando en la procesión de novias que sí tenía. Vio que él se metía la mano en el bolsillo y miraba a su alrededor, hasta detenerse en la caja de juguetes.

Capítulo 3

La expresión de Draco permaneció impasible cuando se volvió por fin hacia Jane y le preguntó:

–¿Forma parte de tu vida el padre del bebé?

La pregunta había sido tan inesperada que Jane no tuvo tiempo de controlar su reacción. Se llevó la mano a los labios y negó con la cabeza. Durante unos instantes, pareció que le resultaría imposible hablar sin desmoronarse.

Su incomodidad y su estrés eran palpables. Draco había mentido si hubiera dicho que le molestaba que pudiera haber problemas en el paraíso. Tal vez era un hombre casado. O la estaba engañando. Incluso podría ser que no quisiera la responsabilidad de ser padre.

–¿Estáis criando juntos al bebé?

Jane negó con la cabeza.

–El padre de Mattie se crio en este pueblo –dijo–. Luego se marchó y trabajó como cantero. Era un artesano. Su pequeña empresa estaba a punto de…

Draco apretó la mandíbula al escuchar la admiración con la que hablaba. Entonces, se percató del tiempo verbal.

–¿Era?

–Sí. Murió –añadió Jane, con la voz tan oscura como la noche más baldía del invierno.

Volvió a taparse la boca con la mano, la boca que él había besado, la boca que lo había vuelto loco mientras ella exploraba cada

centímetro de su cuerpo. Nunca el sexo había sido tan especial como con Jane.

Fue el sexo y el golpe mortal que le dio a su orgullo, y no la pérdida, lo que hizo que los meses que pasaron después de que ella huyera fueran los más duros que hubiera conocido nunca. Había conseguido superarlos, sí. Parte de la dicha de ser rico era que no tenía que responder a nadie. Por lo tanto, si uno se marchaba a una cabaña en Alaska durante dos meses, nadie preguntaba por qué. Ni siquiera los invitados de la boda y mucho menos el fotógrafo que sacó las imágenes de la novia a la fuga, unas fotos que, por supuesto, estaban en poder de Draco.

A Draco le pareció justo el intercambio que le ofreció el fotógrafo y lo aceptó sin dudar.

–Si publicas esas fotografías, ganarás dinero, sí, pero te arruinaré después –lo había amenazado Draco–. Dame todas las copias, todas, y te aseguro que tu carrera será estratosférica.

Por supuesto, los rumores habían estado circulando durante un tiempo, pero, sin imágenes que los apoyaran, nadie se había atrevido a ir más allá. Se sabía que Draco no era un hombre que dudara a la hora de salirse con la suya. Tras un comunicado de prensa en el que se hablaba de «un cambio de parecer por parte de ambos», nadie se atrevió a desafiar la verdad.

–Lo siento –murmuró.

Jane dejó caer la mano y su brillante mirada resultó acusadora, desconcertante. Considerando que él era la parte más afectada por lo ocurrido, resultó irónico.

–¿De verdad? –le espetó ella.

El rostro de Draco era impasible. Jane sabía que así era como él se enfrentaba a las situaciones complicadas. siempre se había imaginado que, tras esa máscara, habría sentimientos de verdad que él no era capaz de articular. Sin embargo, por fin sabía que la razón por la que Draco jamás le había dicho que la amaba era porque no sentía nada.

Por su parte, Draco guardó silencio. ¿Qué podía decir? Instantes antes había agradecido la idea de que ella fuera infeliz. Se sintió culpable. El dolor que había en los ojos de Jane era… Resultaba

imposible mantener el contacto visual. Giró la cabeza. La vulnerabilidad y la fragilidad de Jane despertaban sentimientos dolorosos por su intensidad, unos sentimientos a los que él se negaba a ponerle nombre.

–¿Estabais casados?

–No –respondió ella con una extraña carcajada.

–Ser madre soltera debe de ser…

–Una curva de aprendizaje –admitió ella, interrumpiéndolo. No era mentira, sino la completa verdad.

El silencio se extendió mientras él parecía buscar palabras. Aquella indecisión era una novedad en Draco. Miró una vez más hacia los juguetes.

–¿Tienes familia cerca?

–Yo crecí en familias de acogida, Draco.

–Lo sé –admitió él, sonrojándose ligeramente–. Me refería más bien a un grupo de apoyo. ¿Y tu amiga Carrie?

–En este pueblo hay una comunidad muy buena –se apresuró Jane a contestar. No lo miró a los ojos para que él no viera las lágrimas que le relucían en los suyos–. Este pueblo es un buen lugar para criar a un niño. En una gran ciudad, debe de ser mucho más duro. Todo el mundo se ha portado muy bien conmigo. Creo que me sugirieron para el curso porque piensan que necesito un descanso. Bueno, eso y el hecho de que fui yo quien trajo aquí a los medios de comunicación. Entiendo que te pueda parecer algo personal, pero no fue así, aunque creo que te debo una…

–¿Una explicación?

Jane pestañeó y pareció quedarse atónita.

–No. A lo que me refería era a que… Me refería a que puedes culparme por tu mala prensa, pero eso no significa que yo me lamente de ello, porque no es así.

–No, no te culpo de la mala prensa. Culpo al incompetente jefe de obra que decidió recortar gastos. Él es la razón por que la que he tenido que venir hasta aquí, pero te aseguro que ese hombre jamás volverá a molestarte –afirmó. Vio cómo Jane abría los ojos de par en par–. No me mires así. Te aseguro que no he hecho que acaben con él.

–Lo suponía… ¿Lo has despedido entonces?

Jane había sido muy explícita en la denuncia que había hecho sobre el jefe de obra. De hecho, le había llamado todos los insultos que se le habían ocurrido cuando se enfrentó a él, pero no disfrutaba con la idea de su ruina. ¿Qué sabía ella? Podría ser que tuviera hijos a los que mantener, una hipoteca… Se sintió en parte culpable por la situación en la que el hombre pudiera encontrarse.

Draco sacudió la cabeza con incredulidad.

–No me puedo creer que sientas pena por ese hombre.

–No se trata de pena precisamente –admitió Jane mientras levantaba una mano para apartarse un rizo rebelde del rostro.

Draco la observó atentamente mientras realizaba aquel gesto. Se centró en la delicadeza de la muñeca, una delicadeza que ocultaba muy bien la fortaleza de su cuerpo, unas maravillosas y tonificadas piernas que lo aprisionaban con fuerza y unos brazos que…

Trató de detener los recuerdos, pero era ya demasiado tarde. Un calor sobre el que no tenía ningún control se estaba extendiendo por su cuerpo y parecía avivarse dentro de él a medida que surgían los recuerdos.

Se acordaba de oír cómo ella contenía la respiración mientras le besaba la columna vertebral e iba bajando poco a poco, los gemidos de place que dejó escapar contra la almohada cuando le deslizó la mano entre las piernas, la tensión de su cuerpo cuando la penetró y…

El aire que podía respirar con normalidad en un instante, le faltaba al siguiente. Jane sentía que, a su alrededor, el aire se había hecho pesado, provocando que los dos respiraran con dificultad mientras las miradas se cruzaban, esmeralda sobre obsidiana. Jane tembló al sentir cómo un ilícito temblor de excitación le recorría el cuerpo. Todo su mundo se había reducido a la intensa mirada de Draco. Se sentía como si las capas de protección con las que se había cubierto estuvieran siendo retiradas una a una, dejándola totalmente expuesta sin que ella pudiera hacer nada por romper el contacto visual.

–Draco…

No fue la advertencia que resonó en la voz de Jane, asombrada y embriagada a la vez, lo que sacó a Draco de la erótica espiral de recuerdos en la que se había visto atrapado, sino un pensamiento, repentino, extraordinario e imposible al recordar las excusas de su incompetente empleado. Al tratar de echarle la culpa a otro, le había hablado de una mujer que lo había atacado violentamente.

Jane se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. La dejó salir lentamente y se apartó el cabello del rostro. La peligrosa tensión que había habido en el aire hacía un instante había desaparecido, dejando una cierta incomodidad, al menos por su parte.

Se frotó los brazos donde aún tenía el vello de punta y, en silencio, se dijo que era una tonta. Ya lo había sido entonces, cuando era una virgen necia y enamorada por primera vez en su vida. La segunda vez… Se interrumpió, abriendo los ojos horrorizada ante la peligrosa dirección de sus pensamientos. ¡No habría segunda vez!

Cinco minutos en compañía de Draco y ya estaba pensando en términos de lo inevitable. Sin embargo, nada era inevitable, excepto el hecho de que no había vuelta atrás.

La tensión sexual había desaparecido, pero la mirada de Draco seguía siendo turbadora e intensa.

–¿Qué pasa? –le espetó justo antes de pasarse una mano por la pequeña nariz–. ¿Tengo algo en la cara o algo así?

Aquel comentario hizo que Draco se fijara en la delicada piel de la respingona nariz.

–Pecas –respondió. Aparentemente, seguía perdido en sus pensamientos–. ¿Acaso estabas…? –preguntó. Entonces, dejó la pregunta sin terminar sacudiendo la cabeza y riendo–. No…

–¿Acaso yo qué? –le preguntó. Se sentía horrorizada. Si supiera lo cerca que había estado de insinuársele… Sonaba muy inocente

cuando, en realidad, lo que ella había sentido distaba mucho de serlo.

–Franco… el tipo por cuya situación estabas tan preocupada…

–¿Cómo puedes hablarme de ese modo tan condescendiente? –replicó muy molesta–. No estaba preocupada. ¡Te aseguro que no voy a perder el sueño por él!

–Tal vez te sentirías mejor si te dijera que trató de echarle la culpa a todo el mundo menos a él mismo. En realidad, más concretamente, a una persona que, aparentemente, era una bruja que no hacía más que insultarle y que él sospechaba que no estaba muy bien de aquí –añadió, mientras se tocaba ligeramente la sien para ilustrar el significado–. Y, según él, también lo amenazó físicamente. ¿Fuiste tú?

–Nada de violencia –protestó ella–, pero estaba muy enfadada, sí.

–Así que de verdad fuiste tú –dijo él incrédulo. Incluso después de la confirmación, no se podía cree que la descripción encajara con la plácida y mansa mujer con la que él había estado a punto de casarse.

–Qué hijo de…

Draco parpadeó. Jamás había pensado que escucharía aquella expresión en los labios de Jane. Lo más sorprendente era que ella no parecía haberse dado ni cuenta.

–Te lo digo en serio, ¿quién no se habría puesto furioso? La maquinaria pesada vino de noche, cuando todos estábamos dormidos. Cuando llegué, los otros hombres estaban tomando té. Fue visto y no visto. Ese hombre tuvo la cara de decirme que yo estaba entrando en propiedad privada, lo que no era cierto. Era un lugar de dominio público. En cuanto a lo de amenazarle físicamente, yo tenía un palo en la mano, pero no lo usé en ningún momento.

–¿Llevabas un arma para defensa personal? No sabía que esta zona era tan peligrosa.

Ella entornó los ojos para expresarle su desagrado.

–A Bruce le gustan los palos. Bruce es un perro –se apresuró a aclarar–. Es de mi vecino. Se le había soltado de la correa y yo iba corriendo tras él porque soy más rápida. Grace se quedó con la silla de Mattie. Si ese hombre está contando mentiras sobre mí…

–Tranquila. No está diciendo nada. Le he dado un año sabático… un año sabático muy largo…

–¿Por qué has pensado que yo no sería capaz de algo así? –le preguntó Jane, con indignación en la voz–. Soy capaz de mucho más de lo que te piensas.

–Por supuesto. Eso lo comprendí el día en el que me dejaste plantado ante el altar. Si lo hubiéramos estado filmando, se habría hecho viral porque sales muy bien en pantalla.

–¿A qué te refieres?

–Tu entrevista llegó al telediario de la noche.

–¡Dios! ¿Y tú lo viste?

–Me llamaron la atención al respecto.

–Yo pensaba que los millonarios no se molestaban con las pequeñas cosas, sino que se limitan a ir volando de acá para allá en aviones privados y asisten a estrenos de películas y cosas así –replicó ella, pensando en la mujer que lo acompañaba en el último y rutilante evento en el que se le había fotografiado.

–¿Acaso deseas ahora haberte quedado a mi lado para poder disfrutar de ese estilo de vida? –comentó Draco en torno burlón.

La primera referencia directa a lo ocurrido hizo que ella se tensara.

–Creo que los dos sabemos que yo habría sido una terrible esposa para un multimillonario. Por cierto, aún no me has dicho lo que te ha traído aquí.

–El curso de gestión ecológica.

–Bueno, si tienes exceso de solicitantes, no hay problema.

–No, no tiene exceso de solicitantes –replicó él–. Me han dicho que tienes… condiciones. Y he venido aquí para escucharlas –añadió cruzándose de brazos.

Jane parpadeó muy confundida.

–¿Cómo dices? –le preguntó. Entonces, lo comprendió todo–. ¡Oh, no quería decir…! –añadió. Entonces, frunció el ceño–. El vicario no ha dicho nada y tú… tú lo sabías. Necesitaba que me aclararan el tipo de cuidado infantil que se ofrece. No pienso dejar a Mattie con una desconocida durante horas. Necesita continuidad después de…

–¿Después de qué? ¿Acaso tiene problemas de salud?

Jane negó con la cabeza.

–No. Nada de eso. Es un niño muy sano.

–Yo no sé nada de bebés, pero he oído que son muy adaptables. Sin embargo, para que te quedes tranquila, habrá varios talleres a los que podrás llevártelo contigo –añadió él, esperando que fuera cierto. Si no lo era, debería serlo. Y no solo porque él hubiera decidido que tener a Jane muy cerca de él podría ser… Por supuesto, no intentaría nada…

¿Y por qué no?

No se podía negar que habría una especie de justicia poética en un cambio de roles. Aquella vez, él sería el que se marcharía sin dejar ninguna explicación…

Por mucho que tratara de convencerse de lo contrario, resultaba difícil no pensar en la palabra venganza. Draco no era ningún santo, pero le gustaba pensar que aprovecharse de una madre que había perdido a su pareja estaba muy por debajo de él.

Sin embargo, sería interesante observar la reacción que ella tendría. Quería ver cómo se lamentaba. Quería saber por qué… Quería…

Decidió no seguir aquella línea de pensamiento porque no quería admitir lo que llevaba queriendo hacer desde el momento en el que la reconoció.

Era una debilidad.

Jane era su debilidad.

–Te enviaré el folleto del curso y el horario de los eventos. Nadie espera que asistas a todos, por lo que tendrás tiempo de estar con tu hijo. Hay flexibilidad.

Jane se sintió culpable. Cuando lo vio, había dado por sentado que Draco había ido hasta allí para… Bueno, no para ser amable ni considerado con ella. Resultaba evidente que había dejado el pasado atrás, tal y como lo había hecho ella, aunque no necesariamente en la dirección que Draco pensaba.

¿Por qué no le había dicho la verdad sobre Mattie? El hecho de que él hubiera dado por sentado que era hijo de Jane lo llevaba

también a pensar que ella había empezado una nueva vida. Si él no sabía la verdad de lo ocurrido, ella no tendría que demostrar nada.

De todas maneras, se sentía culpable por aquel subterfugio. Ella no lo había planeado así, simplemente había surgido. En realidad, había dado por sentado que Draco ya sabía la verdad cuando le preguntó.

–En realidad, M…

La palabra se le había ahogado en la garganta cuando vio la expresión de su rostro.

–Bueno, todo está… todo suena muy bien –se corrigió. Sintió un intenso alivio cuando vio que él parecía darse por satisfecho y se dirigía hacia la puerta–. Eh, ten…

La advertencia llegó tarde. Draco ya se había golpeado la cabeza con la viga. Horrorizada, vio cómo él caía de rodillas con la cabeza gacha. El hilo de sangre la hizo reaccionar.

Dio un paso al frente y se arrodilló a su lado.

–Dios mío, debería haberte advertido. Lo…

–No te preocupes. Estoy bien –susurró él.

–No seas tonto. No estás bien.

Draco la miró a través de los dedos, que tenía cubiertos de sangre. Por suerte, a ella no le daba miedo ni asco.

–Siéntate –le dijo, mientras lo ayudaba a levantarse y lo llevaba al sofá. Le agarró la mano que él se había colocado sobre la frente y vio que estaba algo pálido y que tenía gotas de sudor sobre el labio superior–. Por favor, no te hagas ahora el macho. Deja que vea lo que te has hecho.

Jane pensó que él la iba a apartar de su lado, pero Draco le permitió deslizarle los dedos entre el cabello para poder separar los mechones y ver de dónde le salía la sangre que le manchaba el rostro.

–Aquí… No, esa es la cicatriz vieja –dijo ella al encontrar una antigua herida que ya había trazado con los dedos en el pasado. Se había imaginado que se la había hecho haciendo algo aguerrido y peligroso. ¿Acaso no decía aquello todo lo que había que decir sobre su relación? Ella nunca se lo había preguntado ni él le había dado la información.

–Aquí está… Es bastante profunda. Podrías necesitar puntos.

–No voy a necesitar puntos.

Jane le miró el rostro. Ya no estaba tan pálido.

–Si tú lo dices… pero, a menos que quieras parecerte a un personaje del anuncio de una película *gore*, deberías dejar que te ayude. Es en mi propio interés –añadió–. No quiero que se me conozca como la mujer que atacó a un multimillonario.

–No. Solo como la mujer que lo dejó esperando en el altar –replicó él, tras mirarla un instante.

Jane se quedó helada. En cierto modo, había anticipado que aquella etiqueta la seguiría durante el resto de su vida, pero no había sido así. Milagrosamente, no habían aparecido fotografías en las redes sociales, tal vez porque se había prohibido que los invitados llevaran teléfonos móviles a la boda.

Apartó los ojos de los de él y del desafío que veía en ellos. No era ni el momento ni el lugar para dar explicaciones. De hecho, dudaba de que hubiera un momento idóneo. Si él supiera las razones que ella había tenido para abandonarle, se sentiría aliviado, sí, y aquello era algo a lo que podía enfrentarse. Sin embargo, su pena… No. Eso no podía aceptarlo nunca.

–Voy a por algo para…

Hizo un gesto vago sobre lo que iba a traer y se levantó. Cuando regresó, llevaba un bol de agua y su botiquín. Draco seguía sentado en el sofá. Tenía un aspecto más normal a pesar de la sangre.

–Envíame las facturas por haberte manchado los muebles.

–No hay sangre en ningún mueble –dijo ella. Sí sobre la camisa de él y unas gotitas en el suelo–. Por suerte, no me asusta la sangre –comentó. Dejó el bol de agua sobre la mesita–. Esto podría dolerte un poco –añadió, tras añadir un poco de antiséptico al agua y mojar una torunda de algodón.

Al acercarse tanto a Draco, sintió que mil recuerdos se apoderaban de ella. Sentía una extraña sensación en el estómago y el vientre estaba experimentando un deseo que solo permitía que aflorase en sus sueños. En aquellos momentos, el deseo era dolorosamente real.

–En realidad, no es tan profunda como había pensado –admitió mientras limpiaba la herida lo mejor que podía. La sangre había dejado de fluir con abundancia. La hemorragia era ya muy escasa–. Tal vez no necesites puntos después de todo –comentó mientras respiraba profundamente–. Pero esta otra cicatriz… Esa sí debió de ser algo…

–Fractura de cráneo, lo que, como estoy seguro de que estás pensando, explica muchas cosas.

Jane no se reía. Draco sentía cómo las oleadas de empatía surgían de ella en su dirección.

Capítulo 4

Cómo ocurrió? –preguntó. Las palabras surgieron en ella con naturalidad en aquella ocasión.

–Me caí mientras…

Draco había contado la historia en muchas ocasiones, incluso a los médicos del hospital cuando llegó a Urgencias. Sin embargo, por algún motivo, en aquella ocasión no le salían las palabras.

–Mi padre me dio un puñetazo. Me caí y me golpeé la cabeza con un…

Se detuvo. La expresión del rostro de Jane hizo que fuera consciente de lo que estaba haciendo. Él no solía compartir detalles de su vida. No le gustaban la compasión ni la pena. Entonces, ¿por qué diablos acababa de decirle a Jane un hecho que jamás le había contado a nadie?

–Fue hace mucho tiempo y yo era un niño muy irritante…

Jake contuvo la respiración. Sabía que el padre de Draco había fallecido y que su único pariente vivo era un medio hermano, un muchacho muy delgaducho y encantador al que había conocido brevemente el día de antes de la boda. Sin embargo, en aquel momento, odió al que hubiera sido su suegro con toda la fuerza de su pasión.

–¿Dices que te dio una paliza? –le preguntó con incredulidad.

Draco se había arrepentido de aquella confesión desde el instante en el que abrió la boca, pero jamás hubiera anticipado una reacción

tan dramática por su parte.

–Después di un buen estirón y ya no volvió a pasar después de eso.

Por suerte, su altura le había salvado de los cada vez más peligrosos cambios de humor de su padre. Antonio no era la clase de hombre capaz de pegar a alguien que podía devolverle el golpe, pero sí alguien capaz de pegar a una persona más débil. Por eso, Draco había decidido retrasar la universidad para asegurarse de que no le ocurría lo mismo a su hermano pequeño.

–Bebió hasta acabar en la tumba –dijo.

–¡Pues me alegro! –explotó ella, sorprendiendo a Draco con su reacción–. Siento mis palabras, pero bueno, no me gustan los matones –rugió. Apropiados o no, no podía contener sus sentimientos–. Siento si no te ha gustado mi reacción, pero no me he podido contener.

–Te aseguro que yo tampoco le tenía mucho aprecio –replicó Draco, tras un largo instante de contemplación.

Jane no respondió. Luchaba con todas sus fuerzas para escapar del hipnótico tirón de su oscura mirada hasta que llegó al punto en el que la necesidad de hacerlo no le parecía tan urgente. No obstante, las campanas de alarma no dejaban de sonar en su pensamiento.

–Siempre di por sentado que tuviste una infancia feliz –musitó. Parecía confusa cuando se acomodó sobre el sofá. Los dos habían estado a punto de casarse, pero jamás habían llegado a compartir todo lo que estaban compartiendo en aquellos momentos, cuando, en realidad, no eran nada el uno para el otro.

Sacudió la cabeza ante tan triste pensamiento y se apartó el cabello del rostro. No quería sacar el tema a colación, pero no pudo contenerse.

–¿Por qué me pediste que me casara contigo, Draco?

De igual modo, la respuesta de Draco llegó sin censuras.

–Quería tenerte en mi cama para siempre… –respondió. ¿Cuánto tiempo había tardado ella en meterse en la cama con otro hombre, un hombre con el que había engendrado un hijo? La pregunta le dejó una extraña sensación de vacío.

Una solitaria lágrima comenzó a deslizarse por la mejilla de Jane mientras él la observaba, liberando una emoción a la que él se negaba a darle nombre. Draco inhaló profundamente. ¿Estaba llorando por su pareja fallecida, el padre de su hijo?

Se puso de pie de repente, con la frustración grabada en sus esbeltos rasgos.

Jane eligió el mismo instante para ponerse también de pie. Las impetuosas acciones de ambos los colocaron cara a cara.

Jane contuvo la respiración cuando él le tomó el rostro entre las manos e inclinó la cabeza. Ella vio un destello de la pasión en los ojos de Draco y se negó a cerrar los suyos. No iba a cederle el control.

La alternativa era tomar la iniciativa y eso fue lo que hizo. Se puso de puntillas y le colocó las manos también a ambos lados del rostro. Sintió la incipiente barba e, inmediatamente, se hizo con el control y lo besó.

Durante un segundo, Draco permaneció inmóvil. Se limitó a aspirar su aroma. Entonces, comenzó a besarla con una incontenible pasión. Los sonidos de desesperación se escapaban de los labios de ambos y el contacto se fue haciendo cada vez más duro, menos disciplinado. Todo era fuego y pasión.

De repente, todo terminó. Los dos se miraron mutuamente. El asombro entre ellos estaba por duplicado. Jane vio el instante en el que la mirada de Draco cambió y decidió que era lo mejor. Lo último que quería era una especie de autopsia, aunque no se podía decir que la frustración que vibraba en su cuerpo necesitara mucho análisis.

Draco siempre había sido capaz de transformarla en una persona a la que apenas reconocía. Lo que en el pasado le había parecido libertad, en aquellos momentos se sentía como una pérdida.

–Vaya, menuda tontería.

Nunca se había preguntado qué abría ocurrido si la cita con el médico hubiera sido después de que hubieran estado casados, porque lo sabía perfectamente. Desde entonces, él había demostrado que era un hombre de acción y que se cansaba muy rápidamente.

Ella anhelaba algo que no existía, lo que la enfurecía, principalmente consigo misma. Draco nunca le había dicho que la amara, solo que la deseaba. Cuatro años después, el deseo se habría convertido en aburrimiento. Menuda idiota había sido. Draco no había perdido el tiempo a la hora de sustituirla en su cama y ella ya no era la mujer a la que un hombre podía seducir diciéndole que la necesitaba, que la deseaba. Aunque ese hombre tuviera una voz que, si hubiera justicia, debería ser ilegal.

–Una tontería muy placentera –susurró él. Jane apenas le llegaba al hombro, pero era tan fiera, tan apasionada, que hacía más con un beso de lo que él nunca hubiera imaginado posible–. Por eso te pedí que te casaras conmigo, *cara*.

En otras palabras, solo sexo.

En aquel momento, resultaba realmente difícil recordar lo que ella necesitaba más que el sexo. En realidad, ni siquiera necesitaba el sexo. Necesitaba una vida tranquila y ordenada.

El concepto de Draco y el de tranquilo y ordenado eran una contradicción.

–Oxímoron –dijo en voz alta, encogiéndose de hombros al ver que él la miraba sin comprender–. Me sentiría muy halagada si no fuera por el hecho de que tu versión del para siempre, según lo que he leído, suele ser de un mes –añadió, refugiándose del dolor que sentía en su interior en aquella verdad tan fea.

Si no hubiera sido tan inocente ni hubiera estado tan enamorada, se habría dado cuenta de que un hombre tan sexual como Draco, un hombre al que las mujeres se le ofrecían a cada paso, jamás se habría sentido satisfecho con una única mujer.

–Lo de la boda… no lo planeé. Jamás tuve intención de… Solo piensa en todo el dinero que te ahorraste del divorcio –añadió con una carcajada que tenía un sonido falso y vacío incluso para ella.

–En realidad, tú firmaste un bonito acuerdo prenupcial.

–Es cierto, así fue. ¡Se me había olvidado! –exclamó ella. En realidad, para ella no había tenido ninguna importancia. Ni siquiera lo había leído.

–¿De verdad crees que yo te habría engañado?

Por extraño que pudiera parecer, Draco parecía enfadado.

–Digamos que era un presentimiento.

El enojo de Jane se transformó en algo mucho más complejo cuando vio cómo los ojos de Draco se deslizaban desde su rostro hasta los senos. En realidad, tal vez no era tan complejo. De hecho, era algo totalmente básico. No había besado a ningún otro hombre y mucho menos había permitido que nadie la tocara desde el día antes de su malograda boda.

Después de unos meses, en los que existió en un limbo de tristeza y más tristeza, una urgencia médica rompió el ciclo de su desesperación.

Tuvo un brote de agudo dolor en su endometriosis. Fue tan agudo que el dolor pasó a otro nivel, llevando la incomodidad crónica a la que ya se había acostumbrado a un sufrimiento tal que tuvo que ser ingresada.

Por suerte, el hospital había estado tratando de reducir las listas de espera y estaba pagando a las clínicas privadas para que las pacientes en espera se redujeran drásticamente. Jane formó parte de ese esquema. La trasladaron a una clínica donde le practicaron una laparoscopia al día siguiente. El cirujano dijo que justo a tiempo. Como estaba medio drogada por los analgésicos, Jane no había preguntado. ¿Justo a tiempo para qué?

El procedimiento para retirar los quistes que le causaban tanto dolor fue un éxito, aunque le advirtieron que aquello no era una cura y que, en el futuro, la única solución que podría quedarle sería una histerectomía.

Jane decidió no pensar con tanta anticipación. Se sentía aliviada y pensaba aprovecharse de ello. Sin el dolor crónico y constante, su vida había cambiado para mejor. Se sentía como si le hubieran dado una segunda oportunidad. Si no podía tener hijos, trabajaría con ellos. Decidió convertirse en enfermera pediátrica. Volvía a tener un propósito en su vida.

Sin embargo, la vida no tardó de cambiar sus planes con una llamada en la puerta y una terrible noticia. Sabía que jamás sería la madre que Carrie había sido, pero iba a intentarlo con todas sus fuerzas.

Era madre y, en su vida, no había lugar para el caos que acompañaba siempre a Draco.

–Creo que deberías marcharte. ¿Quieres que llame a alguien para que venga a por ti? –le preguntó, mirándole la cabeza.

–Estoy bien.

En aquel momento, Mattie se despertó y comenzó a llorar. Sus gritos de enfado se escucharon escaleras abajo.

–Tu hijo…

–Matthew… Mattie.

–¿Cuánto tiempo tiene?

–Siete meses. Tenía ocho semanas cuando…

Draco vio cómo la sensación de pérdida se reflejaba en el rostro de Jane. De repente comprendió. Las ocho semanas a las que ella se había tratado de referir era cuando el padre del niño falleció.

–Si me perdonas, debería marcharme.

Inclinó ligeramente la cabeza y, sin decir nada más, se marchó. Jane se apoyó contra la puerta cerrada con las manos sobre los labios. ¡Le había besado!

La vergüenza se mezcló con un ilícito sentimiento de excitación. Su cuerpo aún vibraba por lo que había sentido. Solo pensar en lo excitado que él también había estado le provocaba una oleada de calor en el vientre.

Respiró lenta y profundamente y trató de recuperar la compostura. Entonces, Mattie volvió a gritar y Jane recordó sus prioridades para subir rápidamente las escaleras.

Jane estuvo a punto de olvidarse de los documentos que había impreso con el itinerario para las siguientes tres semanas, por lo que regresó a la casa para recogerlo de la mesa donde lo había dejado y metérselo en el bolso.

Conocía bien la hora de salida y llegada, pero los detalles no incluían la aerolínea con la que iba a viajar. Cuando envió por correo electrónico la pregunta al respecto a la persona que era su contacto, ella le dijo que la recibirían en el aeropuerto con los billetes y el resto de la información.

Había decidido que, en vez de reservar un chófer para que la llevara a su destino, sería más barato alquilar un coche, que la estaría esperando cuando llegara al aeropuerto italiano, muy poco conocido, por cierto. El navegador le había dado una ruta que parecía evitar las zonas de mayor tráfico y que le llevaría unas dos horas.

–¿Tienes todo en esta ocasión? –bromeó Grace cuando ella entró en el coche. Mattie ya estaba acomodado en el asiento trasero, junto a la hija adolescente de Grace, que lo adoraba.

–Sí, lo siento. Es increíble lo difícil que resulta hacer la maleta para un bebé.

Grace soltó una carcajada y miró a su hija.

–Claro que lo sé. Y te aseguro que no mejora, te lo prometo. Esta siempre se quiere llevar el armario entero –bromeó, ignorando la mirada de indignación de la muchacha desde el asiento trasero–. ¿Estás nerviosa?

Jane se dio cuenta de que se estaba mordiendo las uñas, un hábito horrible que había conseguido erradicar hacía muchos años. Se sacó el dedo de la boca y se colocó las manos firmemente sobre el regazo.

–No he estado nunca en Italia –dijo, a pesar de que, algunos años atrás, había planeado pasarse allí el resto de su vida–. Y nunca he estado aquí –añadió minutos más tarde, cuando llegaron al aeropuerto. Grace aparcó frente a una pequeña terminal–. De hecho, ni siquiera había oído el nombre.

–Yo tampoco, pero una amiga hizo un curso de vuelo aquí. Yo tampoco me había montado nunca en un avión privado.

–¿Un avión privado?

Grace pareció divertirse con la horrorizada expresión de su rostro.

–¿No te habías dado cuenta?

–Pero yo no tengo billete para un avión privado –afirmó ella, aunque su seguridad inicial comenzó a flaquear al ver que un hombre trajeado se acercaba al coche, flanqueado por dos mujeres elegantemente uniformadas.

Grace le desabrochó el cinturón de seguridad.

–Pues yo creo que sí. ¡Qué suerte! –exclamó Grace. Estaba mirando hacia la pista, que se veía por un lateral de la terminal–. Creo que vas a ir en el avión de la empresa.

Jane miró hacia donde Grace estaba mirando y se sintió totalmente horrorizada.

–Creo que te va a gustar –añadió Grace–. Va a ser una oportunidad fantástica para conocer gente…

–Mamá… –le recriminó su hija desde el asiento trasero, con una risita.

Jane suspiró, pero se preguntó también qué habría de malo en conocer a alguien agradable y normal con el que divertirse. Sin embargo, en su pensamiento solo había la imagen de alguien que no era agradable ni normal, una imagen de la que no podía desprenderse…

–No tengo tiempo para hombres. Tengo a Mattie.

Estuvo a punto de atragantarse por lo mojigata que resultaba aquella afirmación, pero era cierto. Era mucho mejor que admitir que Draco era un hombre imposible…

–Ser madre no es ser célibe para siempre, Jane. Sé que las cosas no te salieron bien la última vez, pero…

Jane suspiró. Lamentaba profundamente la última copa de vino que se había tomado en el club de lectura, pero, al menos, sus confesiones se habían detenido en lo de que había estado comprometida una vez y no le había salido bien.

Un pequeño comité de bienvenida acudió a recibirla al aeropuerto y la acompañaron al avión. Cuando por fin estuvieron acomodados en sus asientos, Jane vio que la cabina estaba totalmente vacía.

No comprendió lo que ocurría en realidad hasta que el avión no despegó. No iba a haber otros pasajeros. Se sentía muy confusa. ¿Acaso Draco había decidido mostrarle lo que se había perdido no casándose con él?

Sin duda, era una manera muy cómoda de viajar, sobre todo con un niño tan pequeño, pero, sin comprender muy bien por qué, se sentía resentida.

Era como si fuera una marioneta, a la que nadie se molestaba en consultar. Nada nuevo. Draco creía que, con cubrirla de lujos, ella

permanecería en la caja, sin moverse. Sin embargo, a Jane ya no le gustaba estar en la caja y se moría de ganas de tener oportunidad de demostrarlo.

A su llegada, no tuvo que preocuparse de nada. Cuando salió del aeropuerto, la esperaba una limusina. Todos los que la rodeaban parecieron muy alarmados cuando ella negó con la cabeza.

–He alquilado un coche. Voy a conducir yo misma.

La consternación se apoderó de todos los que la acompañaban, pero, al ver que ella insistía, no tuvieron más remedio que ceder.

Por fin, Jane se encontró delante de su pequeño utilitario.

–Venga, Mattie. Nosotros podemos –dijo con una falsa sensación de alegría cuando se sentó tras el volante.

Por suerte, su destino no estaba lejos. En realidad, la distancia no era grande en kilómetros, pero la carretera resultaba algo peligrosa. Hubo ocasiones durante el trayecto en las que se lamentó de no haber aceptado el servicio de limusina que se le había ofrecido. Parecía que el navegador, a pesar de ser exacto e indispensable, había elegido la ruta más corta, pero tal vez no la más fácil.

Por supuesto, las vistas eran increíbles o así lo parecían cada vez que Jane podía apartar la vista de la peligrosa carretera para admirarlas. Esas ocasiones eran escasas y cada vez más espaciadas, porque no le apetecía terminar en un barranco de la carretera.

Cuando vio por fin la primera señal que portaba el nombre del destino al que se dirigían, dio un suspiro de alivio y sintió que parte de la tensión que la atenazaba desaparecía de sus doloridos hombros. Cuando llegó frente a unas enormes verjas de hierro forjado, la tensión volvió a apoderarse de ella. Al menos, no tendría que preocuparse por despeñarse de la carretera.

Se preguntó qué debía hacer para poder entrar. ¿Llamar al timbre? De repente, las verjas se abrieron automáticamente, como por arte de magia. Por supuesto, había cámaras. Trató de no imaginarse los ojos anónimos que la observaban mientras atravesaba la puerta e iniciaba la última etapa de su largo viaje.

El acceso a la casa parecía interminable. Llevaba conduciendo casi quinientos metros a través de un espeso bosque cuando, de repente, unos sutiles focos iluminaron por completo la carretera.

Frente a ella, aparecieron por fin unos jardines de estilo francés, con las montañas a un lado y el brillo del mar al otro.

–Vaya… –exclamó con asombro. Abrió la ventana para poder aspirar el aroma del mar y los pinos. Entonces, el *palazzo* apareció frente ella. Evidentemente, lo había buscado en internet, pero las fotografías que aparecían en la red no le hacían justicia. La enormidad del edificio parecía querer ratificar su importancia y el poder y la riqueza de la familia que vivía en él. Su apariencia resultaba aún más dramática por el bellísimo entorno natural que lo rodeaba.

Jane admiró las simétricas filas de las ventanas, que ocupaban tres niveles. El pórtico barroco de la entrada y la impresionante escalera de mármol relucían bajo la tenue luz del atardecer.

¿Tendría oportunidad de visitar el interior?

Aquel era el lugar en el que Draco le había dicho que criarían a sus hijos. El recuerdo parecía incluso más surrealista en aquellos momentos, tras ver la mansión, aunque solo fuera como visitante.

Al llegar a una bifurcación de la carretera, dudó y levantó el pie del acelerador. Evidentemente, una parte de la carretera llevaba a la casa y la otra suponía que a los edificios que se distinguían detrás de los árboles que había más allá de la mansión.

Giró el volante para alejarse del *palazzo*, pero, entonces, una figura pareció salir de ninguna parte.

Capítulo 5

Jane pisó con fuerza el freno y cerró los ojos, anticipando un golpe. Cuando volvió a abrirlos, vio que Draco estaba de pie frente al coche, a escasos centímetros del parachoques. «Típico de Draco», pensó, temblando aún al ver que él ni siquiera se había molestado en apartarse de la carretera. Asustada, miró a Mattie, que estaba sentado tan tranquilo en su sillita, como si nada hubiera pasado.

Draco rodeó el coche con el rostro furioso, abrió la puerta y permaneció allí, esperando.

Jane había visto a Draco enfadado en otras ocasiones, pero nunca realmente furioso. Resultaba magnífico de la misma forma que un huracán, pero no por eso una persona deseaba ponerse en su camino.

Se le ocurrían dos maneras de enfrentarse a aquello, tres en realidad si contaba con darse la vuelta y marcharse a escape de allí. Decidió que esta última no contaba, con lo que solo tenía dos, mostrarse apesadumbrada, aunque no supiera por qué tenía que disculparse, o ir a la ofensiva.

Decidió abrazar el espíritu de la revolución que hervía dentro de ella. Salió del coche y sintió que el estómago le daba un vuelco y lo aceptó como inevitable. Solo Draco podía estar tan guapo con el cabello tan revuelto. Parecía muy grande, muy enfadado y desesperadamente guapo. Llevaba puesta una camisa y unos pantalones negros.

–No esperaba un comité de bienvenida –le espetó y vio que él entornaba la mirada–. Parece que no estás… muy contento –añadió. Le gustaba mofarse de él–. Lo siento. ¿Acaso llego tarde?

–¿Tarde dices?

La actitud de Jane era totalmente provocadora, por lo que Draco no tardó en alcanzar la zona roja y no pudo contenerse más. Jane escuchó la diatriba con fingida indiferencia. Ni un músculo de su rostro reflejaba el efecto que aquella parrafada en italiano estaba teniendo en ella.

–¿Has terminado? –le espetó cuando Draco dejó de hablar–. Antes de que sigas hablando, sería mejor que me lo dijeras en mi idioma, dado que no tengo ni la más mínima idea de lo que me has dicho… perdona, más bien de lo que me has gritado.

Después de que se casaran, habían pensado que Jane diera clases intensivas de italiano, aunque Draco había empezado las lecciones en el dormitorio, enseñándole un vocabulario que Jane dudaba que pudiera aprender de un profesor convencional.

–Si recibes a todo el mundo de esta manera, no me imagino que vengan muchas personas a hacerte una segunda visita. Este comportamiento de matón podría ser aceptable para las personas que trabajan para ti, pero no para mí.

–¿Comportamiento de matón, dices? –repitió él con incredulidad.

Jane se podía imaginar perfectamente que ninguna mujer le hablaba así. En realidad, ninguna mujer ni nadie, pero decidió disfrutar de su pequeña revolución.

–Sí. Gritas a la gente que no te puede gritar a ti. Bueno, eso no se refiere a mí.

–Yo no grito a nadie y jamás te he gritado a ti –replicó él. Evidentemente, se sentía furioso por aquella acusación.

–Nunca tuviste que hacerlo porque yo aceptaba todo lo que tú me decías –señaló ella amargamente.

–Porque tenía sentido y yo siempre buscaba y quería lo mejor para ti.

–¿De verdad te crees eso? En ese caso, eres incluso mucho más arrogante de lo que yo había pensado.

De repente, un gesto de profunda intranquilidad recorrió el rostro de Draco. Entonces, él apretó la mandíbula.

–Mi mal genio ha podido conmigo –admitió, aunque aquella confesión pareció haber salido en contra de su voluntad–. Sin embargo, no es de extrañar.

Draco se había pasado aquella última hora atormentado por las imágenes de coches estrellados en el fondo de los acantilados, cuerpos ensangrentados y carrocerías en llamas. No era de extrañar que hubiera perdido la compostura, pero, al menos, ella no había comprendido lo que él le había dicho.

–Pensaba que te iba a atropellar. Por suerte, soy una buena conductora, porque, si no fuera así, te habría atropellado. También admito que, aunque iba muy despacio, debí de haberte asustado.

–¿De verdad crees que te grité por eso?

Jane se encogió de hombros.

–No llevo aquí el tiempo suficiente para que te hayas enfadado conmigo por otra cosa.

–Ignoraste las instrucciones que te di para tu llegada.

Instrucciones. Eso sí que le molestó.

–Dios mío, eres un obseso del control. Tu secretaria me envía un memorando y, si no lo sigo al pie de la letra, te pones hecho un basilisco –comentó ella con una risa burlona.

–Supongo que estabas tratando de demostrar algo, aunque no puedo imaginar de qué se trataba.

–¡Eso no es cierto! –exclamó ella.

–Entonces, decidiste ignorar mis deseos, todo lo que organicé para tu comodidad y la de tu bebé…

–Venga ya, Draco. ¿De verdad piensas que me voy a creer que tú ni siquiera conocías lo que se había organizado para mí?

Draco decidió ignorar aquel comentario. Responderle habría significado tener que admitir el hecho de que él, personalmente, se había ocupado de organizar todos los detales.

–Han pasado tres horas y media desde que me informaron de que el bebé y tú decidisteis no ocupar la limusina que te envié para que

llegaras aquí sana y salva. Me informaron también de que habías decidido venir conduciendo tú misma un coche de alquiler barato.

–¡Ese comentario es tan propio de ti! Lo juzgas todo por el dinero que cuesta.

–No, señora. Lo juzgo por los frenos, algo que no me parece poco razonable. Tus actos son totalmente infantiles. No tengo experiencia de lo que supone viajar con un bebé, pero estoy seguro de que no resulta muy relajante. Tu comportamiento habría resultado moderadamente irritante si esto hubiera ocurrido en Inglaterra, en carreteras con las que estás familiarizada, pero esto no se parece en nada a Inglaterra. La ruta más segura te habría llevado tres horas y el atajo que ofrecía tu navegador, dos y media.

La expresión culpable de Jane lo decía todo.

–¿Tienes idea de cuántos accidentes han ocurrido en esa carretera y de cuántos turistas han sufrido daños?

–Está bien –dijo ella–, admito que la carretera no era buena.

Aquella admisión no sirvió para apaciguar a Draco, que llevaba dos horas pensando en las curvas cerradas y las escarpadas laderas que bordeaban la carretera. Draco conocía muy bien esa carretera y había sido testigo de muchos accidentes. Aunque sus habilidades como conductor eran impecables y conocía el terreno, solo tomaba el atajo a plena luz del día y solo si iba en un todoterreno.

–Te podría haber sorprendido la noche… Yo lo organicé todo para que te trajeran aquí. ¿Por qué no pudiste aceptarlo y venir como se había organizado?

Jane levantó la barbilla.

–¿Organizado? –replicó ella. Sacudió la cabeza–. Yo no te pedí que me organizaras nada y, además, no se me incluyó en ninguna de esas decisiones. Siento mucho haberte causado tanto inconveniente –añadió con una sonrisa poco sincera–, pero yo ya me había ocupado de organizar mi viaje.

Jane vio que una mirada de frustración recorría el rostro de Draco. Entonces, él se pasó una mano por el cabello, que ya tenía muy alborotado.

–Has alquilado esto… –dijo él con un gesto de desprecio mientras le daba una patada a una de las ruedas del coche–. Permíteme que

no tenga muy alta opinión de lo que has organizado.

–¿Te importaría no hacer eso? Tengo que pagar los daños.

–Yo pagaría por hacer que una grúa se lo llevara de aquí y lo estrellara. ¿De verdad pensaste que un niño podría viajar con seguridad en esto?

El hecho de que Jane hubiera pensado lo mismo en innumerables ocasiones a lo largo del viaje hizo que respondiera al comentario de Draco más indignada aún.

–¿Cómo te atreves? –le espetó con los ojos airados–. Mis habilidades como madre no son asunto tuyo y, al menos yo, no doy por sentado que la única manera de solucionar un problema es con dinero –añadió con desprecio–. Puedes meterte tus limusinas por…

Jane abrió los ojos, sorprendida por lo que había estado a punto de decir, y se contuvo.

–Solo quería decir que… Que yo no soy tu problema –insistió en tono desafiante–. Además, no creo que pueda aceptar consejos de alguien cuya experiencia como padre consiste en sostener al perrito faldero de su novia mientras ella posa para la cámara.

La expresión del rostro de Draco pasó de expresar furia a asombro antes de esbozar aquella maravillosa sonrisa que hacía difícil permanecer enfadada con él.

–Ese maldito bicho me mordió –comentó–. Tuve que ponerme la vacuna del tétanos.

La tensión entre ellos empezó a disolverse y Jane tuvo que cubrirse la boca con la mano para ahogar una carcajada. No lo consiguió del todo.

–¡Te lo merecías! –replicó.

–Estoy empezando a descubrir que el tamaño no es indicativo alguno del grado de combatividad –comentó él mientras estudiaba atentamente el rostro de Jane y se preguntaba cómo era posible que jamás hubiera visto, ni siquiera adivinado, el fuego que ardía dentro de ella–. Estaba preocupado.

–¿Por qué?

–Bueno, ya te lo he explicado. La carretera que supongo que has tomado no es para… Antes de que explotes una vez más, te diré que hasta la gente que vive por aquí toma la ruta más larga.

–No fue un viaje agradable –admitió Jane por fin–, pero si me habías organizado el transporte, deberías haberlo hablado conmigo… o hacer que tu asistente personal lo hablara conmigo –se apresuró a añadir–. Requiero opciones, no un ultimátum. Soy perfectamente capaz de organizar mi vida y de tomar mis propias decisiones.

–Ya lo veo –afirmó él, mientras estudiaba la obstinación que se había reflejado en su rostro.

–Evidentemente, tú crees que me perdería en una bolsa de papel, pero te aseguro que no soy tan indefensa.

Draco la observaba con expresión indescifrable.

–Está bien, siento haberte causado todos estos inconvenientes, pero…

De repente, Jane cayó en la cuenta de que Draco se había tomado muchas molestias por ella. ¿Por qué? Tal vez pensaba que, efectivamente, ella era así de indefensa… Apretó las manos y cerró los ojos brevemente. Entonces, decidió dejar de pensar y respiró profundamente.

–Ha sido un día muy largo y, según tengo entendido, hay una sesión informativa mañana temprano. Por lo tanto, si alguien nos pudiera mostrar nuestra habitación, Mattie está…

En ese mismo instante, el bebé empezó a llorar.

Draco observó cómo Jane se dirigía rápidamente a la puerta trasera del coche. La expresión del rostro de Jane cuando se inclinó y sacó en brazos al lloroso bebé le provocó una tensa y dolorosa sensación en el pecho.

Poco a poco, consiguió calmar al pequeño y regresó junto a Draco.

–Solo tienes que indicarme hacia dónde tengo que ir.

–Ha habido un cambio de horario porque no todo el mundo podía llegar a tiempo. Por lo tanto, se ha decidido que mañana será un día libre.

Jane trató de ocultar su alivio, pero sabía que no lo había conseguido.

–Ah, vaya… me alegra saberlo. ¿Está lejos…?

Ella miró hacia los edificios que se vislumbraban detrás de la mansión.

–No, pero tú no estás en el anexo, aunque, si decides asistir a la cena de bienvenida más tarde, alguien estará pendiente de ti para acompañarte.

Cena de bienvenida. Después de un viaje infernal, renunciar a asistir a aquella cena era lo que más le apetecía en aquellos instantes.

–De acuerdo, debí de haber entendido mal. Entonces, ¿dónde nos vamos a alojar?

–El centro no tiene instalaciones adecuadas para el cuidado de niños. Por ello, os hemos asignado vuestras habitaciones en la casa principal.

Jane escuchó la explicación en silencio. Entonces, se giró para observar el *palazzo*. El sol casi se había puesto, en la semioscuridad, el edificio destacaba sobre el resto por una cuidada iluminación.

–¿Pero tienes sitio? –bromeó entre risas, a pesar de que, en realidad, no le apetecía reírse. Resultaba extraño que, no hacía mucho, ella había estado destinada para ser la señora de aquel lugar. Habría llegado allí como recién casada, no solo de visita…

Respiró profundamente. No había motivo alguno para pensar en lo que no había ocurrido.

–De acuerdo, ¿dónde debería…?

Miró al coche. Mattie estaba entre sus brazos, acurrucado sobre su pecho. Estaba segura de que el pequeño comenzaría de nuevo a llorar si volvía a meterlo en el coche.

–Yo podría conducirlo, pero no se si entraría dentro. Así que iremos andando. Ya se ocupará alguien de aparcarlo bien y de tu equipaje. Yo te mostraré el camino.

Echaron a andar y, a los pocos instantes, Draco se detuvo de nuevo y miró a Jane.

–Parece que pesa bastante…

–Está muy grande –afirmó Jane–. Dios mío, ¡qué jardines tan bonitos!

Contempló atónita la imagen que tenía frente a ella. Unos focos colocados estratégicamente iluminaban los parterres y los diferentes niveles del jardín, que iba descendiendo hacia el mar por un lado y hacia el resto de los jardines por otro. Los diferentes niveles

parecían estar conectados por escaleras y pequeñas verjas. El agua de una espectacular fuente se iba derramando por todos los niveles, que terminaba en un estanque justo en el exterior de la mansión.

–No está mal –repuso Draco–. Se me ha pegado eso de quedarme corto de cuando estuve en el colegio en Inglaterra.

Él no lo había mencionado nunca, pero Jane siempre había tenido la impresión de que la experiencia de Draco en el internado en Inglaterra no había sido buena. Siempre había dicho que jamás enviaría a sus hijos a un internado.

Los hijos que ellos nunca podrían tener juntos.

–¿Era su padre muy alto? –le preguntó Draco, tratando de mantener un tono neutral en la voz.

Un hombre muerto podría ser un rival muy difícil para alguien que quisiera ocupar su lugar. Por suerte, ese no era el caso de Draco, pero quería saber. Se merecía saber si aquel hombre había sido la causa de que ella lo hubiera abandonado en el altar.

–No, pero…

Jane no supo cómo continuar. Carrie sí había sido alta, muy atlética y de anchos hombros. Recordó una imagen de su amiga el día en el que le contó que estaba embarazada. La conversación volvió a recrearse en su pensamiento.

–No sé cómo funciona una familia de verdad –le había confiado Carrie, presa del pánico.

Jane, a la que entregaron en adopción en el momento de su nacimiento, ignoraba también la dinámica. Ella nunca había podido encontrar una casa para siempre. Había estado a punto de ser adoptada en dos ocasiones. La primera vez, la madre de la familia se quedó embarazada y decidieron que ya no querían a Jane. La segunda, ella había sentido durante un breve tiempo que era parte de la familia, pero, antes de que se formalizara la adopción, el marido fue diagnosticado con una enfermedad muscular degenerativa. Hubo muchas lágrimas por ambas partes cuando Jane tuvo que regresar al orfanato, pero sabía que la habían querido y eso era algo que nadie podría arrebatarle.

–Una familia funciona con el amor y Rob y tú tenéis de eso más que de sobra, ¿no te parece?

Recordó cómo la expresión de su amiga se aliviaba.

–Es verdad. Tenemos amor de sobra y el bebé te tendrá a ti como tía, así que tendrá mucha suerte…

Jane abrazó con fuerza al bebé y escondió el rostro contra el suave cabello del niño durante un instante.

–No quería disgustarte –susurró Draco.

Jane levantó los ojos y lo miró.

–No me has disgustado.

Sin embargo, las lágrimas que había en sus ojos parecían decirle a Draco todo lo contrario. Él la miró con arrepentimiento y observó cómo Jane se colocaba al bebé en una postura más cómoda. En ese momento, él experimentó unos sentimientos desconocidos y poco bienvenidos.

–Debería llevarlo yo.

–¿Tú? –le preguntó Jane asombrada.

Draco asintió y se encogió de hombros.

–¿Por qué no? No creo que sea muy difícil…

–Pero…

El hecho de que ella dudara lo empujó a insistir en su resolución.

–Hay muchos escalones y está oscuro. Con el bebé en brazos no podrás ver ni siquiera tus propios pies.

Draco observó cómo ella asentía, pero estrechaba con fuerza al bebé contra su cuerpo.

–Debería haberte traído en coche –admitió Draco. Sin embargo, aquella era una de las mejores vistas del palacio y había querido ver la reacción de Jane.

De hecho, lo que había querido ver era cómo ella se lamentaba de lo que veía, de lo que había abandonado. A pesar de todo, el ego de Draco no le permitía admitir que aquel hecho aún le dolía.

–Bueno, gracias, pero los jardines son preciosos. Me muero de ganas por verlos a la luz del día –dijo.

Draco se inclinó hacia ella, con los brazos extendidos hacia el bebé. Jane dudó un instante, pero se lo entregó.

–Gracias… –susurró Jane.

Tuvo que bajar la mirada. Por algún motivo sobre el que prefería no pensar, la imagen de Draco con Mattie entre sus brazos le

provocaba una emoción que no era capaz de controlar.

–Mi madre replantó esta zona hace muchos años –comentó él, obligándola a mirarlo de nuevo.

Jane notó la suave expresión del rostro de Draco mientras observaba a Mattie, la calidez de sus ojos. Parecía que, en solo un instante, la firmeza había desaparecido, aunque volvió a reflejarse en su rostro un momento más tarde–. Yo traté de reconstruirlo todo tal y como estaba como recuerdo hacia ella.

–Es un detalle muy bonito –susurró Jane. De repente, se dio cuenta de lo extraño que era aquello, estar allí, hablando con Draco de esa manera.

Cuando estaban juntos, Draco jamás hablaba mucho de su familia y, cuando lo hacía, era sobre todo información sobre los logros de su medio hermano. Jamás había hablado de su fallecido padre. De hecho, Jane no sabía ni siquiera cuándo había muerto y la única vez que había mencionado a su madre habían sido detalles sin mucha importancia. Sus padres se habían divorciado y la madre había muerto un año más tarde. Cuando Jane le había ofrecido su consuelo, él había dado por terminada la conversación, dejándole muy claro que el tema estaba vedado. Jane decidió no hacer más preguntas y dejar aquella conversación para cuando él necesitara hablar al respecto. Por supuesto, ya no había habido oportunidad.

Su relación jamás había sido sobre hablar o compartir, sino sobre el sexo. Tal vez habían empezado a hablar porque ya no eran pareja. Ya no tenían el sexo para que les impidiera pensar en otra cosa… Incluso cuando estaban juntos, Jane se había preguntado en ocasiones qué era, más allá del sexo, lo que los mantenía juntos.

Apartó aquellos pensamientos de la cabeza, pero decidió que aquella prohibición ya no se aplicaba a ella. Ya no era su prometida.

–¿Te fuiste a vivir con tu madre cuando tus padres se divorciaron? –le preguntó, casi esperando que él le dijera que no era asunto suyo.

Sin embargo, después de una pequeña pausa, Draco respondió.

–Él no se lo permitió. Cuando nació Jamie, yo ya no podía marcharme.

–Me acuerdo de Jamie –dijo ella, pensando en el muchacho de trece años, delgado como un palo, que Draco le había presentado la noche antes de la boda.

–Causaste en él una gran impresión –comentó Draco secamente. Recordaba perfectamente la mirada acusadora de su hermano cuando le exigió saber qué era lo que le había dicho a Jane para que saliera huyendo.

–¿Cuántos años tenías tú cuando se divorciaron tus padres?

–Quince. Y Jamie nació un mes después de que mi padre se casara con su madre. Ten cuidado. Hay un…

Con la mano con la que no estaba sosteniendo a Mattie, le agarró el codo y la ayudó a recuperar el equilibrio cuando ella se tropezó.

–Gracias, lo siento. No iba mirando por dónde iba.

No. Jane lo había estado mirando a él. No había duda de que lo merecía. No servía de nada negar lo que era evidente. La barba de días le daba un aspecto más… terrenal. «No pienses en eso, Jane», se recomendó. No podía permitir que lo que había entre ellos se convirtiera de nuevo en la obsesión que había sentido en el pasado. No. Él solo era un hombre guapo, muy guapo, con el que ella había tenido una relación en el pasado.

Ojalá él le soltara el codo… ¿Era posible que el codo tuviera tantas zonas erógenas, por el amor de Dios?

–Debe de estar empezando a pesarte. ¿Quieres que lo lleve yo ahora?

Jane extendió las manos para poder escapar del contacto de la mano de Draco sin que pareciera demasiado evidente.

Él le dedicó una mirada burlona.

–Gracias por la oferta, pero creo que podré arreglármelas –respondió. El bebé no era el problema, sino la incapacidad que tenía de dejar de mirarle a Jane los labios.

Capítulo 6

Justo en aquel instante, Mattie dejó escapar un aullido de enfado y empezó a patalear y rebullirse en brazos de Draco.

–¿Qué es lo que he hecho?

Jane sonrió al ver cómo Draco, que habitualmente era el maestro del control absoluto, perdía la compostura. En su lugar, parecía haber algo muy parecido al pánico.

–Nada, solo tiene hambre. Deja que lo tome yo en brazos.

En aquella ocasión, Draco no protestó. Se limitó a murmurar algo en italiano antes de entregarle al pequeño. Jane comenzó a moverlo entre sus brazos para que se tranquilizara.

–Ya casi estamos, Mattie –susurró mientras llegaban a la terraza más baja de los jardines, que quedaba justo enfrente de la entrada al *palazzo.*

Poco a poco, el bebé fue respondiendo a la voz de Jane y los decibelios disminuyeron.

–¿Le das el pecho?

No parecía estar incómodo al hacer aquella pregunta, pero Jane sí experimentó una oleada de calor que le subía por el cuello hasta llegarle al rostro. Ante ella tenía otra oportunidad para contarle la verdad. No es que fuera un secreto culpable o algo así. En realidad, ni siquiera era un secreto. Jane tenía otro secreto, sí, pero no había motivo para compartirlo con él.

–No, no le doy el pecho.

–Según tengo entendido, no siempre es fácil.

¿Según tenía entendido? La sugerencia de que él hubiera podido investigar sobre la lactancia materna y sus problemas estuvo a punto de hacerle soltar la carcajada.

–Ah, ahí está Livia.

Si Draco había sonado aliviado, Jane se sentía mil veces más.

–Livia te mostrará tus habitaciones –dijo mientras se dirigía a la recién llegada, que llevaba un traje de pantalón oscuro y una expresión amable y dispuesta a ayudar en el rostro.

–Por aquí, señora Smith. Espero que su viaje no haya sido agotador.

Con una encantadora sonrisa, la mujer se hizo a un lado para permitir que Jane la precediera a través de la enorme puerta doble. Cuando atravesó el umbral, tan ornado como si fuera la puerta de una iglesia, fue como si entrara en otro mundo. Levantó el rostro para admirar el techo, que parecía flotar a mucha distancia sobre su cabeza. Obras de arte adornaban las partes de estuco y pan de oro de las paredes. El resto quedaban cubiertas de enormes espejos adornados con hojas de laurel.

A ambos lados de la enorme entrada, había esculturas clásicas, bustos de mujer de perfil romano, que marcaban el camino hasta la bellísima escalera, de mármol también como el suelo. La escalera conducía hasta la galería de la primera planta, donde se dividía en dos, y obligaba al ojo a centrarse en una impresionante cúpula de cristal.

Los muebles eran piezas grandes y dramáticas y, entre tanto clasicismo, mostraban unos vibrantes colores y líneas limpias y ultramodernas. Dos enormes sofás eran de color verde esmeralda y una enorme librería de acero estaba pintada de rojo.

Jane miró a su alrededor, impactada. Livia sonrió al ver su reacción. Comprendía el asombro.

–Durante el proceso de restauración, realizaron muchos descubrimientos, pero estoy segura de que no quiere una visita guiada justo en estos momentos. Por aquí, señorita.

Condujo a Jane por un pasillo alineado también con estatuas y obras de arte hasta llegar a una puerta que resultó ser un ascensor.

Este los llevó a una planta superior en cuestión de segundos, algo de lo que Jane se alegró. Nunca le habían gustado demasiado los espacios cerrados.

Aquel pasillo estaba alineado con ventanas, por lo que debía de ser muy luminoso durante el día. En aquel momento, la única luz provenía de unos pequeños focos colocados en la pared opuesta.

–Hemos llegado.

Livia abrió la puerta y esperó a que Jane entrara. No se trataba de un dormitorio, sino de un gran salón. Los muebles eran modernos, pero de gran calidad y hacían juego con la decoración de las paredes.

–No se preocupe. El balcón está a prueba de niños –dijo, al ver que Jane miraba en esa dirección–. Además, en el caso de la edad del pequeño no es un problema. Tiene también una pequeña cocina –añadió mientras abría una puerta–. Las otras puertas son el dormitorio principal y el infantil. Están conectados entre sí y el cuarto de baño es compartido. Espero que lo encuentre adecuado. También hay un cuarto de juegos, si desea usarlo, pero no creo que el niño esté en edad de ello.

Jane observó mientras la mujer abría una puerta, tras la que se ocultaba una alegre habitación que parecía ser el paraíso de cualquier niño. Había una serie de personajes de dibujos animados pintados en la pared, estanterías con juguetes y libros y una mesita con sillas en el centro de la estancia. Sin poder evitarlo, se imaginó allí sentado a un niño con el cabello y los ojos oscuros, como los de Draco.

Se dio la vuelta con un nudo en la garganta y comenzó a juguetear con Mattie.

–Tienes razón, Livia. No creo que este pequeñajo pueda hacer uso de ese cuarto.

Oyó cómo la mujer cerraba la puerta y sintió un profundo alivio.

–¿Quiere que la ayude a deshacer la maleta? –le preguntó Livia, señalando el equipaje del que Jane no se había percatado.

La seguridad con la que Draco había hablado sobre el coche y el equipaje parecía justificada dado que habían conseguido llevarlo a la habitación antes de que ella llegara. Jane se acercó a la sillita de

bebé y la desplegó con un hábil movimiento de muñeca. A continuación, sentó a Mattie en ella.

–No. No hace falta –dijo mientras abrochaba el arnés de seguridad del pequeño–. Me ocuparé yo misma. –En realidad, no tenía mucho que colocar. Las cosas de Mattie ocupaban la mayor parte del equipaje–. Esto es… maravilloso –añadió mirando a su alrededor–, pero creo que debe de haber habido algún error. Yo he venido a la conferencia. No soy invitada de la casa. Yo creía que debería estar en el…

–El señor Andreas no consideró que el alojamiento del anexo fuera adecuado para un niño –respondió la mujer, mirando afectuosamente a Mattie. En aquellos momentos, el niño se estaba metiendo la mano en la boca, con una expresión muy seria en el rostro–. Mi sobrino es de su misma edad y también es un niño muy guapo. Por cierto, el frigorífico está lleno de la leche maternizada que ha pedido y algunas cosas también para usted.

A Jane le había parecido un detalle muy considerado cuando se lo preguntaron. Además, le había ahorrado mucho espacio en la maleta.

–Me da la sensación de que me están dando un trato preferente –admitió.

–En absoluto. Según tengo entendido, las reuniones de la tarde podrían demorarse un poco y se decidió que este apartamento sería más adecuado y tranquilo.

Jane se sintió aliviada. La gente era muy amable con los bebés, pero, en lo que se refería a dormir bien, eran mucho menos tolerantes. Se había imaginado desayunando con un montón de miradas de desaprobación de gente que no había podido dormir como era debido.

Allí Mattie no molestaría a nadie. En cuanto a las reuniones de las tardes, dudaba que pudiera acudir a alguna.

–Lo es. Este apartamento es perfecto.

Efectivamente, era perfecto, pero también un enigma. Una perfecta habitación infantil. Tal vez era lo que los millonarios hacían. Preparaban un cuarto infantil por si uno de sus invitados tenía un

bebé. Tal vez era algo tan sencillo como que un chef ofreciera una opción vegana.

O tal vez era algo más sencillo aún. Aquellas habitaciones siempre habían sido la habitación infantil y a nadie se le había ocurrido cambiar el uso cuando restauraron la mansión. Simplemente habían modernizado la decoración y las instalaciones. También era posible que Draco y su hermano hubieran ocupado aquellas estancias…

Sin querer, se imaginó a Draco de niño, pero decidió apartarla inmediatamente. Cuando accedió a ir hasta allí, había esperado que, más allá del discurso de presentación, no tendría que verlo. No parecía que fuera a ser así…

Livia sonrió y pareció comprender la pregunta que Jane había dejado en el aire.

–Yo no estaba aquí por aquel entonces, pero creo que esta era la antigua habitación infantil y que se tenía la intención de que volviera a serlo una vez más cuando… –se interrumpió Livia durante un instante mientras se estiraba el cuello de la blanca camisa con el aire profesional de alguien que sabe que ha hablado más de la cuenta–. El personal sigue hablando de ello. Fue un periodo muy triste.

Jane se quedó atónita. ¿Podría estar Livia refiriéndose a lo ocurrido después de que ella saliera huyendo? Sintió una profunda intranquilidad. Por supuesto, sabía que había tomado la decisión correcta, pero había estado tan ocupada enfrentándose a sus propios sentimientos que no había pensado en los efectos que su decisión podría haber tenido en personas que ni siquiera había conocido.

Sabía que Draco había estado furioso, pero también sabía que su corazón no se había visto afectado. ¿Cómo podía haber sido? Ella nunca había tenido su corazón.

–Estoy segura de que, algún día, habrá niños aquí –añadió Livia con una sonrisa confidente–. Y, mientras tanto, le ha sido de utilidad a usted.

«Claro que habrá bebés, pero no míos…».

–Es precioso y estoy muy agradecida. Echaré un vistazo antes de bañar a Mattie –dijo con una sonrisa. Esperaba que la mujer reconociera aquella indirecta y comprendiera que quería estar sola.

El día había sido agotador y, para culminarlo, se había encontrado con Draco cuando lo que le habría gustado poder recuperarse tranquila del trayecto infernal en coche hasta llegar al *palazzo.* Él no parecía haber comprendido que ella podría haberlo matado. La violencia de aquel momento le hacía temblar con fuerza.

Draco era la persona más viva que se había encontrado en toda su vida. El hecho de que ya no estuviera enamorada de él no alteraba el hecho de que le resultaba inaceptable la idea de que él no pudiera estar en el mundo.

–Si no desea nada más…

–No, gracias. Estoy bien.

Para alivio de Jane, Livia echó a andar hacia la puerta y ella, cortésmente, la acompañó.

–Muchísimas gracias.

Cuando por fin estuvo a solas, miró a su alrededor. Decidió centrar sus pensamientos en lo práctico y alejarse de lo peligroso. Lo primero era ocuparse de Mattie. Comió muy bien y se animó mucho en el baño, pero Jane decidió ponerle el pijama enseguida dado que notó que los párpados le pesaban al pequeño. Lo acunó sobre su hombro hasta que sintió que se quedaba profundamente dormido.

Lo metió con cuidado en la cuna y lo arropó. Entonces, salió de puntillas del dormitorio y dejó la puerta entornada.

A pesar de que trataba de olvidar lo que Livia le había dicho, sus palabras seguían rondándole la cabeza. Después de todo, aquella zona infantil estaba amueblada y preparada para los niños que Draco y ella jamás tendrían.

Por supuesto, Draco sí los tendría. Eso era lo que Livia había parecido sugerir. Podría ser que él ya tuviera planes para casarse… Se colocó una mano sobre el vientre y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Se las secó con furia.

Tras regresar brevemente a la habitación de Mattie para comprobar que dormía tranquilo, se dirigió a la cocina para recoger todo lo que había utilizado para alimentar al pequeño.

No debería sentir nostalgia ni arrepentimiento. Más bien debería estar aliviada de que la situación no hubiera llegado al momento en el que ella hubiera tenido que decirle a Draco que no podía tener hijos. Estaba segura de que habría niños allí algún día.

Tras comprobar una vez más que Mattie dormía plácidamente, se dirigió a su dormitorio para desempacar sus cosas. No le llevó demasiado tiempo. Cuando colgó sus pocas prendas en el enorme guardarropa, se preguntó qué debería hacer a continuación.

Sabía que debería ir a la cena informal, pero Draco le había sugerido que era opcional. No quería turbar el sueño de Mattie, pero la verdad era que tenía hambre…

Se estaba preguntando qué habría en el frigorífico además de leche infantil para tratar de aplacar su hambre cuando alguien llamó suavemente a la puerta. Al otro lado, estaba una chica, que no tardó en presentarse.

–Soy Val, la niñera. Bueno, en realidad, no. Ayudo a mi hermano con las abejas.

–Vaya –comentó Jane, divertida por la intensidad de la muchacha e impresionada por lo bien que hablaba su idioma.

–Sin embargo, cuando los invitados necesitan una niñera, yo echo una mano. Tengo mucha experiencia. Tengo cinco hermanos más pequeños. Puedo quedarme con el pequeñín si lo necesita, aunque, si prefiere no salir a cenar, puedo pedir que se la traigan aquí.

–Yo… –susurró Jane, dudando. Se hizo a un lado para que Val entrara–. Entra, por favor. Mattie está dormido. Normalmente duerme varias horas después de la toma nocturna.

–¡Qué suerte! –exclamó Val–. El menor de mis hermanos aún se despierta dos veces por la noche.

–Mira, es muy considerado de tu parte –observó Jane, dándose cuenta de que era poco probable que la muchacha se hubiera ofrecido voluntaria–. No estoy vestida.

–No hay problema. Si no quiere bajar a cenar, me podría quedar aquí mientras se ducha.

–Creo que seguramente oiría a Mattie, pero te estaría muy agradecida –admitió Jane. Estaría genial poder darse una ducha, que

necesitaba desesperadamente después del largo viaje, sin tener que estar pendiente de Mattie–. ¿La cena es a las siete y media?

–No creo que hoy se prolongue demasiado. Hay muchos hombres viejos con barba –comentó la muchacha–. Ay, lo siento. Eso ha sido una grosería. En realidad, me gustan las barbas.

Jane se echó a reír y Val pareció tranquilizarse.

–No hay problema si prefiere cenar aquí.

La ducha, que tenía un montón de mandos y botones, era dos veces más grande que el cuarto de baño entero de su casa, de su dormitorio incluso. Mientras disfrutaba del lujo, sintió que su cuello y sus hombros comenzaban a relajarse. Cuando por fin se decidió a salir, se sentía totalmente renovada. Se puso uno de los esponjosos albornoces y regresó al dormitorio después de echar primero un vistazo a Mattie, que seguía profundamente dormido.

Tal vez podría saltarse la cena y tomarse un vaso de leche. Ya no tenía hambre. De hecho, a menudo estaba tan ocupada que en raras ocasiones se sentaba para cenar. Algunas veces se tomaba un bocadillo o algo ligero e incluso, al meterse en la cama, se daba cuenta de que se le había olvidado cenar.

Recogió la ropa que se había quitado en una bolsa para la ropa sucia y recordó que, en la información del curso, había leído que disponía de servicio de lavandería. Su escaso guardarropa comenzó a preocuparle menos.

Seleccionó rápidamente la ropa interior, una falda vaquera y una blusa sin mangas que se ataba en la cintura. Como toda su ropa, aquellas prendas le estaban demasiado holgadas. Se peinó y se puso un par de sandalias y regresó rápidamente al salón, donde Val estaba mirando su teléfono. Cuando Jane entró, la muchacha se lo guardó rápidamente en el bolsillo.

–He decidido no salir a cenar –anunció.

–Claro. Haré que le suban la cena.

–En realidad, con un sándwich me bastaría… por cierto, ¿tú has cenado? ¿Te estoy impidiendo que te vayas a cenar?

–Sí, yo ya he cenado. Siempre hay bocadillos, ensaladas y ese tipo de cosas para los empleados que tenemos que trabajar por la tarde-

noche –comentó. Entonces, como por arte de magia, se sacó una manzana del bolsillo.

–Me parece perfecto. Si me indicas dónde es, iré a por algo para mí, si a ti no te importa quedarte con Mattie.

–Claro que no me importa, pero usted es una invitada.

–En realidad, me vendría muy bien poder estirar las piernas un poco y familiarizarme un poco con todo esto antes de mañana. Solo tienes que decirme dónde está la cocina.

–Bueno, hay un camino por la parte de atrás que es mucho más rápido. Solo tiene que tomar el ascensor al final del pasillo, pero no en el que ha subido, sino cuando salga a la derecha y luego hasta el final. No tiene pérdida. Ese ascensor la llevará allí directamente.

–No tardaré mucho. Si Mattie se despierta… –dijo. Se sacó su teléfono y le dio a Mel su número.

Encontrar la cocina fue mucho más difícil de lo esperado. Un rato después llegó a lo que parecía ser una antesala donde se servía la comida sobre una larga mesa. Quedaba mucha comida, pero la sala estaba vacía.

Había disponible mucho más que bocadillos y ensaladas, incluso unos platos calientes, pero Jane había dejado de tener hambre hacía tiempo, aunque reconocía que necesitaba comer. Se puso en un plato unos sándwiches de salmón ahumado y decidió regresar a sus habitaciones. Al menos esa era su intención, pero, al pasar delante de una puerta de estilo cuadra, esta tenía abierta la parte de arriba. Una ligera brisa inundaba la estancia y Jane sintió un repentino anhelo de respirar aquel aire tan fragante.

Retiró el pestillo de la parte inferior de la puerta y volvió a cerrarla a sus espaldas. Salió a lo que parecía ser un patio. No había ninguna ventana iluminaba y todas parecían enormes ojos vacíos observándola.

En realidad, no había nada siniestro en aquel patio. Se trataba simplemente de un jardín para la cocina, lo que explicaba el fragante aroma que había captado por la puerta al pasar. Sin tener intención de hacerlo, no pudo contenerse y comenzó a pasear entre las macetas de hierbas aromáticas, cuyo perfume embriagaba la noche.

Salió por un arco hacia una zona abierta, desde la que se escuchaba el sonido del mar, aunque no podía verlo.

Se dio la vuelta para mirar hacia la puerta, dado que no quería perder su punto de referencia.

Se echó a reír con amargura. Ya se había perdido en el momento en el que Draco volvió a entrar en su vida. Había algo en él que parecía anular su habilidad para pensar y tomar decisiones racionales.

–Estoy empezando a pensar que ha sido una mala idea venir aquí –susurró, mirando a su alrededor. ¿A quién estaba tratando de engañar? Siempre había sabido que sería una mala idea.

Sin embargo, había ido de todas maneras.

Se había asegurado que era una elección lógica, que no le había quedado opción. Sin embargo, la realidad era que podría haberse negado en cualquier momento, pero no lo había hecho.

–¿Por qué? –se preguntó en voz alta, cerrando los ojos como si así pudiera bloquear la respuesta a esa pregunta.

Draco era como una droga. Había sufrido el síndrome de abstinencia para sacárselo del sistema y eso le había hecho mucho daño. No podía volver a dejarlo entrar.

Mientras se decía con fiereza que no lo consentiría, no se dio cuenta de que se le había enganchado la sandalia en un pequeño recoveco entre las piedras.

Con un gemido de frustración, volvió a recogerla justo en el instante en el que la luna se escondía detrás de una nube.

La repentina oscuridad era tan profunda que fue como si alguien hubiera apagado el interruptor de la luz. Se quedó inmóvil y esperó a que los ojos se le ajustaran a la luz o, más bien, a la oscuridad.

Capítulo 7

En realidad, no fue necesario. La luna volvió a aparecer, revelando el encantador jardín y el hecho de que ya no estaba sola.

Sintió que se le hacía un nudo en la garganta y un escalofrío por la espalda. Entonces, se echó a temblar, demasiado escandalizada como para intentar huir. Era como si sus pensamientos más secretos lo hubieran convocado. Draco, en carne y hueso, estaba frente a ella, a pocos metros de distancia, con una botella de vino en una mano y la sandalia de Jane en la otra.

–¿Es ahora cuando veo si te sirve el zapato?

Jane dio un paso hacia él y le quitó la sandalia de la mano. Durante un segundo, él no la soltó. Lo que resultó más turbador de todo fue el hecho de que, durante ese mismo instante, Jane tampoco quería que la soltara.

Se volvió a calzar sin quitarle los ojos de encima, como si él fuera un peligroso depredador que estuviera a punto de abalanzarse sobre ella.

«Ni que fueras a tener tanta suerte», se burló de ella su voz interior.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó ella. Draco levantó las cejas con gesto jocoso–. Ya sé que es tu casa y que, por supuesto, estás aquí, pero había dado por sentado que estarías en la cena de bienvenida.

–¿Porque soy el anfitrión?

Ella asintió. Entonces, Draco siguió la dirección de la mirada de Jane y vio que ella estaba observando la botella descorchada que tenía en la mano.

–El truco de la buena gerencia es la delegación. Y yo también pensé que tú estarías allí.

–Parece que los dos nos hemos equivocado –dijo ella, tratando de no ver el brillo que tenían sus ojos, un brillo que, probablemente, estaba relacionado con la botella que tenía en la mano.

–No te preocupes –comentó Draco–. No estoy borracho, al menos todavía.

Aquellas palabras resonaron como una amenaza. Sus miradas se cruzaron y la de Draco le provocó a Jane una tensión en el estómago.

Él estaba mirándole el cabello mojado, que, a medida que se había ido secando, había ido formando unos rebeldes rizos. Luego, le miró de nuevo el rostro.

–¿Me estabas evitando?

–Yo podría hacerte la misma pregunta –replicó ella.

–Debería haberme marchado esta noche –admitió él.

Jane miró la botella que él llevaba en la mano y arqueó una ceja.

–¿Estás celebrando algo?

–Eso aún está por ver.

Jane decidió no pensar demasiado en el significado oculto que podrían tener aquellas palabras. En realidad, ¿de verdad estaba oculto? De repente, se sintió mareada al imaginarse un cálido cuerpo, listo y esperándolo en la cama.

–No hace falta que me des detalles.

Draco soltó una carcajada.

–Siempre he pensado que la alegría está en los detalles.

Jane, que se había pasado los cuatro últimos años esforzándose mucho por no recordar el gozo ni los detalles de lo que era hacer el amor con Draco, se aclaró la garganta.

–Aún no has dicho por qué no has ido esta noche.

–No recuerdo que fueras tan… En realidad, esta noche es principalmente para los expertos, una gente estupenda pero que

puede ser algo… intensa. Mañana llegarán participantes mucho más diversos, más relajados.

Un desagradable pensamiento se estaba formando en la cabeza de Jane. ¿Y si todo aquello tenía que ver con la venganza? ¿Y si ella estaba allí para que Draco pudiera humillarla, exponiendo su ignorancia cuando estuvieran delante de expertos? Un instante después, se sintió culpable por aquel pensamiento. Había investigado a Draco lo suficiente en Internet como para saber que las credenciales que tenía en el campo de la ecología no eran una táctica publicitaria. Parecía tener una pasión real y, si hubiera querido dejar a Jane en ridículo, no habría necesitado organizar todo aquello.

–No soy ninguna experta –observó ella, decidida a no caer en antiguos patrones de comportamiento. Aceptar en silencio lo que se le decía era algo del pasado.

–No, no lo eres.

Excepto en la habilidad de volverlo loco. ¿Qué era lo que ella tenía? El deseo que sentía por Jane lo devoraba por dentro, siempre había sido así. Y eso que él siempre se había jurado que no permitiría que una mujer lo consumiera de aquella manera.

–¿Querías que hiciera el ridículo esta noche?

–¿Y por qué iba yo a querer algo así? –preguntó él lentamente.

–Tal vez como venganza…

–No creo que una velada aburrida y encontrarte como pez fuera del agua se pueda comparar a que lo abandonen a uno frente al altar…

Jane sintió una profunda sensación de arrepentimiento, a pesar de que no lamentaba su decisión. De lo único de lo que se arrepentía era de no haberla tomado antes.

–Lo siento.

–¿Que lo sientes? Entonces ya esta solucionado –replicó él–. ¿Guardaste el artículo con mi rostro sobre el tema del control por la fuerza?

–¿Cómo dices? ¡Pero eso no es cierto! Enviaste un comunicado de prensa…

–¿Desde cuándo la verdad se interpone con una buena historia, aunque, en este caso, la verdad no fuera cierta? No todo el mundo se tragó lo del acuerdo mutuo. Supongo que debería considerarme afortunado de que nadie te pidiera que contribuyeras al debate.

–Nadie me encontró y yo jamás habría hablado así de ti, como si fueras un matón –exclamó ella indignada.

–Lo hiciste antes.

Jane lo admitió encogiéndose de hombros.

–Bueno, eso fue diferente. Estuve a punto de atropellarte. Yo estaba…tú estabas…

Draco arqueó una ceja.

–¡Imposible! –estalló ella–. Sé que eres una persona bastante dominante y que tratas a las mujeres con el mismo respeto que tienes por tus trajes, pero no eres un matón. De ninguna manera. Y…

–Vaya –exclamó él con un silbido–. Ya sé dónde tengo que ir a pedir referencias sobre mi manera de ser si las necesito.

–Nadie me encontró y, si lo hubieran hecho, no habría contribuido a nada de eso que dices –insistió ella muy indignada–. Además, no fue culpa tuya, sino mía. No obstante, jamás tuve intención de hacerte daño, Draco. De verdad. Sin embargo, insisto en que lo que hice fue lo correcto. Y tú también sabes que, fuera del dormitorio… No teníamos nada en común.

–Fuera del dormitorio –apostilló él.

–Eso no dura. Ahora ya estaríamos divorciados.

–Carezco de tu habilidad para ver el futuro, en especial un futuro que nunca ocurrió.

Jane suspiró llena de frustración. No hacían más que andar en círculos.

–Mira, no veo razón alguna para analizar las cosas a toro pasado. Estás enfadado, yo me porté mal y tú te merecías una disculpa, algo más que una nota.

–¡Una nota dices! Ni siquiera hubo una nota.

Jane se frotó el dedo vacío.

–La puse junto con el anillo. ¿Recibiste el anillo?

La idea de que una joya tan valiosa se hubiera perdido la horrorizó, al igual que la idea de que él hubiera podido pensar que se la había quedado o que la había vendido.

Draco asintió.

–Leí la nota que venía con el paquete. Sabía lo que tenía el paquete, pero no lo abrí.

–Vaya… pues te escribí una nota para decirte que lo sentía.

–De eso hace ya mucho tiempo. Ahora, ya no hay necesidad alguna para los remordimientos. Los dos hemos seguido adelante con nuestras vidas.

Jane bajó los ojos y asintió.

–Lo sé.

–Y tú has encontrado otra vida. ¿Cuánto tiempo hace que conociste al padre de…?

–Robert. No mucho.

La expresión del rostro de Draco se endureció ante la deliberada imprecisión de la respuesta.

–Entonces, ¿no estaba esperando para reconfortarte cuando nuestro matrimonio no se celebró?

–No. Y te aseguro que no hubo nadie implicado en mi decisión de…

–Dejarme tirado frente al altar.

Jane hizo un gesto de dolor, pero levantó la barbilla.

–¿Cómo puedes pensar algo así?

–Bueno, a ver qué voy a pensar –replicó él–. ¿Y el niño? ¿Anda ya?

–Mattie. No, aún es muy pequeño, pero, según los libros, es justo entonces cuando cambia la vida.

–¿Será adecuada tu casa?

–Mi casa es perfecta –afirmó ella con una chispa peligrosa en la mirada–. No querría vivir en ningún otro sitio, aunque me lo pudiera permitir.

–¿Acaso te cuesta salir adelante?

–Nos las arreglamos bien. La casa pertenecía a la tía abuela de Robert.

La pequeña cantidad que podía ahorrar podría no ser suficiente para comprarse su propia casa, dado que en la que vivían era la herencia de Robert, pero se conformaría con alquilar algo propio cuando Mattie cumpliera los dieciocho. Tal vez incluso se quedaría en el pueblo.

–Como ves –añadió–. No hay hipoteca ni alquiler. Ahora, debería volver con Mattie. Val parece encantadora y muy competente, pero solo he bajado unos minutos a por algo para comer…

Draco se fijó en su mano, que tenía los restos aplastados de un sándwich.

–Ya veo. ¿Es que no te ofreció la posibilidad de subirte la cena a tus habitaciones?

–Claro que sí. Todo el mundo ha sido muy amable conmigo, pero no tenía hambre. Además, quería ver todo esto.

–Deberías comer.

–Y he comido –replicó ella con una sensación de triunfo. Entonces, le mostró los restos del bocadillo para ilustrar lo que decía.

–Un sándwich… no es de extrañar que estés tan… –dijo Draco. Se detuvo para recorrer el cuerpo de Jane con la mirada. Estaba preparado para la primitiva reacción de su cuerpo, pero no para aquel fuerte sentimiento de protección. Jane parecía tan pequeña, tan delicada, tan vulnerable…

Jane frunció el ceño y permitió que el incómodo silencio se extendiera en el tiempo. Era algo tarde para que él se preocupara por ser cortés. Esa oportunidad había desaparecido en el momento en el que abrió la boca para sugerirle que estaba muy delgada.

–¿Ya no soy la mujer a la que pediste matrimonio en otra vida? –replicó. Probablemente él estaba pensando que se había librado de una buena–. En realidad, tienes razón. Ya no soy esa mujer. No tienes ni idea del alivio que supone para mí no tener que representar ese papel.

–Entonces, ¿estabas actuando cuando hacíamos el amor, cuando no podías apartar las manos de mi cuerpo, *cara*? Pues he de decirte que eres una estupenda actriz.

–Me refería a lo de ser mansa y sumisa…

–Excepto en la cama.

Draco jamás había tenido una amante tan apasionada en toda su vida, ni una que fuera tan sensible a sus necesidades y que tampoco temiera decirle cuáles eran las suyas.

Jane levantó las manos por encima de la cabeza y se dio la vuelta.

–¿Quieres hacer el favor de dejar de hablar de…?

–¿De qué? ¿De sexo? Has cambiado. Me parece recordar que era tu tema favorito.

Jane entornó la mirada y levantó la barbilla con obstinación.

–Te mentí –replicó–. Lo único que quería era cazar a un millonario.

–Evidentemente, no lo suficiente.

Jane sabía lo mucho que debía haber herido a un hombre tan orgulloso como Draco que su futura esposa lo abandonara en el altar.

–Te aseguro que no había conocido a Rob ni a nadie –insistió ella–. ¿Por qué dices eso?

–Tienes un hijo, has perdido peso, pareces una sombra, estás sufriendo… resulta más que evidente. Y también lo es para tu comunidad, que se muestra muy protectora contigo. ¿Me estás diciendo que ese hombre no tuvo nada que ver con el hecho de que me dejaras delante de todo el mundo?

Jane se quedó atónita por aquel estallido tan poco característico de él, tanto que tardó varios instantes en seguir el proceso que lo había llevado a esa conclusión. De nuevo, tenía otra oportunidad para contarle la verdad, para corregir los hechos, para admitir que no era madre. Para confesar que nunca había amado a nadie más que a él.

Sabía que era una cobarde y se despreció por refugiarse detrás de aquella mentira, pero ¿qué mal hacía?

Le había hecho daño, pero Draco había sobrevivido. Al menos así, podía seguir manteniendo su secreto. Se merecía esa intimidad. Aquella era su tragedia privada.

–Admito que debería haberlo hecho en la intimidad. Te pido perdón por eso.

–Pero no lo lamentas.

–Ni por un instante. El sexo era maravilloso entre nosotros, Draco, pero lo de pasar una vida juntos… Ya sabes que no encajaba

contigo.

La ironía de todo era que, efectivamente, Draco lo sabía, pero jamás le había importado lo más mínimo. El deseo que sentía por ella, el fuego que Jane le encendía en la sangre, había superado toda lógica.

–Ahora, tengo que regresar con Mattie –susurró ella, desesperada por escapar de allí antes de que no pudiera seguir conteniendo las lágrimas. Con eso, se dio la vuelta y echó a correr hacia las luces.

Capítulo 8

Siento haber tardado tanto tiempo.

Val estiró las piernas y se levantó del sofá en el que se había acurrucado.

–No ha tardado nada y Mattie no se ha despertado. Está profundamente dormido. ¿Ha cenado algo? ¿No se ha perdido?

–Tus indicaciones eran excelentes –afirmó. Lo que no lo era tanto era su sentido de la orientación–. Creo que me haré un té y me iré a la cama –añadió, con un fingido bostezo.

Pasó una hora y dos tés más tarde antes de que el bostezo fuera real. Desgraciadamente, su mente seguía dolorosamente activa.

Había cometido un enorme error. La única cuestión que quedaba por resolver era si debería marcharse en aquel mismo instante o aguantar hasta el final.

Se había puesto el camisón, pero no se había metido en la cama. La idea de tumbarse para dar vueltas sobre el colchón no le resultaba muy tentadora. En vez de eso, se dirigió a la habitación de juegos, para examinarla por primera vez.

Realmente era un lugar mágico. Fue abriendo los armarios y cajones y vio que estaban repletos de juguetes y de juegos. Se dirigió a la pared opuesta y vio que había un aparador idéntico, pero vio que tenía llave. Cuando lo abrió, vio que, en aquel caso, en vez de juguetes, había un cuarto de baño, el doble de grande del que había usado anteriormente, con dos lavabos, una enorme bañera de

cobre y una ducha que aún dejaba escapar una nube de vapor al ambiente.

No miraba los impresionantes saneamientos, sino al hombre que estaba completamente desnudo y húmedo en el medio de la ducha.

Draco le devolvió la mirada. La suya llevaba un desafío implícito. Una peligrosa sonrisa se dibujó en sus sensuales labios. Su piel dorada relucía con la humedad del agua que lo cubría y el vello oscuro de su cuerpo y las largas pestañas apresaban pequeñas gotas de agua.

Jane bajó los ojos. No pudo evitarlo. Draco era tan hermoso… Era como una estatua que hubiera cobrado vida. Su cuerpo no tenía ni un gramo de más que pudiera ocultar la perfecta definición de cada músculo.

El corazón de Jane latía a toda velocidad, pero no pudo contenerse. Deslizó la mirada por el fuerte torso, el firme y musculado abdomen y más abajo. Sintió que se le cortaba el aliento y que le costaba respirar. Draco siempre había representado el ejemplo perfecto del poder masculino. Además, estaba muy excitado.

–Lo… lo siento –tartamudeó mientras daba un paso atrás–. Perdón, no sabía que la puerta…

Draco dejó caer la toalla que tenía entre las manos y se mostró frente a ella, sin importarle en absoluto su desnudez.

–Estaba cerrada con llave por tu lado. La has abierto, tesoro…

–No lo sabía… no sabía… esto es…

–¿Acaso no lo deseas?

–Yo…

–Ven aquí, Jane…

Ella negó con la cabeza.

–No voy a hacerlo… no puedo. Esto es un tremendo error.

–Se nos da muy bien cometer errores tremendos juntos –replicó él–. Los dos sabemos que habríamos terminado aquí…

Jane trató de negarlo, pero se deslizó la lengua a través de los secos labios. Si Draco la tocaba, perdería por completo la sensatez y la cordura.

Por lo tanto, lo tocó ella a él.

Le colocó una mano contra el torso. Sintió la piel mojada bajo los dedos y lo miró a los ojos. Vio cómo sus pupilas se oscurecían y los músculos se le tensaban. Experimentó una gran excitación entre los muslos. El deseo estaba empezando a nublarle el pensamiento racional.

Draco se inclinó y le acarició el rostro con su aliento. Entonces, la besó lentamente, un delicado beso de mariposa que la dejó deseando más.

Entonces, ella le tomó la mano y se la colocó sobre uno de los senos. Entonces, un pequeño retazo de cordura atravesó aquel sensual precipicio por el que estaba a punto de caer. Sacudió la cabeza.

–Mattie…

–Deja la puerta abierta y… –susurró. Entonces, extendió la mano hacia una estantería y localizó un pequeño teclado. Apretó un botón y levantó la mano.

–El intercomunicador se activa también aquí.

–¿Me puedes escuchar?

–Me encanta escucharte –murmuró él. Con un rápido movimiento, le quitó el camisón. Este cayó al suelo húmedo.

Jane se sintió aliviada y, de repente, también presa del pánico. Estaba demasiado delgada, demasiado…

–Eres tan hermosa…

Aquella declaración le dio confianza y, entonces, levantó la mirada. Cuando se unieron, carne con carne, comenzaron a besarse apasionadamente. Las chispas parecieron saltar entre ellos y hacerles entrar en combustión espontánea. Sus pequeños senos se apretaban contra el torso de él, dado que se había puesto de puntillas. Cuando Draco le rodeó la cintura y la levantó del suelo, ella le rodeó la cintura con las piernas y dejó que él la llevara a la habitación que había al otro lado.

Un dormitorio. Con una cama enorme…

La colocó sobre ella y se arrodilló a su lado. Entonces, bajó la cabeza.

–No creí que llegaría hasta aquí… –admitió con una pícara sonrisa.

–Me encanta tocarte –susurró ella con voz ronca mientras sus avariciosas manos exploraban los firmes contornos del cuerpo de Draco. Apretó los labios contra su torso, deteniéndose solamente cuando él le enredó los dedos en el cabello y le tiró de la cabeza hacia atrás, hacia la cama.

Jane susurró su nombre. Las manos de Draco acariciaron su cuerpo, dejando un rastro de fuego deseo en todas sus terminaciones nerviosas. Ella hundió los dedos en el oscuro cabello, sujetándole el rostro contra los pechos mientras gozaba de placer con las caricias de la boca y la lengua.

–Eres un ángel, aunque de los más salvajes…

Jane gimió de placer y se mordió los labios cuando él le colocó la mano entre las piernas, para deslizar un dedo en la cálida humedad de la entrepierna. Solo se detuvo cuando Jane acarició la punta de su miembro con un dedo para luego agarrarlo con fuerza. Se movió debajo de él e intercambió las posiciones para colocarse encima de él. Fue moviéndose por su cuerpo, deslizando una línea húmeda sobre su piel con la ávida lengua.

Draco dejó escapa un gruñido animal desde lo más profundo de su ser. Tiró de su cuerpo hasta que los rostros de ambos estuvieron a la misma altura y le cubrió el trasero con ambas manos.

El deseo en estado puro que se adivinaba en su rostro era muy excitante.

–Sabes a mí… –murmuró contra sus labios mientras los dos se besaban de nuevo–. Tengo que…

Jane comprendió lo que él estaba a punto de decir y se anticipó.

–No te preocupes. Yo no… Lo tengo cubierto.

Una extraña expresión apareció en el rostro de Draco, pero desapareció enseguida. Asintió.

–Yo también estoy limpio. Me he hecho pruebas. Cuando estoy dentro de ti, no hay nadie más.

Jane estuvo a punto de echarse a llorar. Para ella, solo había existido él. ¿De verdad pensaba que podría haber otra persona?

–Te quiero dentro de mí –murmuró mientras le deslizaba la lengua sobre los labios y luego hacia el interior de la boca.

Draco perdió el control y volvió a colocarla sobre la espalda.

–Tengo que poseerte ahora mismo…

Ella asintió en silencio y se ofreció a él. Draco deslizó una rodilla entre los muslos de ella y acarició la humedad que tenía entre las piernas. Jane se apretó contra él para aliviar el deseo, la necesidad.

Entonces, cuando Draco se hundió en ella con un único envite, Jane gritó su nombre y le clavó las uñas en la espalda.

–Eres como la seda –gruñó él contra el cuello de Jane. El pulso entre ambos siguió creciendo y creciendo hasta que los dos estuvieron completamente encendidos.

Jane no tardó en alcanzar el orgasmo y tembló de placer. No tardó en sentir cómo él se vertía dentro de ella.

Entonces, trató de zafarse de él inmediatamente.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Draco, tratando de inmovilizarla.

–Tengo que marcharme. Es la regla.

–¿Qué regla? –quiso saber él mientras se sentaba sobre la cama.

Jane ignoró el atractivo de su hermosa sonrisa y la perezosa invitación de sus ojos. Jane quería quedarse, pero necesitaba decir lo que pensaba.

–Mi regla. Mira, si va a ocurrir esto entre nosotros, será con mis condiciones.

Draco la observó con la mirada entornada.

–¿Esto es porque te sientes culpable o infiel porque hayamos tenido sexo?

A Jane le habría dolido menos que hubiera dicho que habían hecho el amor.

No había habido fingimiento alguno en ese sentido, pero sí momentos de ternura. Una caricia. Una mirada. Una reacción.

No volvería a cometer el mismo error. Aceptaría la realidad de lo que había entre ellos y la disfrutaría mientras durara.

–No soy la mujer que era… no voy a…

–Decir lo que imaginas que yo quiero escuchar. Sí, eso ya lo sé –replicó él–. Por eso precisamente… me gusta la idea. Me gusta la idea de disfrutar del sexo como iguales, sin barreras emocionales. Tú estás sufriendo, pero seguimos teniendo necesidades. El sexo es una

necesidad humana muy natural y yo necesito… necesito estar dentro de ti –admitió.

Eso no había cambiado. Lo único que Draco le había ocultado era que su sentido de autoprotección le hacía rechazar que reconocía la vulnerabilidad que había dentro de ella. Siempre había evitado la empatía.

No había ocurrido nada que le hubiera hecho cambiar de opinión.

–¿Para esto has movido tus hilos, me has hecho venir hasta aquí, Draco? ¿Solo para tenerme en tu cama?

–Bueno, no he tenido que arrastrarte hasta aquí…

–No, pero… –dijo ella. Respiró profundamente–. Hay reglas. No me mires así. Esto no es ninguna broma para mí.

–Está bien. ¿Cuáles son esas reglas?

–Bueno, para empezar, esto se queda entre nosotros.

–Te aseguro que no pensaba tener espectadores.

Jane le dedicó una mirada de reproche. La enojaba que pareciera que Draco no se lo estaba tomando en serio.

–Ya sabes a lo que me refiero. Nada de demostraciones públicas de…

–¿Afecto?

Jane se negó a que aquella sarcástica interrupción la apartara de lo que estaba diciendo.

–Esto es sexo. Nada más. Y lo más importante de todo es que sepas que, para mí, Mattie siempre es lo primero.

El silencio se hizo mas pesado en ese instante. Draco no iba a cuestionar sus palabras, sino su propia reacción al escucharlas. Lo que Jane le ofrecía debería ser un sueño. ¿Sexo sin expectativas, sin gestos románticos y sin fingir sentimiento alguno?

Normalmente, no era él quien recibía las reglas, lo que podría explicar la poca satisfacción que trasmitió su respuesta.

–Me parece bien –dijo fríamente.

Sin embargo, no había nada frío en la ardiente expresión de sus ojos. Tiró de nuevo de Jane y la colocó encima de él.

Cada célula del cuerpo de Jane quería relajarse, dejarse llevar. Sin embargo, una única célula de su cerebro la empujó a echarse atrás.

Rezó porque él jamás supiera lo difícil que era para ella marcharse así. Por suerte, Draco no intentó impedírselo.

–Tengo que volver con Mattie.

–Mañana no estaré aquí –anunció él, como una especie de respuesta reflexiva al rechazo de ella.

Bien.

Jane estaba dándole a Mattie una cucharada de papilla, diciéndole lo deliciosa que estaba, cuando ella misma se quedó boquiabierta. De hecho, podría ser incluso que estuviera babeando.

–Pensaba que hoy no ibas a estar aquí.

–Y tú decidiste comer aquí –replicó él sin contestar–. Pero no estás comiendo.

–He tomado café y algo de fruta –contestó. Parpadeó de asombro al ver que un empleado uniformado entraba con un carrito lleno de todas las delicias que una pudiera desear para desayunar–. Yo no he pedido nada de eso.

–No. Lo he pedido yo. Ahora, siéntate y come. Yo le daré la papilla al bebé.

–¿Que tú…?

–¿Acaso me crees incapaz de realizar esa tarea? –le espetó él, aunque no podía dejar de preguntarse si sería verdad.

Jane habría sido capaz de pagar para ver cómo daba de comer a Mattie, por lo que dejó la cuchara y se apartó.

–Adelante.

–Cuando te sientes y empieces a comer –dijo él. Sacó una silla junto a la ventaba abierta y le ordenó que se sentara.

Jane se sentó, atraída por el agradable olor de los huevos revueltos.

Se había comido un plato entero con dos tostadas untadas de mantequillas cuando no pudo contener más la risa. Estaba viendo cómo la expresión de fiera determinación de Draco se esfumaba al recibir un puñado de la papilla en el ojo.

–Creo que ya ha terminado –dijo mientras se limpiaba el rostro con una servilleta.

–Lo único que ha hecho falta para hacer caer a la tierra al dios del sexo ha sido un bebé de ocho meses. ¿Quién lo hubiera imaginado? –comentó ella, entre risas.

–¿Dios del sexo? ¿Tú crees? –musitó él con cierta satisfacción mientras se servía una taza de café–. Te aseguro que hay límites a mi disposición de convertirme en un objeto de burla. Le he dado de comer. Tú puedes limpiar la comida que no le ha aterrizado en la boca.

–Tú le diste la cuchara.

–Es bueno para el desarrollo de la destreza y de la seguridad en sí mismo.

–Venga ya, Draco. Pensaba que…

–Mis planes han cambiado –la interrumpió él sin mirarla a los ojos–. Y he decidido venir a ver cómo estabas. ¿Rompe eso alguna de tus reglas?

–No creo… No, probablemente no.

–Normalmente, comienzo el día nadando un rato. ¿Te gustaría acompañarme?

–Mattie…

–Según tengo entendido, jamás es demasiado pronto para que un bebé se familiarice con el agua. Si lo que te preocupa es exponer su delicada piel al sol, tenemos piscina cubierta, además de las que están al aire libre.

–Cómo no –repuso ella secamente–. Está bien. ¿Por qué no? Podría estar bien, aunque no sé si le gustará.

Draco había conseguido nadar durante quince minutos, llevando su cuerpo al límite, antes de que Jane apareciera. Su cuerpo reaccionó inmediatamente a pesar de que ella llevaba un traje de baño negro relativamente modesto. Esto le indicó que aún no había llegado a su límite máximo de resistencia.

Resultó que Mattie, después de empezar algo asustado y sorprendido, disfrutaba mucho con el agua. Jane también. En realidad, ¿quién no habría disfrutado?

La piscina cubierta estaba decorada con temática de Roma. Había azulejos desde el suelo hasta el techo de diferentes tonalidades de azul contra un fondo dorado, lo que creaba un efecto impactante. Los murales de las paredes eran de inspiración clásica.

–¿Quieres nadar un rato? Yo podría ocuparme de él.

–¿Quieres tomar a Mattie?

Bueno, querer, querer… Habría sido exagerar un poco, pero Draco se guardó para sí aquel pensamiento.

–¿Alguna indicación? Tengo que procurar que tenga la cabeza fuera del agua, ¿no?

Jane le entregó al niño con una mueca de desaprobación en el rostro. Al mismo tiempo, trataba de no mostrar de un modo demasiado evidente el deseo que sentía por Draco, aunque fracasó estrepitosamente. Sabía que Mattie estaría seguro con él. Ella siempre se había sentido así, al menos físicamente, y confiaba totalmente en Draco para el cuidado del pequeño.

Había conseguido hacer unos largos en una de las tres piscinas cuando se puso de espaldas sobre el agua y vio cómo Draco, que estaba en la piscina menos profunda con Mattie, jugaba con el niño, salpicándole suavemente con el agua. Mattie reía a carcajadas.

Una expresión de tristeza se reflejó en el rostro de Jane. Sintió que se le encogía el corazón al pensar en las cosas que ya no podrían ser.

Algún día, Draco sería un padre increíble.

Sin embargo, a pesar de sus cualidades, él no se implicó a la hora de tranquilizar al bebé después del agua, ni de cambiarlo, darle de comer ni acostarlo en la sillita.

Jane volvió a reunirse con él, muy consciente de la tensión que tenía en la parte baja del vientre. Se metió de nuevo en la piscina, consciente de que él iba observando todos y cada uno de sus movimientos.

–Tengo que hacer algunas llamadas.

Jane asintió y se aseguró que la desilusión que sentía era totalmente irracional. Después de todo, ella misma había puesto las reglas.

–Que tengas un buen día –añadió Draco mientras salía de la piscina.

Jane apartó la mirada de la alta y húmeda figura de Draco. Él acababa de echarse el cabello hacia atrás.

–Seguro que sí –prometió ella.

–¿Tienes planes?

–Iré viendo.

A mediodía, una sensación en la nuca le advirtió que ya no estaba sola.

–¿Está dormido?

Sin darse la vuelta, Jane se llevó un dedo a los labios y salió de la habitación. Sintió que él le colocaba la mano en el hombro y, sin poder evitarlo, se reclinó hacia su cuerpo.

Su profunda voz resonó contra la oreja de Jane, provocándole temblores por la espalda.

–¿Es ahora cuando se me permite mi momento?

Con un profundo suspiro, Jane se dio la vuelta en el círculo de los brazos de Draco y le besó dulcemente los labios.

–Se te permite todo… –susurró con voz ronca contra la boca de Draco antes de deslizarle la lengua entre los labios. No quería que hubiera un límite de tiempo entre ellos. Los momentos compartidos eran demasiado pocos, demasiado valiosos. No permitiría que nada los estropeara.

Sus compañeros de curso parecían ser un grupo bastante ecléctico. Durante la charla introductoria, varios de ellos se acercaron para saludar a Mattie. Durante el descanso para el café, Jane se sentó en una mesa vacía y colocó la silla de Mattie a un lado. Mientras el pequeño se entretenía con un juguete, ella miró el horario de las charlas para elegir. Entonces, una pareja se acercó a ella.

–¿Te importa si nos sentamos contigo?

Jane sonrió.

–Me llamo Luciana y este es Joe. Y sabemos que este es Mattie. Es un campeón. Y tú eres…

–Jane.

–¿Has elegido ya las charlas a las que quieres asistir –le preguntó Luciana al ver que estaba mirando el horario en el teléfono.

–Hasta ahora, ni siquiera he averiguado de qué van la mayoría de ellas. Creo que esto me queda un poco grande –admitió Jane.

El joven sonrió y le extendió la mano.

–Sé que parezco latino, pero soy de Liverpool de la cabeza a los pies –comentó él con una sonrisa–. Vamos a casarnos.

Luciana extendió muy orgullosa la mano para mostrarle el anillo.

–¿Tú te alojas en el *palazzo*?

Jane asintió y se preguntó si aquel iba a ser su papel durante las siguientes tres semanas: la mujer del *palazzo.*

–Creo que la razón es que Mattie no moleste demasiado a los demás participantes durante las noches.

Una semana más tarde, ya en la que era la segunda del curso, Jane estaba disfrutando de un día libre. Estaba a punto de sentarse a desayunar cuando, por primera vez, Draco no se presentó para compartir aquel momento con Mattie y ella. Sin intención alguna, parecían haber entrado en una especie de rutina.

Su ausencia la dejó algo descolocada, incluso perdida, y se dio cuenta de que ni sus reglas era capaces de proteger su corazón con garantía.

–Las reglas no sirven de mucho si no se cumplen, ¿verdad, Mattie? –bromeó.

No obstante, se dio cuenta de que le costaba mantener una actitud alegre cuando se percató de que, muy pronto, no habría desayunos ni nada más con Draco.

Se marchó con Mattie a la piscina, decidida a disfrutar el día, dado que, en cualquier caso, no había planeado pasarlo con Draco. Se había apuntado a una excursión para conocer la ciudad más cercana.

Se aseguró que sería mucho más relajante sin Draco. La tensión sexual que había entre ellos podía convertir incluso la situación más mundana en algo íntimo y hacía que resultara difícil recordar que las reglas existían entre ellos por un motivo. De hecho, hasta de qué trataban las reglas se les olvidaba.

Capítulo 9

Aquel día, Draco se presentó algo más tarde, justo cuando Jane estaba acostando a Mattie para que durmiera su siesta.

–¿Has disfrutado de la mañana?

–Mucho. Ha estado bien escapar de aquí.

La ciudad histórica que había visitado, con sus calles empedradas y su puerto, era verdaderamente hermosa.

–¿Y de mí también?

Muy pronto, pasaría cada día lejos de Draco. Jane sintió que se le hacía un nudo en el estómago y apartó el pensamiento. Esbozó una sonrisa y estudió atentamente el rostro de Draco. Se percató de algo que le había parecido notar en su voz se reflejaba también en sus rasgos.

¿Se había levantado por el lado malo de la cama? Desde luego, no de la suya.

Cuando Mattie se despertó durante la noche anterior, se llevó la cuna al lado de la cama. Draco estaba tumbado allí, con la sábana sobre las caderas, dejando al descubierto el fuerte torso y el liso abdomen, cubiertos ligeramente de vello oscuro. Tenía una mano detrás de la cabeza y su aspecto era de glorioso abandono. Con la barba de días que le cubría la mandíbula, parecía estar incluso más *sexy* de lo normal.

La observaba, pero no decía nada. No había sido necesario. Tras mirarse en el espejo, Jane se imaginaba perfectamente lo que él

estaba pensando. Tenía el cabello alborotado, profundas ojeras en el rostro y los huesos de las caderas marcados a través de la fina bata que se había apresurado a ponerse.

Había tratado de disimular, como si no le importara, cuando ella le había sugerido que, si Draco quería dormir, debería irse a su propia *suite* a través de la puerta que conectaba ambas *suites*. ¿Haría el mismo viaje cuando sus propios hijos estuvieran allí o sería la niñera quien estaría en la habitación infantil mientras él le hacía el amor a su perfecta esposa?

Más tarde, cuando Mattie se quedó tranquilo y ella se dio la vuelta sobre la cama, echó de menos el cálido cuerpo de Draco. Fue entonces cuando se arrepintió de su generosidad.

Decidió apartar aquellos pensamientos y el nudo que se le había hecho en el estómago. Consiguió responder a la pregunta que él le había hecho con una sonrisa burlona.

–Claro. Tú no estabas para fastidiarme lo que yo quisiera hacer –bromeó.

–¿Hiciste las cosas que suelen hacer los turistas? ¿Comiste algo?

–Bueno, eso es lo que realmente soy aquí. Y claro que comí. Sé que piensas que estoy demasiado delgada, pero no creo que tenga que comer a la fuerza.

–¡No estás demasiado delgada! Eres…

Draco se interrumpió lo que había estado a punto de decir, palabras que no estaba dispuesto a admitir como propias.

–Me gusta verte comer –añadió–. Cuando te acuerdas, comes del mismo modo que haces el amor, con total compromiso.

–Sí. Bueno, me encanta la cocina italiana y es estupendo no tener que cocinar. Lo hago fatal –admitió con una triste sonrisa–. En realidad, Luciana me mostró unos cuantos sitios que solo los locales conocen –añadió. Miró el vestido que había encontrado en una tienda de segunda mano, una cueva del tesoro repleta de objetos interesantes y propiedad de una fascinante mujer.

Mentalmente, Jane veía cómo sería el vestido en breve. Se moría de ganas por ponerse a trabajar con él.

–No tenías por qué ir con el minibús. Si me lo hubieras pedido, os habría llevado yo mismo –comentó Draco. No parecía recobrar el

buen humor.

–A Mattie le encantó. Es un bebé muy sociable. En realidad, resultó agradable formar parte de un grupo y no ser solo la mujer que se aloja en el *palazzo*.

–¿Te ha supuesto eso algún problema?

–Al principio, la gente se mostraba algo recelosa porque pensaban que se me había dado un trato preferente, pero Mattie hizo que cambiaran de opinión. Todos terminaron dándose cuenta de que era mejor que fuera así por ellos mismos.

Por supuesto, si supieran que también se estaba acostando con Draco, la situación cambiaría muy rápidamente. Por eso, era una buena idea cumplir las reglas y la manera en la que dormían a rajatabla. Para Jane, era importante que la gente supiera que estaba allí por sus propios méritos. Había algunas personas fascinantes en el grupo y estaba aprendiendo mucho. Todos esos conocimientos podría aplicarlos cuando regresara a casa.

Algunos días, su hogar parecía estar muy lejos, como en otra vida, pero tenía que mantener los pies en el suelo y recordar que la vida que estaba llevando en aquellos momentos no era real. Una semana y media después regresaría a casa.

–Todo el mundo está muy emocionado con la fiesta de esta noche.

–¿Todo el mundo? –le preguntó él, entornando la mirada.

Jane se encogió de hombros. La verdad era que, cuando Draco le había dicho que iba a haber un cóctel para celebrar el primero del que esperaba que fuera un curso anual y que iba a invitar a algunas personas, a ella le había preocupado que pudieran haber estado en la boda y que pudieran conocerla como la novia a la fuga.

–Bueno, a mí no me gustan mucho las fiestas, pero sí, estoy segura de que será muy interesante. ¿Estarán presentes muchos de tus amigos?

–Dime qué es lo que te preocupa, *cara.*

–Me preocupa que… ¿crees que estarán presentes personas que estuvieron en nuestra boda?

–¿Crees que te podrían reconocer? No estuviste presente lo suficiente.

El ácido sarcasmo de las palabras de Draco ruborizó las mejillas de Jane. Se tocó el cabello, que aquel día llevaba recogido.

–Verán mi cabello.

–Eso seguro –admitió Draco–, pero no hay motivos para preocuparse. Son invitados diferentes. Todas las personas que asistan lo harán para acrecentar el prestigio de este evento y, de ese modo, conseguir que se repita otros años. También voy a anunciar el lanzamiento de un premio para jóvenes con iniciativas en el campo de la ecología. Todos los invitados son contactos útiles. Además, no es un evento de gala, pero puedo hacer que te envíen…

–No. Ya hemos tenido esta conversación, Draco. Si lo que te preocupa es que me ponga unos vaqueros y una camiseta, no tienes por qué.

–Creo que estás preciosa con unos vaqueros –replicó Draco. Disfrutaba bastante tirando de ellos para sacárselos de las piernas. Del top incluso podría prescindir.

–No te preocupes. Tengo solucionado lo del atuendo. He encontrado algo en la ciudad esta mañana.

–No hay muchas tiendas…

–Tú hablas de tiendas de marca y no, no hay muchas. Sin embargo, hay unas cuantas independientes muy buenas y he descubierto una de segunda mano que es increíble. La señora que la regenta me contó muchas cosas sobre la época que trabajó en el cine.

Jane había salido de la tienda con un vestido de seda azul de los años treinta que estaba en muy buen estado. En aquellos momentos, el vestido colgaba detrás de la puerta. Necesitaba unos arreglillos, pero nada que estuviera más allá de las habilidades de Jane. Ojalá la vida pudiera modificarse tan fácilmente.

–¿Te has comprado un vestido de segunda mano? –le preguntó Draco, escandalizado con la idea. Jane sonrió y se lo señaló.

–Así es.

–¿Te vas a poner eso?

–Por suerte, no necesito tu aprobación para sentirme bien conmigo misma –replicó–. Ha sido una ganga. De hecho, me siento culpable.

Al ver el desafío que había en la mirada de Jane, Draco decidió tragarse sus palabras. Evidentemente, ella estaría guapa con cualquier cosa, pero se merecía llevar ropa nueva, no los despojos de otra mujer.

–¿A qué hora te gustaría ir?

–No te preocupes. Es mejor que vaya yo sola, sin que tú me acompañes.

Draco apretó la mandíbula, pero guardó silencio. Se metió las manos en los bolsillos y se dirigió a la ventana. Jane suspiró. La espalda de Draco era muy expresiva.

Terminó de doblar la ropa de Mattie, lo sacó de la sillita y se acercó a la ventana, junto a Draco. La desaprobación de él era casi palpable.

–No sé por qué estás tan enfadado.

Draco se dio la vuelta para mirarla.

–¿Enfadado?

Parecía tan asombrado por aquella pregunta que Jane estuvo a punto de soltar una carcajada. Se contuvo inmediatamente, sabiendo que él lo tomaría como una provocación.

Miró al niño que tenía en brazos. Parecía haberse dormido, pero, por si acaso, no dejó de acunarlo.

–Bueno, a veces resulta difícil saber quién es el niño en esta habitación.

La expresión de Draco, de escandalizado asombro, le hizo sonreír. Por suerte él también se rio, aunque de mala gana.

–Qué tontería, ¿no te parece? –prosiguió ella–. No es que se trate de una cita. Ya hemos dicho que nosotros no tenemos citas.

–Por lo tanto, deseas dejar tus opciones abiertas. Si vas sola, te puedes marchar con quien quieras.

Aquella interpretación molestó inmediatamente a Jane. Gastaba tiempo y energía tratando de mantener unos límites y unas reglas, pero Draco no parecía ni siquiera reconocer lo que los dos eran. No quería hacerse ilusiones sobre nada, porque, entonces, tendría que admitir que no controlaba la situación. Y, en realidad, así era. Sus sentimientos no parecían reconocer ningún límite, visible o invisible.

En algún momento, todo aquello acabaría por pasarle factura. Una vez más.

–Eso es una tontería, por no decir que resulta insultante –replicó–. Ten cuidado, Draco, o podría empezar a pensar que estás celoso –añadió con frustración. No esperaba que sus palabras dieran en el blanco.

Aquella afirmación dejó atónito a Draco.

Recordó una imagen de su padre, consumido por los celos, mientras le exigía a su esposa, que ya había hecho el equipaje, quién era el hombre por el que iba a abandonarlo. Ella se había reído de él con desprecio cuando el padre de Draco se puso de rodillas frente a ella para suplicarle que se quedara, rebajándose hasta el máximo.

–Siento desilusionarte, pero lo de los celos no va conmigo.

Jane vio la expresión de su rostro y se preguntó qué había esperado.

–Soy consciente de ello.

–¿Te sigues sintiendo culpable por haberte acostado conmigo tan pronto después de la muerte de tu pareja? ¿Todo esto es por eso?

–No tengo ni idea de a qué te refieres con lo de «esto» –repuso ella–. Me molesta que se me considere como si fuera un bicho bajo un microscopio… algo así como si fuera un experimento psicológico…

Y una mentirosa. Se sentía fatal habiéndose refugiado en una mentira que parecía hacerse mas grande cuanto más tiempo pasaba sin ocuparse de ella.

Ya era demasiado tarde.

–¿Y por eso no me puedes ni mirar a los ojos?

Ella levantó la mirada. Había fuego en los verdes ojos, que lo observaban con gesto desafiante.

–No es algo de lo que quiera hablar contigo. La gente no… Yo no me siento culpable, Draco. Me siento…

Se detuvo en seco. «Siento miedo porque la ilusión de que puedo disfrutar del sexo contigo sin enamorarme me está haciendo enfermar, sobre todo porque, en realidad, jamás dejé de amarte».

Durante un instante, Jane se preguntó qué haría él si supiera lo que estaba pensando. Seguramente, se arrepentiría de haberle

preguntado.

–Es decir, te acuestas conmigo, pero no puedes recorrer unos metros junto a mí y entrar a un cóctel a mi lado.

–Supongo que lo has resumido perfectamente –le espetó con voz alegre. Comprobó que su actitud le irritaba aún más– Ahora, ¿te importaría bajar la voz? Mattie se está quedando dormido y ha estado bastante irritado todo el día.

Draco observó cómo ella miraba al niño, con la preocupación dibujada en el rostro, y sintió que algo se movía en su pecho. Últimamente, tenía esa sensación con mucha frecuencia.

Tenía que admitir que Jane era la madre perfecta. «Sí, pero no de tus hijos».

Mejor. Él no quería tener hijos.

¿Cuándo había decidido que le cedía a su hermano pequeño pasar la genética familiar a otra generación? ¿Podría tener que ver ese cambio de parecer con el hecho de que la única mujer con la que se había imaginado teniendo hijos lo había abandonado frente al altar?

Decidió ignorar sus pensamientos.

–Esto es absurdo –dijo.

–¿Qué es absurdo?

–Tú. ¿Qué es lo que estás intentando demostrar?

En el momento en el que pronunció aquellas palabras, Draco se dio cuenta de que a él se le podría hacer la misma pregunta.

¿Por qué se estaba mostrando tan molesto con todo aquello? No era que él quisiera una relación. ¿O acaso lo que tanto le molestaba era que resultara tan evidente que ella no lo quería. ¿Estaba discutiendo con ella o con sus propias respuestas?

Jane giró la cabeza para dedicarle una mirada de exasperación, pero, entonces, vio que Draco tenía una expresión indescifrable en el rostro. Cuando terminó de meter a Mattie en la sillita, esta ya había desaparecido.

Draco vio cómo ella se sentaba en una silla y, con gesto automático, comenzaba a mecer la sillita de adelante atrás. Parecía agotada.

Unos sentimientos que cada vez le costaba más contener amenazaron con liberarse de su pecho cuando le vio las profundas

ojeras que tenía en la cara. La palidez de su piel hacía que resaltaran aún más las encantadoras pecas que tenía sobre la nariz y las mejillas.

La noche anterior, cuando se llevó la cuna del bebé junto a la cama y lo mandó a él a su dormitorio, había tenido un aspecto verdaderamente agotado. No le permitió quedarse ni ayudar. Parecía que ella estaba trazando una línea, creando un círculo interior al que a Draco jamás se le permitiría acceder.

Por supuesto, él no lo deseaba.

–Lo que estoy tratando de demostrar es que voy a ir a ese cóctel sola porque no quiero que me etiqueten como el accesorio de nadie. Nadie me tratará con respeto si piensan que soy tu última novia.

Jane lo había mencionado como si aquel fuera el peor destino del mundo. Draco se esforzó por controlar la ira y el impulso de responderle de mala manera, diciéndole que no tendría esa suerte. Eso le habría hecho parecer el perdedor que Jane pensaba que era. Se mesó el cabello con las manos y comenzó a andar de arriba abajo por la estancia.

–¿Se me va a permitir recordar tu nombre? ¿O sería mejor que fuera acompañado de otra mujer?

Aquella sugerencia hizo que Jane se sintiera físicamente enferma. Levantó la barbilla.

–Puedes hacer lo que te apetezca –replicó encogiéndose de hombros.

Cuando Draco iba andando por el pasillo, se detuvo en seco. Se había dado cuenta de repente de que ella lo estaba tratando como un objeto sexual. Entonces, ¿por qué diablos le molestaba tanto?

Considerando el modo en el que se habían despedido, Jane no estaba segura de cómo la recibiría Draco en el cóctel. No estaba impaciente por realizar una entraba en solitario, por lo que se alegró de encontrarse con Joe y Luciana en el guardarropa.

–¡Vaya! ¡Estás guapísima! –exclamó Luciana–. Me encanta ese vestido. No me puedo creer que sea el mismo que compraste en la tienda *vintage*.

–Gracias –dijo ella con timidez–. Solo necesitaba unos arreglitos de nada.

Jane había dejado el vestido en su forma más sencilla. Había retirado los adornos del cuello para revelar la belleza de la seda azul, ceñida en el cuerpo y con una falta cortada al bies que le llegaba hasta las pantorrillas y le daba un hermoso vuelo.

–Sin embargo, los zapatos sí son nuevos –añadió, mostrándolos–. No tengo ni idea de por qué los metí en la maleta –admitió. Eran unos zapatos de afilada punta y alto tacón que se había comprado en las rebajas. Muy bonitos, pero también poco prácticos–. Me sentí muy alta hasta que te vi a ti, Luciana.

La elegante italiana sonrió.

–Pensé que Joe podría llevarme a algún sitio y por eso metí este vestido –dijo dándose la vuelta.

Joe, casi treinta centímetros más bajo que ella, llevaba un chaleco de *tweed* con sus mejores vaqueros y exclamó con un fuerte acento de Liverpool antes de darle un beso:

–*Bella*!

Ver cómo interactuaban los dos jóvenes enamorados hizo que Jane se sintiera como si tuviera cien años. Eran tan espontáneos… y ¡estaban tan enamorados!

–¡Es un vestido precioso! –comentó Jane–. Si yo tuviera tus piernas, me pondría esa minifalda todos los días. Me haces sentir como una enanita.

Una carcajada, fuerte y algo artificial, hizo que los tres se dieran la vuelta.

–Es que eres muy bajita, ¿no?

El comentario lo había hecho una desconocida que se estaba quitando un echarpe de piel. Los zapatos que llevaba puestos hacían que los de Jane parecieran unas bailarinas y el vestido plateado, que parecía pegado a su cuerpo, destacaba cada curva de su rotunda y voluptuosa figura.

–Hola –dijo Jane algo incómoda. Luciana guardó silencio. Se limitó a agarrar a su novio del brazo.

Sin embargo, toda la atención de la rubia se centraba en Jane, a la que estaba mirando de arriba abajo. Jane forzó una sonrisa.

–¿Tú formas parte de todo este tinglado ecológico? –le preguntó la rubia con otra artificial carcajada. Jane asintió–. ¿Y te alojas en una de esas horribles habitaciones del anexo?

Luciana, que normalmente era muy amable con todo el mundo, intervino a pesar del desprecio que se reflejaba en su rostro.

–Joe y yo sí, pero Jane está en el *palazzo* porque ha venido acompañada de su hijo.

La sonrisa de la mujer se borró de su rostro y levantó una ceja con gesto especulativo mientras miraba a Jane. Esta se sintió incómoda e intranquila.

–En el *palazzo*, qué bien –replicó, aunque no transmitía entusiasmo con el tono de su voz–. A mí ya no me permiten ir allí, pero antes fue mi casa –añadió, colocándose la mano en el corazón como si fuera la heroína de un melodrama victoriano.

Jane escuchó que Luciana le susurraba algo a Joe en italiano. No le pareció que fuera un cumplido.

–¿Nos conocemos? –le preguntó la mujer frunciendo el ceño.

–No lo creo.

–Ay, pues yo creo que sí. Jamás olvido un rostro… Ya me acordaré –añadió. Sonó como una amenaza.

–¿La conoces? –le preguntó Jane a Luciana cuando la rubia se hubo marchado hacia la sala donde se celebraba el cóctel.

–Sí. Ya te lo explicaré más tarde –susurró Luciana en tono confidencial–. No le hagas ni caso. Es una verdadera zorra y no tengo ni idea de por qué está aquí esta noche, aparte de para causar problemas.

Atónita por la manera de hablar de Luciana, tan poco propia de ella, Jane no podía parar de preguntarse quién era aquella mujer y cuál era su vínculo con el *palazzo.* ¿Había vivido allí?

¿Podría ser que fuera una ex de Draco? Resultaba difícil imaginar que lo hubiera seducido una mujer mucho mayor que él, casi tanto como que una de sus novias se instalara allí de la noche a la mañana.

Decidió apartar aquellos pensamientos mientras seguía a sus amigos al interior de la sala donde se iba a celebrar el cóctel. La transformación había sido dramática. Las puertas de las cuatro salas

de reunión se habían abierto y se había creado un amplio espacio. Un cuarteto de cuerda tocaba en un rincón mientras los camareros circulaban con bandejas para atender a los invitados. Estaban sus compañeros de curso, algo más elegantes de lo habitual, mezclados con estrellas de cine, políticos y miembros de la aristocracia.

Jane se preguntó dónde encajaba ella en todo aquello. Tomó una copa y dio un par de sorbos para no sentirse tan abrumada.

–Jane…

Se volvió y vio a un joven alto, muy guapo, que llevaba un esmoquin azul. Entonces, lo reconoció.

–¿Jamie?

El medio hermano de Draco ya no era un adolescente delgaducho. Los dos sonrieron y se abrazaron.

–Dios mío, ¿qué estás haciendo aquí?

–Eso mismo me estaba preguntando yo –admitió Jane.

–¿Estáis juntos otra vez Draco y tú?

–No, no. Nada de eso. No… no somos pareja.

Jamás serían pareja y, en realidad, no lo habían sido nunca. Cuando Jane aceptó casarse con él, en realidad no lo conocía. Sin embargo, sus sentimientos, aunque fuertes entonces, no eran ni la sombra de lo que sentía en aquellos momentos. Lo que sentía cuatro años después era más profundo, más fuerte y, cuando lo veía con Mattie, sabía el increíble padre que sería algún día.

¿Habrían cambiado también los sentimientos de él?

Prefirió no pensar en aquella pregunta. Si se dejaba llevar por aquella clase de pensamientos, sería mucho más difícil decir adiós cuando llegara el momento.

La mano le temblaba tanto que se le derramó parte del vino justo cuando más lo necesitaba. Se tomó lo que le quedaba en la copa.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó Jamie.

–Sí. ¿No te ha dicho Draco que yo estaba aquí?

–Apenas hemos tenido oportunidad de hablar. Eres la última persona que esperaba ver aquí después de…

Capítulo 10

Jamie abrió los ojos de par en par e hizo un gesto de arrepentimiento.

–Lo siento, no quería decir eso…

–No importa. Te entiendo perfectamente.

–No has cambiado nada…

–Tú sí, mi querido Jamie –dijo ella dando un paso atrás para mirarlo bien.

–Me siento halagado de que te haya costado reconocerme.

De repente, se escuchó una voz llamándolo por su nombre. Jamie se volvió hacia la voz y, al verlos juntos, Jane comprendió inmediatamente quién era la rubia del guardarropa. Era la madre de Jamie, la madrastra de Draco.

–Cariño mío, veo que todavía tienes las gafas –exclamó sacudiendo la rubia cabeza–. Te da un aspecto tan de empollón… Díselo –añadió, refiriéndose a Jane–. Lentillas o, mejor aún, cirugía láser. Bueno, ¿no me vas a presentar a tu amiga? Soy la madre de Jamie. Antes de que lo digas, lo sé. Parezco demasiado joven.

Jane, que no había estado a punto de decir nada por el estilo, sacudió la cabeza.

–Me alegro mucho de volverte a ver… otra vez –dijo Jane sin tratar de ocultar la insinceridad de sus palabras–. Lo siento, pero Jamie me había prometido este baile.

Jamie parpadeó, mientras Jane le indicaba la pista de baile vacía que había en el centro de la sala.

–Pero si no está bailando nadie… –comentó la mujer con petulancia.

Jane agarró a Jamie de la mano y se la colocó en la cintura. El muchacho no tardó en reaccionar y le asió la mano con la que le quedaba libre.

–¡Ahora sí! –exclamó Jane.

Los dos se dirigieron hacia la pista de baile y comenzaron a bailar. Jamie tenía la gratitud dibujada en la mirada.

–Gracias.

Jane sonrió. Le apenaba ver lo terrible que era que una madre tuviera una relación tan tóxica con su hijo.

Poco a poco, la pista de baile se fue llenando de parejas, que bailaban según se lo permitían sus habilidades. El cuarteto de cuerda pasó a tocar un romántico vals.

–Vaya, este se te da muy bien –comentó Jane.

–Cuando no conseguí entrar en el equipo de fútbol, Draco me aconsejó que encontrara algo que se me diera bien. Resultó que a las mujeres les gustan más los bailarines que los deportistas, o al menos esa es la impresión que me ha dado a mí.

Jane se echó a reír.

–¡Ay, te pareces tanto a Draco al hablar!

–No estoy seguro de que eso sea un cumplido, Jamie. ¿Te importa?

Jamie sonrió y dejó que Draco ocupara su puesto junto a Jane.

–¿Me concedes este baile, *cara*? –le preguntó Draco, cuando Jamie se hubo marchado.

Ella asintió. Se sentía muy cohibida.

–Te advierto que no bailo muy bien.

–Creo que soy yo quien debería opinar al respecto.

No la tomó entre sus brazos inmediatamente. La apartó un poco primero para poder mirarla de arriba abajo. Jane sintió que un temblor recorría su cuerpo y casi inmediatamente, se vio presa de la apasionada oleada de la excitación sexual. Le pareció una locura que

hubiera podido convencerse de que podía disfrutar de él y luego marcharse de su lado sin más.

–Estás muy guapa…

No fueron las palabras, sino la voz, los ojos… La presencia de Draco la atenazaba. Sabía que estaban rodeados de gente y que debería comportarse con normalidad, pero le era imposible.

–No bailo muy bien –repitió cuando él le colocó una mano en la espalda. Ella notaba su calor a través de la delicada tela del vestido.

–Ya me lo has dicho –afirmó Draco. Le agarró las manos y se las colocó encima de los hombros. Entonces, puso la mano que le quedaba libre entre los omóplatos de Jane–. Sígueme…

Jane tuvo que contener una carcajada histérica. Seguiría a Draco donde él le pidiera, incluso si era para saltar por un acantilado.

Poco a poco, comenzaron a moverse muy lentamente. Draco no realizaba los elaborados pasos de Jamie, pero la cadencia de sus movimientos resultaba armónica e hipnótica. La cercanía era intensa, pero, aunque pareciera contradictorio, también seductora y relajante.

–Vi lo que hiciste –le susurró él al oído.

–Me apetecía bailar y tu hermano baila muy bien.

–¿Mejor que yo?

–Mucho mejor.

Draco dejó escapar una carcajada.

–En serio, Jane, fuiste muy amable al rescatarlo. Ella… Christina, su madre… Es una mujer vengativa y egoísta, pero más que eso, muy mala. Digamos que, cuando estaban repartiendo los instintos maternales, ella no estaba ni al final de la cola. Cuando Jamie era un niño, lo traumatizó. Mi hermano temblaba solo con escuchar su voz. No se trataba de maltrato físico, pero… Lo mejor que hizo en toda su vida fue abandonarlo.

–¿Y por qué la has invitado?

–¿Invitarla yo? Parece que vino como pareja de alguien y lo dejó plantado en cuanto aterrizó el helicóptero. No sé por qué está aquí, pero estoy seguro de que no es por hacernos bien a nosotros. Mira, dejemos de hablar de ella –susurró mientras la estrechaba contra su cuerpo.

A Jane no le importó en absoluto aquella sugerencia. Levantó la cabeza y le coloco una mano sobre el pecho.

–Draco… La música se ha detenido…

Draco miró a su alrededor y vio que, efectivamente, la gente estaba abandonando la pista de baile. Inmediatamente, empezó otro tema, algo más movido.

–En realidad, tengo que hablar con algunas personas –dijo él. ¿Se lo estaba imaginando Jane o había una cierta frustración en su rostro?–. Ya hablaremos más tarde.

Los dos abandonaron la pista de baile juntos. Draco le había dejado la mano en la parte baja de la espalda. El gesto resultaba muy posesivo y, sin poder evitarlo, Jane se preguntó cómo lo verían el resto de los presentes.

–Tal vez deberíamos tener cuidado. La gente podría sumar dos y dos y… –susurró. Entonces, miró a su alrededor–. De hecho, creo que ya nos están observando…

Al llegar al borde de la pista de baile, Draco tiró de ella e hizo que girara para mirarlo.

–Claro que nos están mirando. Estás… ¿Es este el vestido de segunda mano?

–*Vintage* –le corrigió Jane–. Es mucho más ecológico comprar ropa de segunda mano, tal y como deberías saber.

–Cierto. Y aquí hay alguien con quien tal vez te gustaría hablar sobre el asunto. Tabitha Greenwood, te presento a Jane Smith. Tabitha es…

–¡Sé perfectamente quién es la señorita Greenwood! –protestó Jane. Sonrió a la diseñadora de moda de reputación internacional–. Encantada.

–Jane me estaba hablando sobre la ecología en el mundo de la moda, Tabitha. Le encantan las gangas de la ropa de segunda mano.

–Así es –dijo Jane, tomando la palabra mientras le indicaba a Draco con una mirada que iba a seguir hablando ella–. En realidad, mi vestido es…

–*Vintage* –apostilló la diseñadora mientras observaba la prenda con el ojo de una experta–. Es precioso y sospecho que lo has modernizado un poco.

–Sí. No me gustaban los encajes que llevaba y no me sientan bien. Soy demasiado bajita.

Tabitha sonrió.

–Pero muy bien formada, ¿no te parece, Draco?

Draco se limitó a sonreír.

–Bueno, yo os dejo. Por cierto, ¿has comido algo con más sustancia que un canapé?

Jane en realidad ni siquiera había tomado un canapé y sacudió la cabeza con irritación al notar la mirada de la diseñadora. Se giró hacia un camarero, tomó un puñado de canapés y se los empezó a comer uno a uno.

–¿Contento?

«Nunca tanto como cuando te estoy mirando».

Aquellas palabras se formaron en el pensamiento de Draco mientras observaba cómo Jane sonreía. Él mantuvo su rostro impasible y, sin decir nada más, se marchó.

En ese instante, las dos mujeres intercambiaron una mirada.

–¿A qué ha venido eso? –le preguntó Tabitha.

–Ni idea –respondió Jane, con una tensa sonrisa,

–He venido aquí con el propósito de investigar en este campo y, por supuesto, por el champán –comentó Tabitha mientras tomaba una copa de la bandeja de un camarero que pasaba–. Hoy en día, los negocios han de ser ecológicos. ¿Y tú?

–Yo estoy en el curso.

–Sí, pero ya conoces a Draco.

–¿Y qué te hace decir eso?

–Resulta evidente, querida mía –dijo la mujer con una carcajada–. Me han dicho que te alojas en el *palazzo.* Y sí, soy un poco chismosa, pero solo repito lo que otras personas están pensando después de ese baile.

Jane la miró anonadada.

–Me alojo en el *palazzo* porque me he traído a mi hijo. Draco nos ha alojado allí muy amablemente porque es más tranquilo.

–¿Un niño?

–Sí. Se llama Mattie. Sus padres murieron en un accidente y ahora yo soy su tutora –explicó. No sabía por qué se había sincerado con una desconocida.

–Dios mío… ¡Qué trágico! Yo jamás he tenido oportunidad de ser madre, pero creo que tú lo vas a hacer muy bien con ese pequeño. Ahora, ven conmigo. Tengo una amiga a la que le encantará conocerte. También le encanta todo lo *vintage.*

Mientras Draco saludaba a sus invitados, observaba a Jane desde la distancia. Sintió una profunda admiración hacia ella, un orgullo posesivo que sabía que no le pertenecía. Le gustaba ver brillar a Jane.

Había estado muy equivocado al pensar que, tal vez, ella no se sentiría cómoda en la fiesta. Ya no era la Jane de hacía cuatro años. Si hubiera tenido algo de empatía, tal vez se habría dado cuenta de las señales de estrés que ella estaba sintiendo. Tal vez, si hubiera hablado con ella al respecto, la boda podría haber seguido adelante.

Sintió un profundo desprecio por sí mismo. Se había dado cuenta de las señales, pero las había ignorado. No les había dado importaba porque había pensado que la hermosa y deseable Jane siempre estaría allí, a su lado, sonriendo y encendiéndolo en la cama.

A Jane le resultó más difícil escabullirse de lo que había imaginado, pero lo consiguió por fin.

–¿Huyes del baile?

Jane se detuvo en seco al escuchar la voz de Draco. Trató de ignorar los latidos de su corazón y se dio la vuelta.

De alguna manera, estar con Draco hacía que se sintiera más viva. Su presencia acrecentaba sus percepciones. Un instante antes no se había percatado del romántico brillo de las pequeñas luces con las que se habían iluminado los árboles, ni el delicado aroma del romero y los pinos, transportado por la brisa del mar, ni la luna, que sacaba destellos azulados en el oscuro cabello de Draco y acentuaba aún mas los perfectos ángulos de su rostro.

Tenía la americana abierta y también el primer botón de la blanca camisa, bajo la que se adivinaba la piel dorada y el ligero vello

oscuro. Aspiró profundamente para tratar de recuperar la compostura.

–Bueno, no estaba huyendo. Simplemente me marchaba de la fiesta. Quiero ir a ver cómo está Mattie. Sé que Val se ocupa perfectamente de él, pero es que hoy ha estado un poco raro…

–¿Instinto de madre?

–No. Solo lo he estado observando –dijo. Decidió cambiar inmediatamente de tema–. El cóctel ha sido un éxito. Debes de estar muy contento.

Draco se preguntó si lo estaba. En realidad, no lo había pensado a pesar de que el éxito de aquel proyecto debería haber sido su preocupación principal. Sin embargo, se había sentido toda la noche como si estuviera representando un papel.

Había llevado a Jane allí con la idea de hacerla sufrir del mismo modo que ella lo había hecho sufrir a él. Irónicamente, la única persona que había terminado sufriendo había sido él.

El dolor se centraba en la necesidad primitiva y frustrada de poseerla. Ser amantes debería haber resuelto el tema, permitiéndole alejarse de ella cuando el fuego se hubiera apagado. Sin embargo, cuando la veía tan menuda, tan vulnerable, tan testaruda, sentía la necesidad, desconocida para él, de protegerla.

No debería ser así. El sexo no debería ser así. Debería ser algo sin complicaciones.

–Ha sido un éxito para ti –replicó él.

–Me he divertido mucho, sí. Será algo muy agradable que recordar cuando haya vuelto a casa –admitió ella con una sonrisa. Jane prefería morir antes de admitir delante de él lo mucho que le dolía decir aquello–. He hecho amigos y he aprendido mucho sobre la importancia de las abejas para el futuro del mundo.

–Bueno, siempre podrías regresar para verlos a todos…

Jane prefirió no contestar y cambió de tema.

–Jamie pareció muy sorprendido de verme aquí.

–No creí que fuera a poder venir. Iba a participar en un campeonato de ajedrez, pero lo cancelaron.

De repente, el cansancio que Jane había mantenido a raya durante toda la noche empezó a pasarle factura. Se dirigió hacia un

banco y tomó asiento.

–¿Sigue estudiando? –le preguntó.

–Está en el último año del colegio. Está pensando en hacerse profesional en ajedrez cuando termine sus estudios. Se le da muy bien. Yo preferiría que fuera a la universidad dado que yo no fui, pero quiero que él tenga libertad para elegir lo que quiera hacer.

–¿Y por qué no fuiste tú?

–Mi padre no era el más cariñoso de los progenitores. Jamie ha tenido suerte en ese sentido. En cuanto a Christina, ella lo utilizó como si fuera un accesorio. Mientras era un bebé, era tan mono que se lo llevaba a todas partes. Entonces, Jamie empezó a tener problemas con los ojos y necesitó una operación. Tuvo que ponerse unas gafas muy gruesas… Entonces, a ella ya no le gustó tanto y se marchó. Nuestro padre tenía interés cero por él, pero estaba obsesionado con Christina. Vendió todo lo que pudo y yo no podía hacer nada.

–Por suerte para Jamie y para este lugar, ahora tú estás a cargo de todo.

Las miradas de ambos se cruzaron. Jane vio cómo el rostro de Draco se volvía totalmente inescrutable. Una profunda frustración se apoderó de ella.

–Debería regresar a la fiesta… pero antes me gustaría hacerte una pregunta. ¿Te gusta todo esto?

–Por supuesto, ¿cómo no me iba a gustar?

–¿De verdad tiene que acabar?

–¿Qué es lo que estás diciendo, Draco? –le preguntó. «No lo que tú piensas», le dijo una voz en el interior de su cabeza. En realidad, no sabía lo que pensaba. No se podía matar la esperanza.

Tal vez él vio algo en su rostro, porque se apresuró a contestarle.

–Evidentemente, no te estoy pidiendo matrimonio.

–Evidentemente –replicó ella.

–Creo que los dos sabemos, seguramente tú antes que yo, que lo nuestro como pareja jamás habría funcionado, pero si dejamos el pasado a un lado, no hay duda de que tenemos… algo.

–Sexo –dijo ella sin dudarlo.

–Dejando a un lado nuestra relación personal, tu entusiasmo por esta comunidad es tal que te recibirían con los brazos abiertos.

Jane se puso de pie inmediatamente.

–Sé que me ves como la cura para un desequilibrio de testosterona –replicó–, pero yo ya tengo una vida. Mi futuro no te implica a ti, Draco. ¿De verdad crees que podría desarraigar a Mattie de esta manera, mudarme a un país extranjero en el que no tengo amigos…? ¡Dios mío! ¡Debes de ser el hombre más arrogante y egoísta del universo entero!

–¿Por qué no podemos hablar de esta situación como si fuéramos dos adultos sensatos?

–Porque no hay situación alguna y solo uno de nosotros es un adulto sensato. Gracias por la oferta, Draco, pero mi vida está en Inglaterra.

–Pero yo estoy aquí…

–¿De verdad crees que con eso me va a bastar? Tu arrogancia a veces, Draco… Ahora, tengo que marcharme. Debo ocuparme de Mattie.

–Lo utilizas como excusa. No voy a decirte lo que quieres escuchar para que te quedes aquí.

Aquella afirmación provocó en ella una ira irrefrenable. Seguramente pensaba que ella quería escuchar cómo le decía que la amaba. Y tenía razón. Se despreciaba profundamente por aferrarse a aquel sueño.

–Yo no utilizo a nadie, Draco. Eso te lo dejo a ti. Y no tienes ni idea de lo que quiero escuchar.

Con eso, se dio la vuelta y echó a andar. Pudo contener las lágrimas hasta que él ya no pudo verlas.

Draco observó cómo Jane avanzaba por el sendero hacia la casa principal, con la cabeza erguida y la espalda recta. Incluso a pesar de la ira que sentía en aquellos momentos, el delicioso contoneo del trasero bajo la seda del vestido y el movimiento de sus caderas le proporcionaban una agradable distracción.

Necesitaba regresar a la fiesta, pero también unos instantes para recomponerse antes de poder cumplir con su deber. Siempre se dejaba llevar por una fuerte disciplina, por su devoción al deber, pero…

«¿Quieres reglas o la mujer que…?». Apretó los puños mientras se resistía a la palabra que había empezado a formarse en su pensamiento. Una palabra que no quería pronunciar. Unos sentimientos que no quería experimentar.

No necesitaba a Jane. No necesitaba a ninguna otra mujer. Sin embargo, la deseaba a ella. La deseaba tanto…

–¿Vas a ir tras ella?

Capítulo 11

Aquella voz siempre provocaba en él una reacción visceral de profundo desagrado.

–¿Qué estás haciendo aquí, Christina? –le preguntó. A pesar de las innumerables cirugías, o tal vez por ellas, los años no habían sido benévolos con su madrastra. Tal vez era la maldad que le rezumaba por los poros de la piel.

–Se te ha olvidado mi invitación.

–La única invitación que vas a recibir por mi parte es para que te vayas al infierno

–Vaya… Si nos ponemos así…Pero bueno, voy a ser magnánima contigo. Sé que alguien te ha dicho que no, por lo que seguramente estás un poco…

–¿Has estado escuchando nuestra conversación?

–Sí, he oído lo suficiente –replicó Christina con una carcajada de desprecio–. Pobre Draco…¿Sabes una cosa? Hace un instante me recordaste a tu padre… A los Andreas se les da muy bien suplicar…

La negación fue la primera reacción de Draco. La segunda, la ira y luego, después de rebuscar en su memoria pruebas de que Christina estaba equivocada, alivio.

–Gracias.

Él no era su padre. Era su propia especie de necio.

Una expresión de incomprensión se reflejó en el rostro de su madrastra.

–¿Por qué?

–Por hacerme darme cuenta de que no me parezco en nada a mi padre.

Su padre había sido muchas cosas, pero jamás había sido un cobarde. Draco, por su parte, había sido un cobarde que se había negado muchas posibilidades porque no tenía las agallas suficientes para admitir lo que quería. O lo que sentía.

Jane no se había marchado porque él no le hubiera dicho lo que quería escuchar. Draco le había pedido que dejara atrás todo lo que conocía sin ofrecerle nada a cambio. Ella se había marchado porque él era un cobarde que no se atrevía a decir lo que ella quería escuchar. Era demasiado cobarde como para admitir lo que sentía por ella.

La amaba.

Miró el despreciable rostro de Christina. Ella sonreía con gesto desagradable.

–Esa tiene agallas. Jamás lo habría pensado, pero nunca se sabe, ¿no te parece? Con esa apariencia de no haber roto un plato en su vida…

–No voy a consentir que hables así de ella. ¿Comprendido? –le espetó. Christina se arredró y dio un paso atrás–. ¿Qué es lo que quieres?

–Ya llegaremos a eso, cielo, pero primero dile a tu amiguita que ya me he acordado dónde la vi… Jamás se me olvida una cara… He oído que tiene un bebé…

–Christina… –le dijo Draco a modo de advertencia.

–¿Te he dicho alguna vez que hace cuatro años tuve un pequeño… accidente? Spiros se alegró al saber que seguía siendo lo suficientemente hombre, pero, por suerte, los dos pensábamos lo mismo. Fui a una clínica de Londres, aunque, si hubiera sabido que habían empezado a aceptar a pacientes de la Seguridad Social, me habría ido a otra parte…

–¿Me estás diciendo que abortaste? ¿Y por qué habría eso de interesarme a mí?

–Bueno, porque allí me crucé con otra paciente, una pelirroja de rostro muy pálido…

–¡Mentirosa!

–Pregúntaselo tú mismo si no me crees.

–No voy a hacerlo porque no es necesario…

Tras haber soltado su bomba, Christina le dedicó una maliciosa sonrisa y se marchó. Draco no le dio la satisfacción de saber que sus venenosos dardos habían encontrado suelo fértil. Recobró la compostura como pudo y regresó a la fiesta.

Tuvieron que pasar más de dos horas para que la fiesta terminara por fin y él pudiera regresar al *palazzo.*

Cuatro años… cuatro años… Trató de no pensar más, pero, cuando entró en el vestíbulo, todos sus pensamientos se dirigían en una única dirección. Recordó las pequeñas cicatrices que ella tenía en el vientre y el modo en el que no había querido hablar de ellas, sin ni siquiera mirarlo a los ojos. ¿Podrían estar vinculadas a…?

En su pensamiento, apareció la imagen de ella con el bebé en brazos. Era la madre perfecta para el hijo de otro hombre.

¿Habría sido capaz de abortar el de él?

Se enorgullecía de no juzgar las decisiones que pudieran tomar las mujeres sobre sus propios cuerpos, pero aquello era muy personal. La pena de algo perdido se aferró a su corazón. Apretó los puños. Aquello no era algo que pudiera considerar con fría neutralidad.

Tenía que saberlo. Jane le debía una explicación.

Cuando llegó al pasillo en el que se encontraban las habitaciones de Jane, frunció el ceño. El ama de llaves, en bata, estaba hablando con otro miembro del servicio doméstico.

–Livia, ¿qué ocurre?

Las expresiones en el rostro de ambos y las lágrimas en el rostro siempre contenido del ama de llaves le hicieron temerse lo peor.

Las noticias no eran buenas. Mattie estaba enfermo. Se había avisado al médico, pero no sabían cuándo llegaría porque la persona que había contestado el teléfono estaba haciendo demasiadas preguntas. Al entrar en el dormitorio, Draco vio al niño llorando en la cuna. Val estaba a su lado, llorando sin parar, mientras que Jane, aún con el vestido de seda azul, tenía el teléfono en la mano. Estaba muy pálida y temblorosa, pero en su rostro había una firme determinación.

–¡No, no lo sé! –exclamó–. No. No soy la ma…

–Dame el teléfono –le ordenó él.

Aliviada, Jane le entregó el teléfono y dio un paso atrás. Era consciente de que la presencia de Draco podría no servir de nada, pero al menos le reconfortaba no estar sola.

Draco comenzó a hablar en italiano, pero, por el tono de su voz, se notaba que no estaba suplicando, sino exigiendo. Por fin, colgó la llamada.

–Marco, que es el jefe de la unidad de cuidados intensivos pediátrica, va a venir con la ambulancia aérea, que ya ha despegado. Mientras tanto, tenemos que tratar de refrescar a Mattie con paños fríos y quitándole el pijama.

Rápidamente, Jane se dirigió a la cuna para quitarle el pijama a Mattie, que yacía inerte como si fuera una muñeca de trapo. El niño había dejado de llorar y el silencio era aún peor que los llantos. Sin poder contenerse, Jane se abrazó a Draco, tratando de consolarse con la solidez de su torso. Unos instantes después, Val anunció la llegada del helicóptero. Draco soltó a Jane y asomó por primera vez a la cuna. El niño estaba pálido y muy sudoroso. Al verlo, sintió que algo se removía en su interior. El pequeño parecía…

La llegada de un joven médico alivió la tensión que reinaba en la habitación. El doctor examinó a Mattie muy concienzudamente, aunque con mucha delicadeza.

–Sospecho que se trata de una convulsión febril. Podremos confirmarlo cuando lo tengamos en el hospital. En estos momentos, tiene una fiebre muy alta, por lo que le voy a suministrar algo para que le baje durante el traslado y también le pondré una vía para suministrarle fluidos.

–Gracias –dijo Jane–. ¿Se va a poner bien?

–Sé que es horripilante, pero los niños pequeños son mucho más resistentes de lo que la gente piensa. Sospecho que tiene una infección de algún tipo. Le haremos todas las pruebas necesarias. Ahora, intenten no preocuparse. Está en las mejores manos.

En ese momento, llegó también un enfermero y, entre los dos, prepararon al pequeño paciente para el traslado.

–Supongo que usted vendrá con nosotros –le preguntó el médico a Jane.

–Sí, por supuesto –respondió ella. Entonces, se volvió a Draco–. Muchas gracias por todo. Te mantendré informado…

–Yo voy contigo.

–Debería decirte que no es necesario, pero no voy a hacerlo –admitió Jane, con los ojos llenos de lágrimas–. He sido horrible contigo –añadió. Las lágrimas le emoción le caían por las mejillas.

–Esto no es importante ahora.

Jane sintió como si un gélido puño se le agarrara a la garganta.

–Prometí que cuidaría de él…

¿A quién se lo había prometido? Suponía que al padre fallecido.

–Y así lo has hecho. Eres una madre increíble…

Jane bajó la cabeza. Estaba tan disgustada que no se percató del gesto de dolor que apareció en el rostro de Draco.

El viaje en helicóptero fue relativamente corto. Además, la presencia de Draco significaba que Jane no tenía que preocuparse por hacerse entender en italiano. El traslado en ambulancia al hospital fue rápido y, una vez allí, los médicos se mostraron muy competentes. Mientras examinaban al pequeño, Jane estaba muy nerviosa.

La espera terminó por fin cuando el médico jefe se acercó a ellos con una sonrisa en los labios.

–Bien, tal y como pensaba, se trata de una infección viral de las vías respiratorias superiores. Ha tenido una convulsión febril, pero no indicativa de nada más grave. Ahora que la fiebre le está bajando y que le estamos poniendo suero, volverá a la normalidad muy rápidamente. Lo mantendremos ingresado esta noche en observación y, si todo va bien, algo de lo que estoy seguro, podrá marcharse a casa mañana.

Jane cerró los ojos y suspiró profundamente.

–Muchas gracias –le dijo al médico con un profundo sentimiento–. Muchísimas gracias.

Vio que Draco se marchaba con el médico. Cuando él regresó, dijo:

–Si quieres quedarte, pueden poner una cama aquí. Yo tengo un apartamento aquí, así que voy a quedarme.

–No, no. Muchas gracias. Yo prefiero quedarme aquí –susurró–. Lo siento mucho. Estoy segura de que esto es lo último que querías después de…

–Ahora no es el momento. ¿Tienes mi número privado?

–No me he traído el teléfono –dijo ella. De repente, se dio cuenta de que no se había llevado nada.

–No te preocupes. Pediré que te envíen algunas cosas.

–Pero si es la una de la mañana, Draco.

–¿Y?

–¡Qué tonta soy! –dijo ella con una temblorosa sonrisa.

Una hora más tarde de que él se marchara, Jane recibió una bolsa con lo más esencial. La bolsa también contenía un teléfono, que llevaba una nota pegada. *Tienes mi número grabado.*

Jane durmió muy poco a lo largo de la noche. A la mañana siguiente, después de asearse un poco, se sintió casi humana. Estaba tomándose la segunda taza de café cuando Draco apareció con el médico. Notó que Draco tenía unas profundas ojeras.

–Buenos días.

El médico le devolvió el saludo y se dirigió a la cuna. Entonces, consultó su tableta.

–Bueno, todos los resultados son normales. Puede marcharse a casa.

–Esta mañana parecía algo molesto –le comentó Jane mordiéndose el labio.

–Tiene un resfriado, así que es normal. ¿Sabe lo que hay que hacer si le sube la temperatura?

–Sí. ¿Hay algo que no debamos hacer?

–Bueno, no debería volar. La infección respiratoria de vías altas le provocaría mucha presión en los tímpanos y es difícil decirle a un bebé lo que tiene que hacer para aliviarla. ¿Cómo estáis pensando en regresar al *palazzo*?

–¿Sería mejor que se quedara en la ciudad un par de días? –preguntó Draco.

–Esa sería la solución ideal.

–¿Y no podríamos ir en coche?

–Sería mejor que volar, pero el trayecto es… ¿qué dirías tú, Draco?

–No es una opción.

Jane se mordió los labios para no dar una opinión que, sin duda, hubiera sonado muy desagradecida. No le había importado que el tomara las riendas en una situación de emergencia, pero, en aquellos momentos, prefería que ya no siguiera siendo así. En algún momento tendría que hacérselo ver.

–Podría quedarme en un hotel…

–No serás tonta –le dijo Draco con impaciencia–. Estarás más cómoda en el apartamento. Además, Marco podrá ir y venir para ver al paciente.

–Así lo haré –afirmó el médico.

–No quiero ser una molestia…

–En ese caso, deja de decir tonterías –le espetó Draco secamente.

Jane no siguió protestando por la presencia del médico. Recogieron por fin a Mattie y se dirigieron a la salida. Draco se encargó de llevar en brazos a Mattie, por lo que ella tenía las manos libres para despedirse del médico.

–Ah, por cierto –dijo Marco antes de que se marcharan–, recibí las notas de vuestro médico de familia y vi que no había nada significativo en su historial médico como para que tengamos que preocuparnos en el futuro.

Jane asintió, muy aliviada y le dio las gracias muy efusivamente a Marco.

Había sentido un momento de pánico la noche anterior, cuando el médico le había preguntado si había alguien de la familia que tuviera algún problema de salud del que él tuviera que saber. Se había visto obligada a explicarle que ella no era la madre biológica de Mattie antes de darle el nombre de Grace.

Draco estaba ya junto al coche, por lo que no pudo escuchar lo que ambos decían. Sin embargo, sí vio la calidez del intercambio de palabras y la efusividad con la que Jane se despedía del médico.

Cuando Jane llegó al coche, se ocupó de asegurar a Mattie en el asiento infantil con algo de dificultad, ya que el coche era un

deportivo. A continuación, se sentó junto al niño y se puso el cinturón de seguridad.

–Siéntate aquí delante. Ahí detrás prácticamente no hay sitio.

–Para mí sí lo hay –replicó ella, a pesar de que tenía las rodillas prácticamente encajadas en el asiento delantero.

–¿A qué ha venido eso? –le preguntó Draco mirándola a través del retrovisor. Ella lo observó atónita–. Marco está casado y tiene hijos.

Jane parpadeó sin poder creer lo que estaba escuchando.

–¿Te has pensado que estaba flirteando con el médico de Mattie? –le preguntó. La incongruencia de aquella afirmación le hizo soltar una carcajada.

Lo único que escuchó por parte de Draco fue un profundo silencio. Instantes después, murmuró algo en italiano, que no parecía sonar demasiado cortés, y salió del aparcamiento del hospital. A él le torturaba que siempre hubiera afirmado que no era celoso. Aquella afirmación parecía regresar reiteradamente para reírse de él.

El hospital parecía estar situado en las afueras de la ciudad, pero, de vez en cuando, se veían las torres y los hermosos edificios de la ciudad de Florencia. Todo era muy hermoso, pero lo más extraño fue que, de repente, echó de menos su hogar y todo lo que le resultaba familiar. Con aquel anhelo, vino una imagen, pero no fue de su casa en Inglaterra, sino del *palazzo.*

Aquello la escandalizó. No podía ser bueno sentir tanto apego por un lugar en el que solo llevaba viviendo un periodo muy corto de tiempo. Tal vez no era el lugar, sino las personas que vivían allí…

«Pues lo mejor es que vayas desapegándote muy rápido», se dijo.

Se alegró de que no hablaran en absoluto durante el trayecto hasta el apartamento de Draco. Jane había estado tratando de ponerle nombre a todos los monumentos que iba viendo, pero sin mucho éxito, cuando, de repente, se abrió una imponente verja frente a ella y Draco hizo entrar el vehículo a un patio.

–¡Esto es precioso! –exclamó ella, al ver los balcones de hierro forjado del edificio.

–Solo hay un apartamento. El resto son despachos que tenemos aquí. Este fin de semana es fiesta aquí y, además, la entrada principal está al otro lado. Por eso no hay ningún coche aparcado. La

piscina y el gimnasio del sótano son para los empleados, pero puedes usarlos si quieres.

–No creo que tenga tiempo ni que esté aquí el tiempo suficiente. En cuanto Mattie esté bien, nos… Por supuesto, me refiero a Mattie y a mí –añadió rápidamente, para que él no pensara que lo incluía a él también.

Draco asintió.

–Mattie y yo –aclaró ella una vez más–. Creo que nos iremos a casa directamente desde aquí. Yo ya me he perdido parte del curso y parece que no tiene sentido…

–Ya hablaremos de eso más tarde –dijo Draco mientras salía del coche. Abrió la puerta trasera y vio que Jane estaba tratando de desabrochar el arnés de Mattie–. Deja que lo haga yo.

Jane salió del vehículo también y observó cómo él desabrochaba con rapidez la silla del coche y sacaba al niño del vehículo en ella. Se dirigieron entonces hacia la espaciosa entrada del edificio y después a un ascensor, que los transportó a toda velocidad a la planta superior.

El apartamento, una vez más, estaba decorado con la misma mezcla de antiguo y moderno que el *palazzo*. Había muebles muy contemporáneos contra paredes de piedra antigua y paneles de madera.

–He pensado que esta noche te gustaría que Mattie durmiera contigo.

Jane le quiso preguntar si él también compartiría el dormitorio con ellos, pero no lo hizo. La tensión que había sentido en Draco antes era mucho más fuerte en aquellos momentos.

–Lo sé todo –dijo Draco.

Ella parpadeó y miró sus ojos, duros como la obsidiana. Entonces, lo comprendió todo. Había escuchado la conversación con Marco, en la que ella le confesaba que no podía tener hijos.

–Lo siento, sé que debería habértelo dicho, pero sabía cómo reaccionarías.

Draco no se podía creer lo que estaba escuchando.

–Supongo que a algunos hombres podría no importarles, pero sabía lo mucho que tú deseabas una familia, Draco, y, poco antes de

la boda, comprendí que no podría hacerlo.

La ira atravesó a Draco como si fuera un puñal. La idea de que ella se hubiera quedado embarazada de él y se lo hubiera ocultado le provocaba un dolor que tal vez nunca podría superar.

Capítulo 12

Sabías que estabas embarazada en la boda y no me lo dijiste? –le espetó. A pesar de todo, su voz sonaba tranquila, civilizada, aunque distaba mucho de sentirse así.

Jane lo miró con una profunda confusión.

–¿Embarazada? ¿De qué estás hablando? –le preguntó. De repente, comprendió que él no había entendido a qué se había referido ella–. No, eso no es cierto, Draco. Así que tranquilízate y escúchame. Te lo puedo explicar todo.

–Creo que ya es un poco tarde para mentir. Mi madrastra estaba en la misma clínica abortista que tú. Te recuerda bien, así que no intentes negarlo.

«Nunca olvido un rostro». Jane recordó el comentario que Christina le había hecho en la fiesta.

–No voy a tratar de negar que estuve en esa clínica…

–¿Lo admites entonces? –le preguntó él con incredulidad.

–¿Sabes una cosa? Creo que siempre quieres pensar lo peor de mí. Sí, claro que estuve en esa clínica. Me admitieron de urgencia.

–¿Tuviste un aborto? –quiso saber él mucho más tranquilo. Respiró profundamente–. Te escucho.

–Vaya, qué amable de tu parte…

–Solo quiero saber por qué estabas allí. ¿Acaso crees que no tengo derecho a saberlo? Era mi hijo.

–No, Draco. No era tu hijo. No había hijo –susurró ella débilmente–. No tuve un aborto. Eso era imposible dado que no puedo tener hijos.

–¿De qué estás hablando?

–Fui al ginecólogo dos días antes de la boda. Me dijo que tenía una endometriosis muy severa. Míralo en internet –le espetó ella cuando vio que Draco la miraba sin comprender–. En realidad, fue un alivio. Por fin podía ponerle nombre a los dolores y a los síntomas que tenía. Sin embargo, el alivio no duró. Entonces, vino la mala noticia: probablemente nunca podré tener hijos.

–Pero tienes a Mattie.

–Sí, tengo a Mattie –musitó ella con tristeza–, pero solo porque sus padres murieron. ¿Te acuerdas de Carrie? Mattie es su hijo.

–¿Y por qué diablos no me lo dijiste desde el principio? Me dejaste pensar que…

–Todos los del pueblo lo saben. Di por sentado que terminarías por enterarte y no quería… En cualquier caso, sea como sea, Mattie es mi hijo –añadió con fiereza.

–Y entonces, ¿qué estabas haciendo en esa clínica?

–Estaba allí porque mi endometriosis me había causado una fuerte hemorragia. Necesitaba una operación de urgencia.

–¿Una operación? Entonces, las cicatrices…

Ella asintió.

–Laparoscopia. Así no tuvieron que hacerme una gran incisión. Me dijeron que la operación fue un éxito y tengo que admitir que me cambió la vida porque el dolor… pero bueno, sé que todos estos detalles no te interesan. Tu madrastra es una zorra –añadió con desprecio y amargura–, pero cuando esta persona a la que tanto desprecias, odias, te vertió su veneno en el oído, estuviste totalmente dispuesto a creerla. ¿Sabes una cosa, Draco? Creo que querías ver lo peor en mí. Sí. Sé que debería haber sido lo suficientemente valiente como para decírtelo antes de la boda, pero estaba en estado de negación. Además, siempre supe que tú querías una familia más de lo que me querías a mí. Yo solo era… una compañera silenciosa para ti, pero te amaba tanto que no me

importaba. Sin embargo, ya no soy esa persona y sí que importa. Me importa que tú creas que soy….

Jane tuvo que interrumpir durante unos instantes lo que estaba diciendo. Las lágrimas impedían que su voz sonara con claridad. Parpadeó desesperadamente y sacudió la cabeza.

–Antes habría podido ser esa compañera silenciosa para ti, pero ahora ya no. Lo menos que espero de un compañero o de un amante es que me crea. Me disculpo por no haberte dicho la verdad. Sé que debería haber sido más valiente, pero para una mujer resulta difícil saber que no puede darle al hombre que ama lo que él más desea.

–¡No digas eso, Jane! –exclamó él.

–¿El qué? ¿Qué te amaba, que deseaba más que nada poder darte lo que tú más querías? –le preguntó. Vio la expresión torturada del rostro de Draco–. Sé que tú no me amabas a mí, incluso entonces lo sabía y me sentía… inadecuada… Yo te amaba y deseaba, pero sé también que me merezco más de lo que tú eres capaz o quieres darme. Sin embargo, todo eso es irrelevante. No puedo darte hijos, Draco. No puedo darte herederos. Por lo tanto, dejemos esto aquí porque se está haciendo agotador.

Justo entonces, el llanto de Mattie llenó la sala. Jane miró a Draco una vez más, bebiendo los fabulosos rasgos del rostro del hombre que amaba y que siempre amaría. Se dio la vuelta. El corazón no siempre puede tener lo que desea. En ocasiones, la realidad se metía por en medio.

Tardó media hora en calmar a Mattie. Cuando regresó al salón, supo sin necesidad de comprobarlo que estaba sola.

Capítulo 13

Entonces, ¿podemos viajar ya?

Marco, que había ido al apartamento todos los días desde que les dieron el alta, asintió.

–Si crees que es buena idea…

–¿Me estás dando tu opinión como médico? –le preguntó Jane, sin comprender.

–No. Ahora te estoy dando mi opinión como amigo. Y, como tal, creo que no deberías estar sola con esta noticia. Se lo deberías decir…

–¿Decírselo a quién? –replicó ella fingiendo ignorancia.

Marco levantó una ceja y le indicó así la respuesta. Jane tragó saliva y miró a su alrededor.

–No lo sé…

Miró a su alrededor, el lujoso apartamento en el que llevaban ya una semana. Decidió que no podía quedarse allí, pero tampoco podía regresar al *palazzo.* La única opción era marcharse a casa.

–Necesito pensar… Necesito hacerme yo primero a la idea, pero se lo diré antes de irme –le prometió a Marco–. Dios… es que no me lo puedo creer… ¿Es cierto?

–Por supuesto que lo es y lo harás estupendamente. No hay razón médica alguna para que el embarazo no vaya bien. Y ahora sí que hablo como médico.

El equipo de Relaciones Públicas de Draco estaba muy satisfecho. Un importante periódico financiero había publicado un artículo alabando el papel de Draco para crear modelos de negocio más orientados a una revolución verde del sector. Muchos medios de comunicación en todo el planeta se habían hecho eco.

Todos se habían visto algo confusos por la falta de entusiasmo que él había mostrado. Efectivamente, Draco no era un hombre feliz.

Sus dos días de autoexilio le habían hecho darse cuenta de que era el arquitecto de su propia infelicidad. Desde que era un niño, había protegido su corazón solo porque era un cobarde.

La gente hablaba de él como del hombre que lo tenía todo, definiéndolo como el hombre que estaba viviendo un sueño. Sin embargo, era demasiado cobarde como para admitir siquiera que tenía un sueño.

Una hermosa e inteligente mujer había querido estar con él, pero había terminado huyendo porque pensaba que la única utilidad que Draco tenía para ella era la de incubadora humana. La vergüenza que sentía era muy intensa.

Huyendo el día de la boda, Jane había mostrado más agallas de las que él había tenido nunca. Jane tenía mucho amor que dar y él se lo había despreciado. Y, al final, se había dado cuenta de que, sin ella, no tenía nada.

¿Lo escucharía ella? No tenía ni idea, pero lo intentaría. Jamás dejaría de intentarlo.

Después de que Marco se marchara aquella mañana, Jane se había conectado a Internet para reservar un vuelo. Acababa de completar la reserva y estaba tratando de reunir el valor suficiente para decírselo a Draco, cuando escuchó un ruido. Decidió que debía de ser alguien que estuviera en los despachos de las otras plantas porque, hasta aquel mismo día, había estado totalmente sola en el edificio.

A lo largo de su existencia, siempre había pedido muchas cosas, pero, al final, la vida le había concedido el mayor de sus deseos. Aún

no había podido asimilar la verdad. A pesar de los síntomas, si una de las visitas de Marco no hubiera coincidido con unas fuertes náuseas, habría seguido sin sospechar nada.

Cuando Marco le sugirió que se hiciera una prueba de embarazo, había soltado una carcajada. Después, le recordó una vez más su historial médico, pero, para su sorpresa, el médico siguió insistiendo y, de hecho, terminó sacándose uno del maletín.

Jane aún se encontraba entre la alegría desmedida y la incredulidad, pero, a pesar de todo, había decidido no cambiar de planes. Marcharse era su única opción. Se sentía culpable por no haberle confesado a Draco lo de Mattie, sí, pero seguía muy dolida porque él hubiera podido llegar a pensar que había abortado.

Acababa de sentarse para llamarlo por teléfono. Iba a decirle que iba ser padre. No sabía cómo se lo iba a decir, pero, en aquella ocasión, pensaba ser clara y sincera. Ya había habido demasiados secretos entre ellos.

En ese momento, volvió a escuchar otro ruido. Alguien acababa de entrar en el apartamento. Draco.

–¿Puedo entrar? –le preguntó el.

–Ya has entrado –replicó Jane poniéndose de pie y alejándose del ordenador–. Y yo soy la invitada. Estaba a punto de llamarte, Draco.

–Y ahora estoy aquí.

–Bien. Quería decirte que he reservado vuelos para regresar a casa, pero quería disculparme. Por haberte engañado. No debería haberte abandonado en el altar. No fui lo suficientemente valiente para decirte por qué. Tomé el camino fácil y hui… Tantas mentiras. Además, dejé que creyeras que soy la madre de Mattie.

–En realidad, lo eres de todas las maneras que cuentan. ¿Puede Mattie volar?

Jane indicó al lugar donde estaba el pequeño, tumbado sobre una alfombra de juegos, jugando con un peluche y pataleando alegremente.

–Ya lo ves.

–¿Ha estado viniendo Marco a visitarle?

–Todos los días, supongo que se lo habrás preguntado.

–Sí, pero no ha querido decirme nada –replicó con frustración–. Solo que no puede revelar detalles médicos de otro paciente y que, si quiero saber, debo preguntarlo yo mismo.

–Y has venido. Gracias, pero, como puedes ver, Mattie está perfectamente.

–Esperaba que me mandaras al infierno, pero, en realidad, creo que ya estoy allí. Sé que te he defraudado. ¡Fue imperdonable creer las mentiras de esa víbora!

–Me dolió mucho y significa mucho para mí oírtelo decir, pero, Draco… hay algo que tengo que decirte. Algo que lo cambia todo… o nada.

Draco jamás la amaría.

En ese caso, Draco dio un paso al frente. Jane se quedó atónita al ver lo pálido que estaba cuando le tomó las manos en las de él.

–Deja que sea yo el que hable primero. Quiero preguntarte si tú… ¡He sido tan estúpido, Jane! –exclamó, con una voz angustiada que ella apenas pudo reconocer–. Te amo. He sido un cobarde, lo sé…

Jane lo miraba atónita. No se podía creer lo que estaba escuchando. ¿Sería un sueño?

–Por favor, Jane, dime que no es demasiado tarde… Tenemos a Mattie. No necesitamos tener un hijo… –susurró mientras se llevaba las manos de Jane a los labios para besárselos–. Tú eres lo único que necesito, lo único que he necesitado nunca, pero temía admitir mis sueños. Y tú eres mi sueño hecho realidad. Sé que no es excusa, pero, aunque vi cómo una mujer destruía a mi padre, estar sin ti es lo que me está destruyendo a mí. Sin ti no estoy completo. ¿Podrás perdonarme alguna vez? ¿Quieres casarte conmigo? Te aseguro que esta vez será diferente porque yo soy diferente. Ya no temo decirte que te amo.

Los ojos de Jane se llenaron de lágrimas. Vio la angustia, la esperanza y el miedo reflejados en los ojos de Draco.

–Yo también te amo, Draco –dijo simplemente, acercándose a él para colocar su corazón contra el de Draco. Dejó que la estrechara entre sus brazos–. No muy fuerte…

–¿Te he hecho daño?

–Es que me siento un poco mareada, eso es todo. Normalmente, me encanta el olor de tu jabón, pero…

–¿Estás enferma? –le preguntó, palideciendo inmediatamente–. Voy a llamar…

–No –susurró, casi incapaz de contener las lágrimas–. Estoy bien, verás… ha ocurrido un milagro. Voy a tener un hijo nuestro…

Mattie, que se estaba sintiendo ignorado durante mucho tiempo, dejó escapar un gorjeo.

–Un hermano o una hermana para ti, campeón. Un compañero de juegos –murmuró él, colocándole a Jane una mano sobre el vientre–. ¿Pero es seguro para ti? Si no… Amaré a nuestro hijo, pero jamás te dejaría correr ese riesgo, Jane.

Ella le acarició suavemente la mejilla. Lloró también por la sinceridad que escuchó en la voz de Draco.

–Marco dice que no hay peligro, aunque es posible que pueda necesitar una cesárea.

Jane había empezado a llorar, pero eran lágrimas de alegría.

–No llores… No tengas miedo. No estás sola –murmuró Draco enmarcándole el rostro con las manos y besándole los labios con una mezcla de ternura y pasión que la hizo llorar aún más.

–No tengo miedo. Estoy contenta porque ya no volveré a estar sola –sollozó, con la voz rota por la emoción.

–Si no dejas de llorar, voy a tener que besarte.

Jane sonrió con picardía y dejó que las lágrimas le fluyeran abundantemente por las mejillas.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

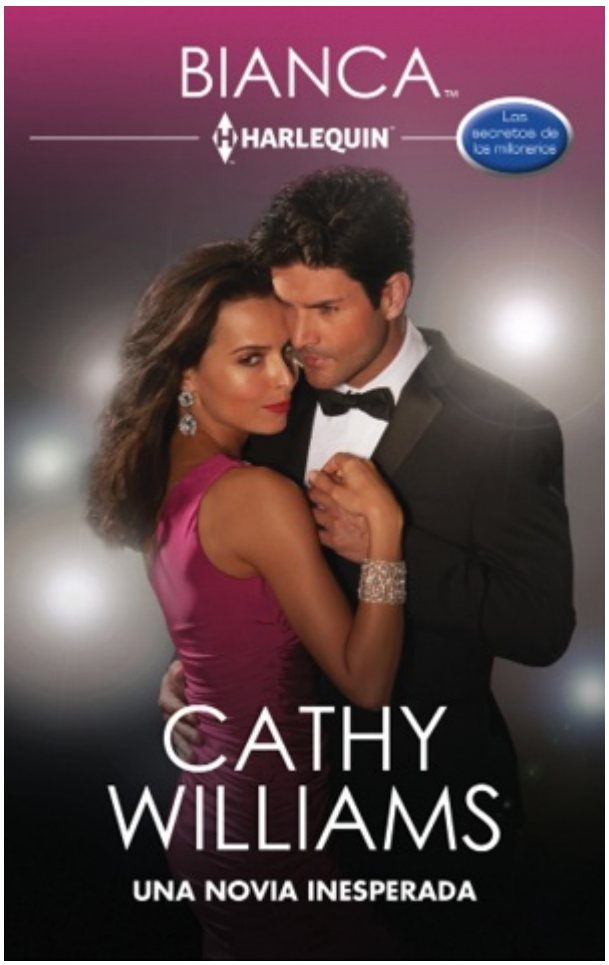


Table of Contents

Portadilla
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Si te ha gustado este libro…